

LOS DOS PRÓFUGOS.

VII.

LA EVASION.



o, por mi parte, pasé toda la noche sin poder cerrar los ojos. Había comprendido desde luego que Mick necesitaba contar conmigo para escaparse; pero esto no me impedía reconocer la importancia de sus argumentos. Cuanto más reflexionaba acerca de mi situación, tanto más difícil me parecía. Mi tía había sido muerta de un pistoletazo en ocasión en que yo me hallaba en la casa y disponía de un revólver, con el cual había hecho diferentes disparos. Yo era la única persona que había visto á los asesinos, y las ligeras huellas que estos habían dejado en torno de la casa, podían haber sido simuladas por mí. Además, las ventajas que yo lograba con la muerte de mi tía podían dar lugar á maliciosas sospechas, porque todo el mundo creería que yo estaba enterado de las disposiciones testamentarias dictadas en mi favor. Mi carácter de forastero en aquella localidad me entregaba sin defensa á toda clase de desfavorables conjeturas. Nadie podía levantarse para atesti-

guar que mi conducta habia sido siempre irrepreensible. Era preciso, al mismo tiempo, tener presente que la opinion pública se hallaba completamente extraviada, y yo debia suponer que todas estas circunstancias serian interpretadas en mi daño. En una palabra, ví surgir contra mí tantos y tantos cargos, que casi estuve á punto de dudar de mi inocencia.

Al despuntar el dia, me hallaba completamente decidido á escaparme con Mick, dado que nuestra fuga fuera posible. En seguida me quedé dormido y no me desperté hasta la hora de almorzar. Mientras haciamos nuestra primera comida, participé mi resolucio n á mi compañero de encierro, advirtiéndole de paso que, ántes de dar comienzo á las operaciones necesarias, necesitaba disponer de algun tiempo para dejar por escrito una relacion circunstanciada de los motivos que me obligaban á adoptar semejante partido, porque deseaba que Charlie no hallase repreensible mi conducta. Mick Mollen me concedió gustosamente la próroga solicitada, y acto continuo comencé á redactar mi pequeña Memoria, que dejé terminada aquella misma tarde.

A la hora de la comida, Mick Mollen cortó un gran pedazo de pan y lo puso aparte.

—Un zoquete de pan duro, dijo, vale más que no tener nada. Dentro de poco nos hallaremos tal vez en un sitio en que ni con una espuerta de dollars, podriamos procurarnos dos miserables patatas. Llegado ese caso, un mal cuscurro podrá hacernos verdaderamente dichosos.

Luego me pidió una hoja de papel, en la que vació todo el contenido del salero, la puso junto al pan, y añadió:

—Podremos encontrar carne y vegetales por esos mundos de Dios; pero la sal y el pan son mucho más raros donde no hemos de hallar ni siquiera un perro que nos ladre.

Desde aquel mismo momento fuimos reservando la mayor cantidad de pan y sal que nos fué posible, y con este procedimiento, y gracias á la generosidad de Charlie, hicimos una abundante provision. Siguiendo el consejo de Mick, guardé tambien toda la grasa que pude recoger de los platos que nos servian.

Despues de la comida, y así que se llevaron nuestros cu-

biertos, mi compañero me hizo observar, en la suela de su calzado, una cosa que parecía un imperceptible fragmento de barro seco.

—Acercaos, me dijo, y tirad. ¿A que no adivináis lo que tengo ahí escondido?

Yo aproximé los dedos al objeto en cuestión y hallé, con verdadera sorpresa, el extremo de una pequeña sierra hecha con un resorte de reloj, que saqué fácilmente de aquel improvisado estuche. Un exámen más minucioso me hizo descubrir que las suelas del calzado de Mick Mollen contenían cinco ó seis instrumentos análogos, algunos de ellos con dientes bastante agudos para poder serrar la madera.

—Ahora, prosiguió Mick, si quereis tomaros la molestia de descoser los botones que hay detrás de mi chaqueta, vereis qué bien pueden servir de mangos á mis finísimas sierras.

Yo seguí sus indicaciones y me convencí, en efecto, de que los susodichos botones, aparentemente tan inofensivos, completaban á las mil maravillas las pequeñas sierras, á las cuales se adaptaban de modo que podían servirles de mango. Yo pensé que no era posible inventar un traje que ofreciese mayores utilidades y ventajas.

—Vamos á ver, le dije, ¿no seria mejor que empezaseis por quitaros las esposas?

—Tanto se me dá; para lo único que me estorban es para rascarme la espalda, y este es un lujo del cual puedo prescindir perfectamente por ahora. Ya pensaremos en eso cuando estemos muy léjos de aquí. Nosotros debemos dedicarnos á nuestros trabajos de sierra mientras esos demonios de afuera se entretienen en chillar y escandalizar durante el dia; pero en cuanto llegue la noche, tenemos que abandonar nuestras herramientas y suspender nuestros importantes trabajos.

—¿Y por qué?

—Porque con el silencio de la noche se oye el más insignificante ruido, áun cuando uno adopte todo género de precauciones; y como supongo que no tendreis ningun interés en que nuestros guardianes nos vigilen más de cerca...

No queriendo dejar á mi compañero todo el mérito de aquella arriesgada empresa, levanté mi colchon, lo coloqué

encima del suyo y me puse á serrar los maderos del piso, en el mismo sitio que debía quedar luego cubierto con mi cama. Mick aprobó mi plan; mientras yo lo ejecutaba, le ví ocupado en limar las cadenas que llevaba sujetas á los tobillos, pero de modo que fuera fácil ponérselas y quitárselas sin que nadie pudiese observar la fractura. Yo no pude por ménos de extrañar la lentitud con que efectuaba aquel trabajo, y me consagré á mi tarea con un ardor tan impetuoso, que me fué preciso suspenderla, viéndome ya sin brazos y sin fuerzas.

—Jóven, hacedme el favor de ir despacito, muy despacito, dijo Mick Mollen. Si continuais trabajando con esa furia, estallareis á un mismo tiempo vos y la sierra. No tengais cuidado; con paciencia todo se alcanza. Todavía han de trascurrir dos meses ántes de que el tribunal se ocupe para nada de nosotros.

Yo utilicé aquella leccion y continué trabajando con un poco más de calma. Al cabo de dos dias habia ya serrado tres grandes tablones colocados sobre las vigas que sostenian el pavimento. Al levantar aquel improvisado escotillon, descubrimos, como ya nos figurábamos, debajo del piso, un revestimiento de obra de albañilería, pero que, afortunadamente, no parecia inexpugnable.

—Si los albañiles de este pueblo construyesen las cárceles para sus suegras, dijo mi compañero, ya veriais cómo las hacian mucho más sólidas. Esta obra de fábrica nos dará poco que hacer. Sin necesidad de piqueta la haremos desaparecer con la misma facilidad que si fuese de arena. Sin embargo, tendremos que valernos de una barra de hierro para perforar la pared maestra, que, á juzgar por lo que voy viendo, tiene grandes apariencias de solidez.

Mick se habia quitado las cadenas que tenia en los piés, pero cuidando de llevarlas siempre en presencia del carcelero, nada más que *por pura urbanidad*, segun decia. En aquel momento se hallaba serrando uno de los barrotes de hierro que adornaban las paredes de nuestro calabozo, con objeto de que pudiésemos utilizarlo como palanca. Lo que hacia más pesada la operacion, es que serraba el barrote en diagonal, de modo que quedase cortado en forma de punta de tijera.

Siempre que nos veíamos obligados á suspender nuestra tarea, colocábamos nuevamente las sierras en su escondite de cuero y dejábamos otra vez los botones en su sitio. Una noche, despues de cenar, emprendió Mick nuevamente su trabajo y lo continuó sin descanso, cantando á voz en grito una cancion irlandesa, con objeto de que nadie pudiese oir el ruido de la sierra. Yo le pregunté por qué trabajaba durante la noche, contrariando el sistema que él mismo habia establecido.

—Voy á decíroslo, me contestó. He decidido que nos escapemos esta misma noche. ¿No oís el estrépito del viento y de la lluvia? Esto parece un verdadero diluvio. Un tiempo así está convidando á viajar. Si continúa el vendabal hasta mañana, nos hemos salvado. La tempestad protegerá nuestra fuga.

El pequeño plato de grasa que yo habia conservado fué convertido en lamparilla por medio de una torcida hecha con un trapo que habiamos deshilachado. Sujetándome á las instrucciones de Mick, habia hecho la torcida sumamente delgada, de modo que sólo diese una luz moderada y consumiese muy poca grasa. Mi relój marcaba las once cuando encendimos nuestra lamparilla, despues de tener la precaucion de tapar la reja de la ventana con una de las mantas de la cama.

Dos horas nos bastaron para abrir un gran agujero en la obra de fábrica que cubria el suelo, y penetrar hasta la pared maestra. Diez minutos despues habiamos practicado en aquella sólida pared una abertura suficiente para pasar por ella arrastrándonos á modo de culebras. Cogimos entónces nuestra provision de pan y de sal, los cigarros y fósforos que me quedaban, y la pistola y los cartuchos que Charlie me habia entregado; luego envolvimos todas estas cosas en una manta, y pusimos piés en polvorosa.

VIII.

LA HUIDA.

El viento y la lluvia iban acompañados de espantosos truenos. Atravesamos el pueblo con toda la rapidez que nos fué posible, y tomamos el camino que se dirigia hácia el Norte. La tempestad era cada vez más terrible. Entre todos los seres vivientes, únicamente unos presos escapados podrian hallarse á la intemperie y celebrar, como celebrábamos nosotros, los horrores de una noche semejante. Caminamos silenciosamente á través de verdaderos rios de lodo. Mick iba delante, andando á paso de carga, y yo le seguia sin dificultad, porque era en aquella época un andarin de primer orden. Hora tras hora y milla tras milla, caminamos de este modo sobre un terreno que se hundia bajo nuestros piés, hasta que por último se calmó la tempestad y desaparecieron las nubes, en el momento mismo en que el dia comenzaba á despuntar.

Pasábamos entónces por delante de un cortijo. Habia al lado de la puerta de la casa una olla de hierro. Mick se apoderó de ella sin andarse con más ceremonias, y haciéndome señas de que le siguiese, tomó la direccion de un soto que se hallaba á muy poca distancia de nosotros. Al pasar por delante de la casa arrojé dos medios dollars en el sitio que ocupaba la olla, firmemente decidido á reparar de aquel modo todos los pequeños robos que la necesidad nos obligase á cometer. Siguiendo un camino bastante tortuoso, conseguimos no ser vistos por nadie, y continuamos andando con iguales precauciones, hasta una hora próximamente despues de la salida del sol. Al poco tiempo nos fué imposible proseguir nuestra marcha sin atravesar un espacio enteramente descubierto.

Al hacer esta importante observacion, nos retiramos á un sitio cubierto de arbustos y malezas, con objeto de tomar algun reposo. Estábamos en los primeros dias del mes de Agosto. El dia se anunciaba prometiéndonos un calor que, en honor de la verdad, nos venia perfectísimamente, toda vez

que estábamos medio yertos y calados hasta los huesos. Mick sacó entónces una sierra provista de magníficos dientes, y de la cual no habíamos hecho todavía ningun uso. Con ayuda de aquella notable herramienta, logré al poco rato que se viese libre de las esposas. Aquellos tristes recuerdos de la cárcel fueron sepultados en un agujero practicado *ad hoc*, con todos los honores que debíamos concederles. Quince dias despues fueron desenterrados por una casualidad y llevados á la direccion de mi periódico para que éste dijese algo acerca de tan extraño hallazgo. Al terminar nuestra importante ceremonia, busqué un sitio en que el arbolado fuese ménos espeso, y me tendí al sol con objeto de secarme y de ver si lograba entrar en calor.

—Habeis tenido una excelente idea, dijo Mick Mollen. Dormid todo cuanto querais en tanto que yo velo; luego llegará mi vez.

Yo me quedé profundamente dormido hasta un poco despues de media dia. Mi compañero echó entónces su correspondiente siesta, y yo entre tanto permanecí de centinela.

Tenia que estar cinco horas de faccion hasta que llegase la noche, y no sabia en qué emplear todo aquel tiempo. Lo primero que se me ocurrió fué contar mi dinero. Poseia una suma de cuarenta dollars. Terminada esta operacion, corté una rama de aya y la convertí en un magnífico baston; en seguida preparé otro para Mick. Empezaba ya á discurrir otra nueva ocupacion, cuando Mick, dando por terminado su breve descanso, me preguntó poniéndose en pié:

—¿Habeis examinado vuestra pistola?

—No se me ha ocurrido semejante cosa, le contesté, y eso que precisamente andaba ideando en qué pasar el tiempo.

Examiné entónces el mecanismo de la pistola, la limpié todo lo bien que me fué posible y la cargué convenientemente. A todo esto se habia hecho ya de noche. Estábamos medio muertos de hambre, porque hacia veinticuatro horas que no comiamos nada. Roimos unos mendrugos de pan seco, y despues de este modestísimo refrigerio, encendimos nuestros cigarros y empaquetamos nuestro equipaje, sin olvidar, por supuesto, la olla que acabábamos de merodear. Mick lo sujetó todo con una larga rama flexible, se echó el bulto sobre los

hombros y me anunció que ya era hora de proseguir nuestra interrumpida marcha.

Seguimos andando durante mucho tiempo con direccion al Norte é iluminados por el vivo resplandor de la luna. El silencio de aquella hermosa noche sólo era interrumpido por los ladridos de dos ó tres perros, que oíamos á muy poca distancia. Mi compañero, que no podia soportar aquel ruido, se volvió hácia el Poniente, y seguimos esta nueva direccion hasta que dejamos de oír los formidables aullidos de aquellos cancerberos. Comenzaba ya el cansancio á apoderarse de nosotros, y nos sentamos sobre el tronco de un árbol que yacía en el suelo. La noche era tan clara, que yo hubiera podido corregir perfectamente las pruebas de mi periódico. Esta idea me produjo una profunda tristeza. Yo no podia pensar sin una gran amargura en las agradables y tranquilas ocupaciones que habia tenido que abandonar á pesar mio. Mi compañero, que no participaba sin duda de tan melancólicas ideas, abrió el paquete que llevaba áuestas, y se puso á masticular unos cuscurros, invitándome á que hiciese otro tanto.

—Ya lo veis, me dijo, esto no es, ni con mucho, una colacion de Noche-buena; pero, dada la escasez de nuestras provisiones, debemos seguir el sistema de comer poco y con alguna frecuencia, si es que queremos ir sosteniendo nuestras fuerzas.

Yo tenia más sed que hambre, porque desde el dia anterior sólo habia bebido algunos sorbos de agua llovediza, y no pude por ménos de decírselo á mi compañero.

—¡Pero qué majadero soy! exclamó; ¡si conozco una magnífica fuente á dos pasos de aquí!

Acto continuo volvió á atar su paquete, no dejando fuera sino el poco pan que suponía habíamos de necesitar en aquella ocasion. Al cabo de algunos minutos nos hallamos al pié de una fuente situada en las inmediaciones de un hermoso cortijo. Una vez allí mojamos nuestros mendrugos en el agua fria, y nos los comimos como si fuesen los manjares más deliciosos del mundo.

De repente oímos galopar á lo léjos unos caballos. Mick se puso en pié inmediatamente, luego me hizo seña de que le

siguiese, y se dirigió corriendo hácia unos matorrales situados en el huerto del cortijo. Una vez allí nos sentamos en el suelo y examinamos la carretera sin poder ser vistos de nadie. Pocos momentos despues, vimos aparecer dos ginetes, los cuales se detuvieron al pié de la fuente con objeto de apaciguar la sed de sus caballos. Pusiéronse á hablar en voz bastante alta, y por su conversacion pudimos comprender que eran agentes del scherif enviados en persecucion nuestra.

—Ya suponía yo que tropezariamos con ellos esta noche, dijo Mick cuando los agentes se hubieron alejado; pero no me importaba nada, porque comprendiendo desde luego que irian á caballo y que por lo tanto tendríamos que oírlos á una milla de distancia, estaba segurísimo de poder librarme de sus garras.

Al acabar de pronunciar estas palabras, quitóse el sombrero, y con gran sorpresa mia, comenzó á desarmarlo. Aquel sombrero de fieltro, sumamente flexible, tenia un segundo casquete en la parte interior, y podia en caso necesario servir de gorro de dormir. Este suplemento provenia indudablemente de un antiguo chambergo cuyas alas habian sido recortadas con tan excelente maña, que los dos casquetes superpuestos formaban un sólo sombrero perfectamente homogéneo. Entre los dos fieltros se hallaban escondidos varios billetes de Banco cuyo importe total representaba 250 dollars. Mick guardó cincuenta dollars en el bolsillo de la chaqueta, y volvió á colocar la suma restante entre los dos casquetes, que ajustó con extraordinaria habilidad; luego se puso nuevamente el sombrero y me aseguró que no habia nada como aquello para librarse de una insolacion.

Volvimos á ponernos en camino, y despues de andar algun tiempo á campo descubierto, penetramos en un gran bosque de abetos que atravesamos con direccion al Oeste. Hacia ya dos horas que caminábamos sin hablar una palabra, cuando Mick me hizo reparar en una gran ardilla cenicienta que saltaba por las ramas de un árbol.

—Ahí teneis un avechucho, me dijo, que podría ayudarnos á comer nuestros pedacillos de pan seco. ¿Por qué no ensayais en él las condiciones de vuestra pistola?

Esta proposición fué aceptada por mí gustosísimamente porque tenía verdaderos deseos de servir para algo útil en nuestra atrevida y arriesgada empresa. Yo tenía además bastante confianza en mi habilidad, porque he sido siempre un buen tirador. Apunté al imprudente cuadrúpedo que nos miraba con gran curiosidad desde la elevada rama en que se había posado, y tuve la suerte de tumbarle al primer tiro. Habiendo hallado á muy corta distancia de allí un pequeño salto de agua, pusimos á cocer la ardilla en la olla en union de varios mendrugos de pan y de algunas raíces muy sabrosas recogidas y preparadas por Mick. Entónces fué cuando pude apreciar la importancia de nuestra provision de sal. El almuerzo que resultó de aquel procedimiento culinario tuvo el brillante éxito que cualquiera puede imaginarse, despues del prolongado ayuno á que habíamos estado sometidos. Dos buenos cigarros nos sirvieron de postre, y despues que acabamos de fumarlos, dormimos y velamos alternativamente dos horas cada uno. Aquel mismo dia por la tarde tuve la suerte de matar otra ardilla y una perdiz. La noche nos sorprendió á orillas de un gran valle pantanoso rodeado de magníficos cedros.

Aquel valle ostentaba un verdadero lujo de vegetacion. Allí crecian en admirable confusion todas las plantas que producen las tierras bajas en las latitudes del Norte. De largo en largo trecho el suelo ofrecia ligeras ondulaciones, formando así pequeñas colonias no ménos ricas en productos vegetales de todas clases. Nosotros nos dirigimos hácia una de aquellas elevaciones, andando sobre un terreno que se hundia bajo nuestros piés.

Los mosquitos nos habian incomodado muchísimo aquel dia, así como tambien la noche anterior. A la hora en que nos hallábamnos, hervian en torno nuestro y amenazaban devorarnos.

Encendimos una gran hoguera al pie de un antiguo olmo rodeado de una porcion de retoños, teniendo cuidado de cubrir éstos con bastante cantidad de yerba á fin de que produjesen la mayor cantidad posible de humo. Creimos en un principio que el humo no llegaria á hacer mucho efecto en

los mosquitos. Hacia ya largo tiempo que la hoguera se hallaba encendida, y á cada paso que dábamos por el espeso follaje levantábamos nuevos enjambres de aquellos insoportables insectos. Sin embargo, cuando nuestras fumigaciones los hubieron molestado por espacio de una media hora, fué cesando poco á poco su desapacible zumbido, y á medida que el humo se extendía se alejaron más y más de nosotros, hasta desaparecer completamente.

Como teníamos el agua en abundancia, pudimos cocer con gran facilidad la caza preparada y regalarnos con una magnífica cena.

¿Qué podíamos hacer despues de cenar, sino tender nuestras mantas enfrente del fuego, sobre un odorífico lecho de ramas de cedro y de abeto, y fumar allí nuestros cigarros entregándonos á caprichosas meditaciones?

Nuestra hoguera proyectaba su resplandor sobre los árboles inmediatos, dejando todo lo demás en una oscuridad que parecía así mucho más profunda. El efecto de la luz sobre la bóveda de verdor que se extendía sobre nuestras cabezas, tenía cierto aspecto fantástico. A medida que el fuego consumía el tronco del añoso olmo, alguna que otra explosion acompañada de un vivo chisporroteo interrumpía súbitamente el curso de nuestras meditaciones. Aun cuando todo era silencio en torno nuestro, mil ruidos extraños me hacían temblar á cada instante. Eran como chirridos de pájaros, sacudimientos de alas y quejas misteriosas allá en el fondo de las malezas.

—¿Qué es eso? exclamé de pronto al oír cerca de nosotros algo como el eco de silenciosas pisadas.

—Alguna fiera olfateando su presa, contestó Mick Mollen. Esos estúpidos seres tiene miedo al fuego, y sin embargo, no pueden por ménos de girar en torno de las llamas.

—¿Entónces no tenemos nada que temer de esos viajeros de cuatro patas mientras siga encendida nuestra hoguera?

—Estamos perfectamente seguros; esos animaluchos arden en deseos de vernos más de cerca, pero ya tendrán buen cuidado de no enseñarnos el color de sus ojos.

Como ninguno de los dos teníamos sueño, porque habíamos dormido durante el día, nos pusimos á charlar en voz

baja. Había á muy corta distancia de nosotros una laguna habitada por una multitud de ranas que nos obsequiaban con una serenata que no tenía nada de agradable. Su director de orquesta era un bajo profundo, sumamente notable por la ronca sonoridad de su potente voz.

—Ese apreciablesimo artista, dijo Mick, me recuerda un pobre vejete que conocí en Filadelfia. El bueno del hombre pasó toda su vida en los docks, aguardando la llegada de los vapores y gritando incesantemente: ¡*Hotel del Globo!* ¡*Hotel del Globo!* ¡*Hotel del Globo!*

—¡Segun eso habeis habitado en Filadelfia! exclamé yo.

—Sí, he vivido allí cosa de un año. Es una ciudad monótona, en que todas las calles se cortan en ángulo recto, como las líneas de una tabla de multiplicacion. Todas las casas son absolutamente iguales, y enfrente de cada una, hay siempre una niñera paseando dos ó tres chiquillos.

—¿Hace mucho tiempo que salísteis de Irlanda? Vamos, contadme vuestra historia. Os aseguro que tendré mucho gusto en conocerla.

Mick registró la caja de cigarros, que, por desgracia, estaba ya casi vacía. Arrojóme uno de ellos, encendió otro y comenzó á hacer uso de la palabra en los siguientes términos:

IX.

HISTORIA DE MICK MOLLEN.

Creo que nací en Dublin; pero asegurar en qué rincon, en qué sótano ó en qué desvan, me sería de todo punto imposible. ¡Lo recuerdo como si fuese cosa de ayer! Yo era un miserable rapazuelo y conducía por las calles á una mujer sumamente vieja que pretendía ser ciega, pero que en realidad veía más que un gato. Ella juraba ser mi abuela. Si no mentía, es la única verdad que he oido salir de su boca. Todas sus ocupaciones consistían en mendigar y proporcionar lucrativos negocios á los malhechores. Nosotros vivíamos en un sótano situado en el barrio de los mendigos y de los ladrones.

La vieja Mag Runnels gozaba de una gran consideracion entre todas estas gentes. Las personas que temian á la policia, las que habian robado alguna cosa difícil de vender ó de ocultar, la visitaban frecuentemente para pedirla su parecer y su consejo. Llevábanla siempre una botella de whisky, porque dejándola con el gaznate seco, ni el mismísimo demonio hubiera sido capaz de sacarla del cuerpo una palabra. De cuando en cuando, algun caballero ó señora perteneciente á tan respetable clase acudia á ella para pedirla prestada alguna pequeña suma, ofreciéndola en prenda alguna objeto de valor.

—Id al diablo, exclamaba, y no vengais á burlaros de esta desdichada ciega.

Un momento despues añadia:

—Volved por aquí dentro de una hora. Yo haré lo posible á ver si encuentro un prestamista con quien dejar arreglado este negocio. Todo el mundo sabe que la vieja Mag es una mujer de bien, y que nadie pierde nada con ella.

Luego me decia que me marchase á jugar, y en cuanto se quedaba sola, iba á buscar la cantidad solicitada á un escondrijo que tenia, sabe Dios dónde.

Mag Runnels no se portaba mal conmigo; yo debo hacer esta declaracion en descargo suyo. Verdad es que me daba grandes torniscones de cuando en cuando, siempre que se embriagaba, pero me alimentaba bien y me vestia cuidadosamente. Además, ella misma me enseñaba á leer, escribir y contar, porque era mujer sumamente instruida, y hasta creo que en sus buenos tiempos se ocupó en hacer moneda falsa.

Nada os hubiera conmovido tanto como el vernos recorrer las calles, á la vieja Mag y á mí. Ella llevaba siempre un vestido negro muy deteriorado, pero sumamente limpio, y su cabeza ostentaba la cofia más blanca y mejor almidonada de todo Dublin. Cualquiera la hubiese tomado por la respetable viuda de un sacristan de parroquia. Con sus ojazos completamente abiertos y sus párpados llenos de arrugas, parecia tan ciega como un santo de madera y más vieja que el castillo del lord-corregidor. Yo, con mi precioso trajecillo lleno de pintitas y mi gorrilla en forma de melon, tenia todo el aspecto de un pobre nietecito conduciendo á su abuela ciega, y no

conocía rival en eso de engatusar y enternecer á los caballeros y á las señoras elegantes. Generalmente, sacábamos bastante partido de los habitantes de la ciudad; pero importunábamos con preferencia á los infelices paletos, que acababan siempre por darnos algo. En una palabra, éramos los mendigos más distinguidos de la ciudad. La vieja Mag decía que para la persona que cuenta con el necesario talento, la mendicidad es mucho más lucrativa que el robo, aparte de que aquélla no ofrece nunca los peligros que éste. La buena mujer tenía sus razones para hablar de este modo, puesto que tenía ensayados ámbos sistemas. Habría ingresado en la cárcel, qué sé yo cuántas veces, y estuvo encerrada catorce años en Botany-Bay.

Entrábamos con mucha frecuencia en las casas y en las tiendas implorando la caridad. Aunque no nos diesen nada, siempre estábamos seguros de hacer en uno ú otro lado alguna observacion importante para que pudiesen utilizarla los ladrones nocturnos. Sin embargo, la vieja mendiga consideraba como un caso de honor el no designarles las casas en que la habian socorrido con alguna buena limosna en dinero. Pero ¡pobres de las gentes que no la daban nada ó sólo la socorrian con un poco de calderilla! ¡pobres de ellas si habia en sus casas algo que valiese dos cuartos!

En más de una ocasion, los malhechores iban á buscarme á casa de mi abuela para que ésta me permitiese ayudarles en sus nocturnos trabajos. Colocándome de pié sobre sus hombros, me hacian llegar hasta las ventanas y penetrar en las habitaciones por los agujeros ó tragaluces demasiado pequeños para dar paso á un hombre.

Yo tenía entónces unos once ó doce años. Una mañana, al abrir los ojos en el miserable camastro que ocupaba en un rincon de nuestro sótano, permanecí despierto mucho tiempo sin oír rechistar á la vieja Mag. Inquietóme aquel silencio, porque mi abuela tenía la costumbre de llamarme muy temprano. Ya acabé por acercarme á su lecho. Estaba muerta. A fuer de consumado bribon que ya era, comencé un escrupuloso registro en busca de su dinero; pero sólo tropecé con unos cuantos schelines.

Hallándome sin hogar y sin metálico, no tenía más remedio

que mendigar por mi propia cuenta, robar aquí ó allá lo primero que se me viniera á la mano, y servir de auxiliar á los ladrones siempre que me creyesen necesario. A partir de aquel dia, llevé una existencia de todo punto miserable, comiendo por pura casualidad y durmiendo en el primer rincon que la suerte me deparaba. De tarde en tarde, si realizaba algun buen negocio, me compraba de segunda mano un trajecillo bastante decente; pero fuí casi siempre el vagabundo más desarrapado de la poblacion. Allí andábamos, por las calles de Dublin, un millar de pequeños ciudadanos sin oficio ni beneficio, simiente de perdidos destinados á los presidios, ó á Botany-Bay ó á otro sitio cualquiera por el estilo.

A la edad de catorce años, poco más ó ménos, emprendí ya una profesion formal. Mi habilidad para descerrajar puertas y abrir ventanas, penetrando por las vidrieras despues de despojarlas de uno ó dos cristales, llamó la atencion de un famoso fabricante de herramientas para los ladrones, llamado Durfee, el bribon más redomado de Irlanda, que es todo cuanto puede decirse. Su tienda se hallaba situada en una de las principales calles de la poblacion, y en ella ejercia ostensiblemente el oficio de armero; pero su verdadera tarea, la que ocupaba constantemente su fragua, su lima y su martillo en la trastienda, consistia en fabricar una porcion de instrumentos destinados á los aficionados á lo ageno. Nadie sabia trabajar como él un pedazo de acero. Con los demás metales le sucedia dos cuartos de lo mismo: fabricaba magníficas sortijas de oro para los rateros, las cuales contenian unos cuchillitos con resorte para cortar las faldriqueras. Era, además, el inventor de una sierrecita circular, una verdadera joya, que corta una barra de hierro de una pulgada de diámetro en ménos de un minuto; precio: cincuenta guineas. Yo tuve luego el honor de perfeccionar aquel hermoso instrumento por medio de un sencillo mecanisco que duplicaba el número de sus revoluciones por segundo, sin aumentar sus dimensiones. Aquí tengo un ejemplar escondido en la suela de mi zapato izquierdo. Ya lo hubiéramos utilizado si las limas de que hicimos uso en el palacio de Charlie no hubiesen sido suficientes.

El hermano de la mujer de Durfee era un agente de segu-

ridad pública que vivía con nosotros y estaba muy lejos de suponer que su cuñado pudiera dedicarse á otra cosa que á la fabricacion de aquellas elegantísimas pistolas de tiro que le habian procurado una envidiable reputacion.

Yo viví en casa de mi maestro hasta la edad de diez y siete años, es decir, hasta la época en que Durfee, viéndose dueño de una pequeña fortuna, compró una finca en los alrededores de Dublin y se instaló en su nueva propiedad. Logró así figurar entre los *gentlemen* del país, y poco tiempo despues fué nombrado juez de paz.

Por esta misma época, y como ya creo haberos dicho, habia yo aprendido con una vieja el arte de teñir los cabellos. Hice varios ensayos con algunos gatos y perros, y obtuve un éxito brillantísimo. Entónces fué cuando se me ocurrió la idea de aplicar mi procedimiento á los caballos. En Irlanda no puede nadie robar un caballo con la misma facilidad que aquí; sin embargo, es una industria que ha logrado adquirir un gran desarrollo. Habia siempre en el barrio más desacreditado de Dublin dos ó tres de esos industriales, que vivian allí por creerlo conveniente á su salud. Yo trabé amistad con uno de ellos, llamado Johnston, un granuja de siete suelas, borracho como él sólo, pero ginete de primer orden. Cuando estaba en ayunas, era el primer ladron de caballos de toda Irlanda. El no entendia una palabra de tintorería; pero ¡qué bien se disfrazaba! Era imposible reconocerle cuando se vestia de coronel de dragones ó de vieja enfermiza; sus admiradores llegaron á asegurarme que galopando á caballo cambiaba de trajes y de tipos con la misma facilidad que si se hallase en su casa. Robaba un caballo empleando un disfraz, lo vendia valiéndose de otra vestimenta, y gastaba el dinero presentándose en todas partes tal y como él era. Los dos nos asociamos. Yo aporté á la sociedad mi talento de colorista, y logramos hacer durante algun tiempo muy buenos negocios. Extendimos el campo de nuestras operaciones hasta la Escocia é Inglaterra, porque, naturalmente, cuando los caballos cambian de color, puede uno llevarlos al mercado que primero se le antoje. Nosotros hubiéramos hecho fortuna, á no ser por la intemperancia del pobre Johnston. Yo estuve dos ó tres veces

á punto de verme detenido y encarcelado, y todo por culpa suya. En fin, un dia cometió la barbaridad de dejarse prender y le encerraron en una de las cárceles del país de Gales. Yo hice llegar hasta él todas las herramientas que tenia en mi poder, con objeto de facilitarle los medios necesarios para escaparse de su encierro, y me alejé de aquellos lugares. Yo no sé lo que habrá sido de él, porque decidí en seguida partir para América; me fuí derecho á Liverpool, y una vez allí, me embarqué con rumbo á Filadelfia en el primer buque que se hizo á la vela.

En Filadelfia me dediqué durante algun tiempo á la industria nocturna del robo con fractura. Una noche un viejo cuáquero, en cuyo domicilio me habia introducido sin previo consentimiento suyo, se despertó mucho ántes de lo que yo hubiera deseado. Era una especie de coloso, más grueso que vos y yo reunidos. Arrojóse sobre vuestro humilde servidor lo mismo que un gato sobre un miserable ratoncillo, y me echó el guante de un modo que no me fué posible hacerle soltar presa. Yo le pegué una porcion de terribles patadas en las piernas; pero él no me dejaba escapar y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡La policía! ¡la policía!...

Fuí conducido sin pérdida de tiempo, y ya casi estrangulado, al cuerpo de guardia más inmediato. Yo me habia disfrazado aquella noche de viajero francés, tenia la cara completamente afeitada, y mi cabeza ostentaba una larga cabellera. Llevaba un magnífico gaban negro, bastante deteriorado, y tenia en la mano una caja de rapé en la que introducía los dedos cada cinco minutos.

Al dia siguiente comparecí ante el magistrado y contesté á sus preguntas en el inglés más detestable que puede hablarse con acento francés. El apreciable cuáquero formuló su queja contra mí. El juez comenzó entónces á hablarme en francés, y esto me dejó, como quien dice, pegadito á la pared. Yo procuré salir de aquel aprieto articulando algunas palabras en la misma lengua. En fin, el resultado fué enviarme á la cárcel toda vez que no pude presentar una fianza de dos mil dollars.

Yo partí en seguida con direccion á mi nuevo domicilio,

acompañado por dos agentes de la autoridad. La policía de Filadelfia es tan sumamente descuidada que todo el mundo se reiría de ella en Lóndres y en Dublin, y en la mayor parte de las poblaciones de América; pero está muy acostumbrada á tomarlo todo á beneficio de inventario, y ni siquiera se avergüenza de semejante procedimiento. Yo marchaba entre mis dos acólitos, sin que éstos se hubiesen tomado la molestia de sujetarme con hierros ni con cuerdas de ningun género. Al dirigirnos á la cárcel pasamos precisamente por enfrente de la casa en que yo habitaba. Hallábase entreabierta la puerta de la calle. Yo comprendí en seguida el partido que podía sacar de aquella feliz coincidencia, y no perdí tiempo alguno en deliberar. Lanzarme de un salto hasta la misma puerta y cerrarla tras de mí fué obra de un segundo. No habia en el portal más que una pobre vieja á quien mi irrupcion dejó muda de espanto. En tanto que ella corria á refugiarse en la cocina, yo subí de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera hasta llegar á mi habitacion, en donde cambié de traje en un abrir y cerrar de ojos. Al cabo de un momento volví á bajar adornado con una hermosa barba que me desfiguraba por completo, y me agregué al tropel de gente que se habia reunido en la calle. Los individuos de la policía, enteramente desconcertados, habian implorado el auxilio de otros compañeros. Todos ellos cercaron la casa y la registraron de arriba abajo; pero el ladron francés no pareció por ninguna parte. Los periódicos hablaron durante mucho tiempo de aquella misteriosa escapatoria.

Este desagradable contratiempo me hizo tomar horror á Filadelfia y á los robos con fractura. Una yegua á quien yo tenia echado el ojo, que corria como un ciervo, y que gracias á mi habilidad de tintorero habia pasado de lo blanco á lo negro en una sola noche, me trasportó rápidamente al punto en que vengo viviendo desde entónces.

El escondite de que os he hablado se halla á una jornada de aquí. Llegaremos á él mañana mismo, y una vez allí nos disfrazaremos de modo que nos sea posible llegar hasta el Canadá sin correr ningun peligro, y hasta podremos, si quereis, tomar unos buenos asientos en la diligencia.

X.

EL ESCONDITE DE MICK MOLLEN.

Cuando mi compañero hubo acabado de hablar avivamos el fuego de nuestra hoguera, y despues dormimos y velamos alternativamente. Al dia siguiente, despues de andar cerca de una hora á través del pantano, llegamos á una larga cordillera de rocas que se extendia del Este al Oeste. Nosotros la costeamos hasta un poco despues de la puesta del sol. Al llegar á su extremidad nos hallamos en un frondoso bosque de alisos y de cedros enanos, en el cual preparamos nuestra tienda para la noche.

Los mosquitos comenzaban nuevamente á incomodarnos. Encendimos una hoguera al pié de una gran roca, en donde un monton de cenizas indicaba que otros viajeros habian acampado en aquel mismo sitio, y adoptamos disposiciones análogas á las del dia anterior para alejar de aquellos contornos á nuestros importunos vecinos. Mientras yo me ocupaba de esta tarea Mick se eclipsó detrás de la roca y volvió á aparecer al cabo de algunos minutos, trayendo galletas, cecina, café molido, azúcar y conservas de diferentes clases. Al poco rato, despues de una nueva ausencia, volvió con una infinidad de utensilios, tales como vajilla de estaño, cuchillos y tenedores. Yo habia matado durante el dia un par de ardillas. Gracias á todas aquellas provisiones cenamos de un modo verdaderamente suntuoso, en tanto que el humo ahuyentaba á los insectos. Despues de saborear nuestro café hice observar tristemente á Mick Mollen que ya no nos quedaban más que dos cigarros. Él se levantó en seguida como para volver al punto de donde habia traído sus abundantes y delicadas provisiones; pero luego, pensándolo mejor, levantó una gran piedra achatada y se sumergió con los piés hácia adelante en una excavacion que parecia la guarida de una fiera. Al salir de aquella misteriosa caverna me presentó tabaco picado, media docena de pipas nuevas y una botella de aguardiente.

—Pues, señor, le dije, teneis ahí un verdadero almacén.

—¡Ah! ¡Mi trabajillo me ha costado! Un día que andaba por estos vericuetos, me detuve en este mismo sitio para teñir el pelo de un jóven cuadrúpedo que me habia trasportado hasta aquí. Una vez terminada mi tarea, pensé, al echar una ojeada en torno mio, que este rinconcillo era sumamente agradable para un gentleman aficionado á la soledad. Yo llevaba conmigo cierta cantidad de preparaciones para el tinte, y otros cachivaches que me molestaban bastante en mis correrías; así es que busqué un sitio en que poder ocultarlos. Examinando detenidamente todos estos alrededores, descubrí al pié de esta roca el agujero en que me habeis visto desaparecer hace un momento. Estaba lleno de tierra hasta la mitad. Yo lo desocupé como Dios me dió á entender, y despues de depositar en él mi modesto equipaje, lo cubrí con una de estas grandes piedras. Luego he vuelto por aquí en diferentes ocasiones, y he ido agrandando la excavacion para depositar en ella varios nuevos objetos. A fuerza de trabajo he acabado por construir una galería subterránea que atraviesa esta pequeña cordillera. Ya vereis mañana cómo puedo entrar por la abertura que acabo de enseñaros y salir por otra que se halla situada en el extremo opuesto.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano. La visita que hice al subterráneo de Mick Mollen me produjo una grandísima sorpresa. Habia en él un completo surtido de toda clase de herramientas, tintes preparados y diversos ingredientes para fabricar otros nuevos; pelucas, barbas, patillas y bigotes postizos, y una infinidad de caprichosos disfraces; provisiones de boca, tabaco, licores, fósforos, velas, etc., etc. Todos estos objetos aparecian colocados en perfecto orden, y dispuestos de modo que ocupasen, como sucede en los buques, el menor espacio posible.

El principal objeto de Mick al hacerme los honores de su escondite, no fué el de satisfacer mi curiosidad. Tratábase de que cada uno de nosotros adoptase un disfraz, con objeto de poder llegar sin obstáculo alguno á la frontera del Canadá, porque era de temer que hubiesen enviado nuestras señas á las diferentes secciones de policia que debiamos hallar en

nuestro camino. Como yo hablaba bastante bien la lengua alemana, decidí hacerme pasar por un escritor germánico que viajaba con el propósito de preparar un libro describiendo las costumbres de América. Una peluca rubia y una barba del mismo color, unos anteojos y una levita extraordinariamente larga, que olía á sábio á una legua de distancia, todo ello colocado sobre mi persona por la mano inteligente de Mick Mollen, me metamorfosearon tan completamente, que al verme acicalado de aquella suerte, casi llegué á poner en duda mi propia identidad.

Mi compañero adoptó el traje de una irlandesa de la clase del pueblo. Con sus largas faldas un tanto raidas, su pañolón de cuadros y su cofia, que le caía sobre los ojos, quedaba de todo punto desfigurado. Preparó para sí un paquete envuelto en un pañuelo de color, y me entregó un saco de noche bastante deteriorado, en el cual introduje una infinidad de efectos. En cuanto terminamos todas estas operaciones, proseguimos nuestro interrumpido viaje. Al cabo de dos horas de marcha á través de los bosques, nos hallamos en medio de una importante colonia. Nosotros habíamos convenido en no comunicarnos en público, conduciéndonos como dos personas que se encuentran casualmente. Arreglándonos á este sistema de conducta, viajamos en diligencia durante el resto del día, y nos detuvimos al llegar la noche en el pueblecillo de Nuevo-Moscou, situado á unas 70 millas al Norte de Locofocoville.

XI.

EL TRIUNFO DE LA INOCENCIA.

Al día siguiente nos instalamos en la diligencia que se dirigía á Hyperion, pueblecillo próximo á la frontera del Canadá. Mick, obligado á ello por su traje femenino, tuvo que ocupar uno de los asientos del interior, y se entretuvo en coquetear con un viudo que parecía mostrar las más felices disposiciones para contraer segundas nupcias, en tanto que yo, á guisa de explorador, subí al lado del mayoral bajo pretexto de que

así podía ver mejor el país. Yo dirigí á aquel respetable automedonte una infinidad de preguntas, teniendo cuidado de ir anotando sus respuestas en mi libro de memorias. Pero el conductor del carruaje, á quien sin duda molestaba mi interminable interrogatorio, me entregó cinco ó seis periódicos, en los que, segun me dijo, podía hallar toda clase de noticias.

El primer periódico que abrí fué *El Herald* de Locofocoville. Como era natural, busqué en seguida la crónica local, y no hay para qué explicar el interés con que leí el artículo siguiente:

«FUGA DE DOS PRESOS:

«*El uno de asesinato, el otro de robo.—Modus operandi.—Extraño desenlace.—Inocencia del presunto asesino.—Descubrimiento del verdadero culpable.—Confesion de un moribundo.*

»Ya recordarán nuestros lectores que Mr. Wynans, director de *El Liberal de Locofocoville*, presunto autor del asesinato de su tia mistress Eunice Henderson, se habia sometido á la autoridad del scherif, el cual le habian encerrado en la cárcel, con el fin de sustraerle al furor del populacho. Tambien tendrán presente que, en nuestro número anterior, declarábamos la completa confianza que teniamos en la inocencia de nuestro digno y estimado compañero.

»El mismo dia en que se repartió nuestro periódico se presentó por el juez de paz, Mr. Howland, una acusacion en buena forma, con objeto de que fuese sometida oportunamente al jurado.

»Ayer por la mañana, el calabozo ocupado por Mr. Wynans y Mick Mollen, el ladron de caballos, fué hallado completamente vacío. Los pájaros habian volado de la jaula.»

Seguia luego un largo párrafo describiendo el estado del calabozo despues de la fuga de los presos. El artículo continuaba luego en los términos siguientes:

«La horrible tempestad de la noche anterior, cuya descripcion hallarán nuestros lectores en la seccion de noticias,

favoreció de tal modo la huida de los detenidos, que no ha sido posible llegar á descubrir sus huellas. Mr. Wynans ha dejado en su calabozo una explicacion escrita de los motivos que le han inducido á evadirse de la cárcel. Empieza por protestar enérgicamente de su inocencia. En frases perfectamente sentidas, recuerda las virtudes de su tia, los inmensos favores que la misma le dispensaba, y el agradecimiento y el cariño con que él procuraba pagar los beneficios recibidos. Enumerando luego las sospechas que sobre él recaen, manifiesta el temor de ser condenado, á pesar de su inocencia. El instinto de conservacion, que es la primera ley de la naturaleza, y sobre todo el deseo de librarse de una muerte infamante, le obligan imperiosamente á huir, asociando su suerte á la de un verdadero criminal.

»Hoy podemos manifestar á nuestros lectores ciertos hechos que habiamos callado hasta ahora por razones de alta conveniencia. A peticion de nuestro scherif, habia venido de Filadelfia, poco despues del asesinato de mistress Henderson, uno de los más notables jefes de la policia. Este funcionario llegó en el momento en que la opinion pública acababa de declararse en contra de Mr. Wynans. Dirigióse inmediatamente al lugar del crimen y examinó el terreno con toda la escrupulosidad posible. Afortunadamente, no habia vuelto á caer ni una gota de agua desde aquella noche fatal. La vista perspicaz del inteligente funcionario observó desde luego diferentes cosas en que nadie habia reparado hasta entónces.

»Nadie habrá olvidado que en las primeras diligencias instruidas por el coroner, Mr. Wynans afirmó haber visto tres hombres que huian en el momento mismo de acabar de cometerse el asesinato, y haber descargado sobre ellos todos los tiros de su revólver. Él añadió tambien que uno de los tres habia caido al suelo; pero que se puso en pié acto continuo, y volvió á reunirse con sus compañeros. El experto funcionario registró el sitio designado por Mr. Wynans, y descubrió sobre la arena algunas manchas de sangre. En ménos de una hora reunió más de treinta piedrecillas ensangrentadas. En seguida pesó la bala que habia sido extraida del cuerpo de la víctima. Dicha bala pesaba tres veces más que las del revól-

ver de Mr. Wynans. Un exámen minucioso de la llave demostró de un modo evidente que habia girado dentro de la cerradura por medio de una palanqueta de las que usan los ladrones. Además, se halló en la imprenta de *El Liberal* el original del artículo preparado por el redactor en jefe para el número que debia publicarse al dia siguiente. Las cuartillas de que constaba dicho artículo, suponian sobrada tarea para tener á un hombre ocupado desde el principio de la noche hasta las primeras horas de la madrugada.

»Todas estas circunstancias hicieron que el jefe de la policía se convenciese de la inocencia de Mr. Wynans.

»Casi en el mismo momento en que Mr. Wynans perdía su libertad, fué detenido el célebre ladron irlandés Mick Mollen por el robo de un caballo cometido dos años ántes. Los dos presos fueron encerrados en el mismo calabozo. La evasión de los mismos ha demostrado que Mick Mollen tenia á su disposicion todos los útiles necesarios para abrirse paso á través de las paredes, porque no puede ponerse en duda que el irlandés ha debido ser el instigador y principal autor de la fuga de ámbos detenidos.

»Tan pronto como se tuvo noticia de la evasión, el scherif pidió un refuerzo de treinta agentes, para que en union de los que se hallan á sus órdenes, procediesen á la busca y captura de los susodichos prófugos. Todos estos agentes de la autoridad han recorrido el país en diez leguas á la redonda, sin obtener el más insignificante resultado.

»Pero si no han hallado en ninguna parte las huellas de los fugitivos, han logrado hacer, en cambio, un descubrimiento de la mayor importancia.

»En la noche última, un destacamento de cinco agentes descubrió en medio de los bosques, á cinco millas de la poblacion, una miserable choza, dentro de la cual yacía un hombre moribundo. Aquel hombre era John Grant, el asesino de mistress Henderson. Sus dos hermanos, Philo y Morris Grant, huyeron al ver aproximarse á los agentes. El moribundo, despues de confesar resueltamente que él era el autor del asesinato, refirió las circunstancias todas de su abominable crimen. Hé aquí, en resúmen, su importante declaracion:

»Los tres hermanos Grant se dirigieron aquella noche fatal al domicilio de la tía de Mr. Wynans, con el firme propósito de robarle sus valores. Después de abrir la puerta de entrada con ayuda de una palanqueta, que hizo girar la llave colocada por la parte interior, comenzaron á forzar la caja de hierro, y la señora, atraída por el ruido, cayó sobre ellos y cogió á John Grant con una fuerza tan extraordinaria, que éste, para poder escapar de sus manos, se vió en la necesidad de matarla de un pistoletazo. El asesino añadió que al huir fué herido por una persona que le disparó varios tiros. A pesar de todo, pudo arrastrarse hasta la choza solitaria en que se hallaba.

»La bala que le alcanzó habia quedado dentro del cuerpo, y la herida producida por la misma parecia ser sumamente grave. Visitóle un médico poco tiempo después, pero sus cuidados fueron completamente inútiles; John Grant ha muerto hoy á las ocho de la mañana. Su confesion ha sido recibida y redactada en presencia de varios testigos.

»El descubrimiento de la inocencia de Mr. Wynans, descubrimiento que probablemente no hubiera llegado á hacerse si no se hubiese fugado en compañía de Mick Mollen, le ha valido la indulgencia del público y aún la del mismo scherif, por el acto ilegal de su evasion. Estamos competentemente autorizados para asegurar que Mr. Wynans recibirá una cordial acogida el dia que tenga á bien presentarse en Locofocoville.

»Mr. Brock, regente de la imprenta de *El Liberal*, ha decidido, de acuerdo con los cajistas, continuar lo mejor que le sea posible la publicacion del periódico durante la ausencia de su redactor en jefe, y nos ha manifestado que *El Liberal* aparecerá todos los sábados segun costumbre.»

Yo tenia, como era muy natural, después de leer este artículo, vivísimos deseos de comunicárselo á Mick Mollen. Por lo tanto, aprovechando la primera coyuntura que se me ofreció, bajé de mi asiento y me instalé en el interior del carruaje. Mi compañero sostenia con el respetable viudo un dulce y animadísimo coloquio. Yo me senté enfrente de él y le presenté *El Herald* aparentando la cortesía trasatlántica de un extranjero que se dirige á una persona á quien conoce hace

poco tiempo. Mick me dió las gracias deshaciéndose en cumplimientos y saludos; luego, comprendiendo que aquel periódico debia contener alguna noticia interesante, comenzó á recorrerlo con la vista, y no tardó nada en descubrir y devorar el artículo en cuestion.

Llegamos á Hyperion á las cuatro de la tarde. Mick, en vez de entrar en la fonda con los demás viajeros, se dirigió hácia las afueras de la poblacion, y yo me creí en el caso de seguirle á cierta distancia. Cuando ya nos hallamos en mitad del campo, él se detuvo y yo me reuní con él en un camino apartado.

—Conque, vamos á ver, le dije, ¿qué opinais de todo esto?

—La resolucion que debe adoptarse es sumamente sencilla. Debeis deshacer cuanto ántes todo el camino andado. Yo seguiré el itinerario que tengo discurrido, y ántes de una hora me hallaré sano y salvo en el territorio del Canadá.

—¿Creeis que debo continuar con mi disfraz?

—Sin duda alguna. Yo os aconsejo que sondeéis bien el terreno ántes de daros á conocer aquí ni en ninguna otra parte. Podria haber gentes mal intencionadas que tratasen de molestaros con motivo de vuestra reciente evasion.

—Me parece que no andais descaminado. Ahora, querido Mick, permitidme que á mi vez os dé tambien un importante consejo. Vos teneis sobradas condiciones para llegar á ser un hombre de verdadero mérito. Creedme, amigo mio, renunciad á esa vida de facineroso. Dedicaos á una profesion honrada. Con vuestra inteligencia y vuestra energíá podeis hacer fortuna, sobre todo en un país en que nadie tiene noticia de vuestro pasado. ¿Qué pensais de lo que acabo de deciros?

—Yo os doy mi palabra de honor, exclamó con acento solemne, de que no violaré la ley sino para escaparme de la cárcel, en el caso de que vuelvan á meterme en ella para purgar algun antiguo pecadillo. Ya hace tiempo que vengo pensando en ello, y os juro que he pasado en blanco más de cuatro noches, ideando el modo de llevar á la práctica mis excelentes planes morales. Ahora volved á la fonda. Dejad á Mick Mollen abandonado á su propia suerte, y quiera Dios que nunca tengais que volver á oír hablar de él.

Tendióme la mano y se la estreché con verdadera efusion. Al separarnos no pudimos dominar nuestra emocion, porque la amistad que acabábamos de contraer, la temeraria empresa que habiamos realizado juntos y los peligros á que nos habiamos expuesto, habian creado entre nosotros ciertos lazos, mucho más estrechos de lo que hasta aquel momento hubiéramos podido figurarnos.

Despues de un viaje de dos dias, llegué á Locofocoville, en donde fuí recibido con indecible entusiasmo, tan pronto como me despojé de mi disfraz, y en donde he continuado hasta la fecha consagrado exclusivamente á la direccion de mi periódico.

XII.

EPÍLOGO.

Hace dos años que los directores de la compañía del *Dan Beersheba Railway* organizaron una excursion por el trozo de dicho ferro-carril que debia abrirse inmediatamente á la circulacion. Como aquella pequeña fiesta no era en resumidas cuentas sino una especie de reclamo en favor de su empresa, invitaron á una infinidad de periodistas, entre los cuales se hallaba vuestro muy humilde servidor Thomas Wynans, propietario y redactor en jefe de *El Liberal de Locofocoville*.

Muchos de mis colegas recordarán aún que al llegar al límite de la vía practicable, nos aventuramos por la línea que se hallaba en construccion, con el único objeto de ver funcionar una locomotora inventada recientemente.

La máquina de que se trata estaba dirigida por su mismo inventor, un gentleman bastante corpulento, cuya bronceada tez, pronunciadas facciones y cierto aire de jovialidad reflejado en toda su persona, revelaban desde luégo su origen irlandés. El rasgo característico de su fisonomía era una doble hilera de incisivos muy prominentes, que hacian salir los labios de un modo nada gracioso.

Mientras él nos hacia con exquisita amabilidad los honores de su invencion, yo miraba de hito en hito á aquel personaje, cuyo aspecto despertaba en mí un vago recuerdo. Parecía-

me haberle visto en alguna parte; pero no podía precisar dónde ni cuándo.

Sentí de pronto refrescarse mi memoria. La cárcel de Locofocoville se me apareció con un verdadero cortejo de reminiscencias. Yo acababa de reconocer á mi compañero de calabozo, al cómplice de mi peligrosa evasión.

Así que nuestro hombre hubo acabado su demostración, le llamé aparte so pretexto de que me diese algunas nuevas explicaciones.

—¿Sois Mr. Mick Mollen? le pregunté cuando estuvimos á suficiente distancia para que nadie pudiese oírnos.

—El mismo que viste y calza, Mr. Vynans, me contestó un tanto confuso; pero nada más que para vos. Yo me llamo en la actualidad Jonathan Elder. No esperaba yo encontrar por aquí á ninguno de mis antiguos conocidos. Decididamente, voy á dejarme crecer la barba, y en seguida la teñiré de tal modo que no ha de haber nadie que sea capaz de reconocerme.

—Ya sabeis, amigo Mick, que por mi parte no teneis absolutamente nada que temer. Veo con verdadera satisfaccion que caminais por la senda de la honradez y que os hallais en vísperas de hacer fortuna.

—¡Ya lo creo! Si la suerte continúa siéndome propicia, dentro de poco tiempo reuniré un capitalito y podré realizar mi sueño dorado, que es volver á Irlanda y vivir allí de mis propias rentas como el ciudadano Durfee, mi antiguo maestro. ¡Vereis qué pronto llego á ser juez de paz! exclamó soltando una estrepitosa carcajada.

Nuestro corto diálogo fué interrumpido en aquel mismo momento. Yo me despedí de Mick Mollen suponiendo que probablemente no volveríamos á vernos.

Hace muy pocos dias recibí una carta suya en que me anunciaba haberse establecido en Dublin.

No hallo, pues, ningun inconveniente en publicar esta historia, en la que he cambiado los nombres y modificado ciertas circunstancias de escaso interés por razones que el lector comprenderá muy fácilmente.

A. DE VIGUERIE.



DE LA REALIDAD DEL ESPÍRITU.



o constituye la psicología una excepcion en el estado general de las ciencias, sino que como éstas se halla en un estado de reconstruccion completa.

Aparte el carácter crítico, que informa todo el pensamiento contemporáneo, se encuentra la ciencia psicológica al presente en vias de ampliar indefinidamente sus moldes ante los nuevos datos y las riquísimas observaciones que le ofrece la experimentacion fisiológica.

Interpretar los datos fisiológicos, aunándolos con el recto sentido de la filosofía de todos los tiempos, nos parece exigencia ineludible, si la psicología ha de entrar, como de derecho la corresponde, en el concierto general del pensamiento contemporáneo. Influido éste y aún dominado por la constante preocupacion, casi manía, de lo que pudiéramos llamar el *unitarismo*, aspira á borrar con precipitacion injustificada los linderos que disciernen y de tiempo inmemorial distinguen la realidad de lo espiritual frente á lo corporal.

Al negar la subsistencia propia del espíritu, queda la psicología huérfana de objeto y asunto, y pierde, además del ca-

rácter de ciencia, hasta la condición de capítulo ó tratado especial dentro de otra ciencia más general. Y en tal sentido, es hoy más que nunca necesario tratar de *definir la realidad del espíritu*, que no debe ser asumida en lo corporal ó con ello identificada, como pretende el *Monismo*, corriente y dirección que priva hoy entre los pensadores, señaladamente por el espíritu de protesta que revela contra las tendencias dualistas y abstractas en que se ha inspirado siempre la psicología tradicional.

A este fin, creemos de capital interés definir y delimitar la realidad de lo espiritual, siquiera no se nos oculte la dificultad del problema ante los nuevos puntos de vista que amplísimas y delicadas observaciones ofrecen á la consideración del hombre estudioso, que no puede prescindir de todas las direcciones que en el pensamiento señalan etapas y fases necesarias de la verdad científica.

Si definir una cosa es delimitarla y determinarla, la definición es la consecuencia y no el antecedente del conocimiento de los objetos, es, como dice Mr. Liard (1), el fin, no el punto de partida; pero, sin embargo, añade, al comienzo de toda indagación se necesita fijar, al ménos nominalmente, el sentido de los términos.

Así se explica la ley á que obedece nativamente el pensamiento cuando comienza todo trabajo de análisis, inquiriendo qué es lo analizado, tratando de definirlo, lo cual es difícil; porque aún no se han recogido de lo definible todos los datos para poder proyectar con alguna exactitud esta primera definición, que exige un golpe de vista penetrante para percibir el núcleo y entrañas del asunto.

Por tal razón, nos parece que la definición que dá Wundt del espíritu, *una cosa que razona*, es la declaración de una de sus funciones más complejas, sin indicar explícitamente los elementos y antecedentes de dicha complexión. De semejante vaguedad adolecen las definiciones de la escuela asociacionista inglesa, cuando afirma que el *espíritu es la série de*

(1) LIARD, *La Science positive et la Metaphisique.*

nuestros fenómenos mentales, ó cuando dice que es el sosten de nuestros fenómenos interiores; son, en efecto, estas definiciones continuas peticiones de principio, donde se toma la realidad de lo espiritual de soslayo, sin consignar más que la innegable correspondencia y constante paralelismo de los fenómenos físicos con los psíquicos. En este lento proceso va resultando asumido el espíritu en los fenómenos corporales, é identificado y sumado con el organismo fisiológico, que es de lo que dimana esta aparente *unidad*, á que se acoge el Monismo, y que consiste en *materializar el espíritu*, como lo hace Wundt cuando establece que el razonamiento del espíritu es equivalente al mecanismo de los fenómenos externos, y como expresamente lo consigna Maudsley al definir el espíritu la *encarnacion organizada* (1).

Para caracterizar más exactamente la realidad de lo espiritual, sin negar, ántes bien confirmando su convivencia perenne con el cuerpo, no entendemos que sea necesario recurrir á hipótesis metafísicas, como dice Ribot, cayendo en contradiccion evidente con su decantado positivismo científico (2), sino que nos parece suficiente colocar el punto de mira de la observacion en el núcleo de lo real y complejo que la existencia humana ofrece en todos sus fenómenos.

No nos preocupemos por el pronto, como lo hace el Monismo, dominado por un pensamiento preconcebido, con el problema en realidad metafísico del dualismo, y confesemos con el sentido culto de todos los tiempos y con la observacion desapasionada de todos, que *Homo est duplex*, ó, como dice Pas-

(1) "Admitiendo que toda idea va acompañada de un cambio correlativo en "las células nerviosas, es como podemos explicar el cansancio producido por "un trabajo mental excesivo, que en casos extremos puede llegar á una completa postracion cerebral... La idea que surge ante el estudio é interpretacion "de estos fenómenos y de todas las manifestaciones de la vida, es la de la "encarnacion organizada."—MAUSDLEY, *Physiologie de l'Esprit*, págs. 73 y 84.

(2) "Es una necesidad inherente á toda psicología, aunque sea empírica. "partir de alguna hipótesis metafísica."—RIBOT, *La Psychologie allemande contemporaine*, pág. 28.

cal, que el hombre no es ángel ni bestia, pues si, siguiendo la metáfora, con la vista y con el pensamiento pretende elevarse hasta el cielo, sus piés y la ley de la gravedad le adhieren á la tierra. Esta naturaleza intermedia, que á veces adquiere existencia propia en cada uno de sus elementos, como lo revelan la *doble sensacion* (placer interior y dolor exterior), y el *doble movimiento* (inquiétude interior y fatiga externa), explica anticipadamente la indeclinable correspondencia de lo espiritual con lo corporal, sin que exista acto ó determinacion del espíritu que no vaya acompañada de su correspondiente de parte del cuerpo y vice-versa. Además, nada autoriza para suponer que la identificacion de estos dos procesos sea exacta, ni que, por otra parte, explique más que una exigencia exclusivamente formalista, máxime si se tiene en cuenta que no es sólo en el conjunto ó en la solidaridad de estos procesos donde se encuentra esta ansiada *unidad*, ménos aún en la sustitucion de un término por otro, sino que en su complejidad y en sus detalles, lo humano revela con caractéres más salientes la doble realidad que lo constituye. Y en este sentido, más interesa encaminar el pensamiento á discernir (nunca á separar), mediante análisis y observacion, los caractéres propios de lo espiritual y corporal, que á sumar precipitadamente ámbos elementos, concluyendo con una idealidad tan vaga, que de ella puedan inferirse las más contradictorias consecuencias.

Así lo prueba, en efecto, la unidad indeterminada que obtiene el Monismo, el cual, para librarse del fantasma dualista, no para mientes en que obtiene su principio unitario con tal vaguedad, que lo mismo puede desde él materializarse el espíritu que espiritualizarse el cuerpo. Atendamos, pues, que éste será siempre el fin principal de toda psicología, áun de la psicología fisiológica, á fijar y discernir los caractéres propios del espíritu y del cuerpo; que de tal modo lograremos definir el espíritu, señalando á la vez, no un divorcio abstracto de él y del cuerpo, sino la perfecta convivencia y completo paralelismo de ámbos. De aquí la importancia que concedemos á los estudios de psico-física, sin los cuales se declina indefectiblemente, ó en el dualismo abstracto de la psicología tradicional, ó en la falsa é indeterminada unidad del Monismo, que

pretende construir (sólo la expresion revela ya lo paradógico) una *psicología sin alma*.

Podrá parecer que aspiramos á restaurar la antigua concepcion dualista; pero señalar caractéres diferenciales entre espíritu y cuerpo no se opone á que reconozcamos que su convivencia y colaboracion á todo acto humano lleva implícita la exigencia de una unidad real, viva, la que supone la inmanencia del todo (del cual procede, merced á la diferenciacion, toda individualidad) en el individuo. Tal es el único sentido recto, á nuestro entender, de esta fundamental exigencia de la unidad, que el Monismo pretende establecer de un modo abstracto, negando la sustantividad diferencial y la oposicion inquestionable de espíritu y cuerpo.

Podemos, por tanto, aspirar con el pensamiento y con la intencion á fijar principio de unidad en el hombre, sin suprimir el espíritu ó el cuerpo, y sin identificar el uno con el otro, y podemos además preguntar: *¿qué es el espíritu?* (1)

(1) ¿Cómo hemos de conocer el espíritu? Mediante la *conciencia*, como el criterio total, en que no sabemos de nosotros mismos y de lo que nos rodea. Ante ella es pueril la distincion de psicología *racional* y *empírica*, pues la conciencia ha de concertar y ordenar la *experiencia*, que es la razon dilatada, con la *especulacion*, que es la experiencia condensada; así es que la primera dá por resultado, reuniendo hechos y observaciones, la *evidencia por acumulacion*, y la segunda la razon, condensando relaciones y leyes, ofrece la *evidencia directa*. Resulta, pues, que no hay verdadera cuestion, ni lógica ni ontológica, en la exclusiva que se quiere establecer entre lo *a priori* y lo *a posteriori*, pues su nexo está virtualmente establecido en la unidad de lo conocido y del que conoce. Así lo entiende tambien autoridad nada sospechosa, Maudsley, cuando dice: "A la simple percepcion, despues de la primera experiencia, lleva el espíritu un elemento propio, y es por tanto evidente que el espíritu contribuye como factor esencial al resultado que llamamos el *saber*, siendo indiferente el nombre que se da á este factor. Los defensores de lo *a priori* tienen razon cuando afirman que el individuo no recibe todo su saber por medio de los órganos de los sentidos, sino que la constitucion del espíritu dá á los materiales suministrados por los sentidos, formas ó maneras de ser percibidos, que son un elemento importante del resultado final." — MAUSDLEY. *Physiologie de l'Esprit*.

Aparece todo hecho humano ante la observacion incluido en lo que ha dado en llamarse el *ciclo psico-físico*, el comercio de lo espiritual con lo corporal, y ha demostrado ya el análisis que es reductible todo este comercio á los hechos primitivos de la *sensacion* y del *movimiento*. Sin detenernos á definir específicamente la *sensacion* y el *movimiento* y áun las distintas clases de éste, sentemos como indudable, pues la experiencia lo comprueba, que la manifestacion más inmediata y más ínfima de la actividad y de la vida se refiere desde luego á estos hechos, en apariencia simples y en su fondo complejísimos. Recibe, en efecto, el espíritu, merced á la *sensacion* y á las condiciones que indicaremos, hechos, estados, energías del cuerpo y del mundo exterior, y sobre ellas reobra, gracias al *movimiento* que emite de sí mismo. Suponer, como hacen algunos, que el sér sensible es meramente receptivo (porque lo primero que hace es recibir la impresion ó excitacion, causa ocasional de la *sensacion* y más tarde del *movimiento*), es juzgar torpemente y caer en el error de concebir el espíritu como lo *pasivo* y *receptivo* de lo exterior, cuando reobra sobre ello y áun colabora con elementos propios á la produccion del *movimiento*, que no es sólo contestacion en equivalencia mecánica á la solicitud y llamada, que la *sensacion* efectúa. De tal error proceden todos los que son inherentes al moderno *Determinismo*, que interpreta violentamente la experiencia para no reconocer como elemento real en lo humano más que aquello, que va implícito en lo que recibimos de la *sensacion*, mediante excitaciones exteriores ó constitucion especial del cuerpo. Fijemos bien esta base deleznable del *determinismo*; porque en ella radica el error fundamental de esta pretendida psicología sin alma, y sobre todo tengamos en cuenta que, como dice Maudsley (1), «no es el espíritu una »hoja de papel blanco que recibe los signos en ella impresos,» sino que jamás existe tal mecanismo receptivo ante la *sensacion*, la cual supone necesariamente una energía co-actora con la receptividad de la excitacion. Y aún es más significativo

(1) MAUSDLEY. l. c. pág. 221.

Mausdley cuando añade: «No es el espíritu un espejo que refleje más ó menos fielmente los objetos; se halla dotado de un poder plástico (1), punto de partida de este procedimiento complejo de organizacion, gracias al cual se asimila lo que es favorable á su desenvolvimiento. Apropiándonos lo que tienen de semejantes las impresiones sensibles, adquirimos una sensacion que podriamos llamar como las ideas, sensacion general ó abstracta; hay una especie de clasificacion orgánica, y desde entónces existe en los centros sensoriales algo latente ó potencial, podriamos decir *facultad*, que, solicitada por una impresion apropiada, aclarará ó definirá la sensacion, es decir, la interpretará.»

Se muestra además lo específico y real del espíritu, insustituible por el cuerpo, reparando en la manera cómo se produce la sensacion. Precedida ésta de la impresion ó excitacion material, que obedece en un todo, mientras persiste en el organismo, á las leyes físicas y mecánicas, penetra en el interior, se hace *sensible* la excitacion en general mediante el sistema nervioso. Se compone éste: primero, de órganos capaces de recibir una impresion en contacto con los agentes exteriores, pero que no pueden percibirla; tales órganos son los sentidos específicos, y en general, toda la periferie exterior y aún interior del cuerpo; segundo, de órganos aptos para transmitir estas impresiones, sin modificarlas, ni especificarlas; son los nervios, la médula espinal y la médula oblonga, y tercero, del órgano receptor de las impresiones que las especializa y modifica (el cerebro). Son, pues, los sentidos, segun frase vulgar, las ventanas por donde el alma comunica con el mundo exterior (2); los nervios, los hilos conductores de las impresiones á

(1) Poder plástico para la formacion en concepto ó en conocimiento primario, instintivo ó irreflexivo (de donde ha sacado Hartmann la teoría de lo *inconsciente*) que se traduce despues en imágen en la fantasía. Prueba dicho poder que es la base de toda determinacion y acto ulterior del espíritu el error de Wundt, cuando lo define una cosa que razona, como si no hubiera de razonar con términos y sobre elementos que implícita ó explícitamente se suponen en todo razonamiento.

(2) “Los sentidos colocan delante de nosotros los caracteres del libro de

través de toda la complexión del organismo, y el cerebro el punto de parada ó centro de trasformacion y modificacion, donde aparece lo espiritual en inmediata continuidad con lo corporal. De forma que lo espiritual aparece siempre, tiene su base orgánica de manifestacion en el centro ó centros del sistema nervioso, como puede comprobarse examinando los actos reflejos, con lo cual se nota que el Determinismo exterior y aún interior de las condiciones mecánicas en el proceso de la impresion á la excitacion, de ésta á la sensacion y de ésta á la percepcion, no son óbice atendible para aceptar que el alma puede constantemente modificar la direccion específica de las sensaciones y de los movimientos; impulso propio, inicial, característico del espíritu, que podrá necesitar otra vez todo este conjunto de condiciones mecánicas como base orgánica para su manifestacion (1), pero que en su existencia genérica hay que referirlo á esta reaccion y energía virtual de lo anímico. Descúbrese por lo tanto en la complexión de lo orgánico condiciones para la manifestacion de lo anímico, causas ocasionales y aún concomitantes; pero la suma de todas ellas no es término de ecuacion con este elemento unitario, propio, de donde procede tal impulso, que es á lo que referimos la existencia del alma. Vano será, por consiguiente, no ya identificar el alma con el cuerpo, pero ni aún localizarla en parte determinada del organismo (2).

Es el organismo condicion ó conjunto de condiciones determinantes (y en este punto tiene su legítima aplicacion el De-

“la naturaleza, pero no producen ningun conocimiento mientras no hemos descubierto el alfabeto (las ideas) para leerlos.”—WHEWELL.

(1) “Los estados físicos de nuestros elementos corporales constituyen un conjunto de condiciones á las cuáles están necesariamente ligadas la existencia y la forma de nuestros estados interiores.”—LOTZE, *Psychologie physiologique*.

(2) “El alma no puede ser considerada como una resultante de algo, sino sólo como una *unidad*; porque los diversos modos de su actividad propia no pueden ser repartidos entre signos diferentes, ni el conjunto de sus estados ser considerado como el desenvolvimiento de un sistema compuesto. No conside-

terminismo) de las manifestaciones de los actos psíquicos; pero no puede por sí el organismo sentir ni percibir, pues á tal pretension se oponen las siguientes objeciones: primera, que las sensaciones son comparables entre sí (áun las más opuestas), lo cual supone con el centro sensitivo un sugeto común á todas ellas; segunda, que las percepciones se conservan y áun es posible recordarlas, á pesar de lo fugaz de la sensacion; tercera, que es posible aislar experimentalmente lo físico de la sensacion y lo psíquico de la percepcion; como se nota en los dolores referidos á un miembro amputado, y como lo ha probado Bernstein (1) en un célebre experimento, y, por último, que ante una distraccion persistente del espíritu pasa desapercibida la solicitud y llamada de la sensacion.

Existe entre la sensacion, recibida, y el movimiento, en que expresamos la impresion que nos ha causado aquélla, algo intermediario que determina por sí, aunque adaptándose para sus manifestaciones á este conjunto complejo del organismo corporal, la iniciativa ó direccion del movimiento, y su obligada consonancia con la sensacion.

En este mundo intermediario, al cual convergen las múltiples condiciones del organismo con la síntesis por el espíritu producida para imprimir direccion determinada á la sensacion recibida y al movimiento emitido, es donde más discretamente se señala la union del espíritu con el cuerpo. Recoge, en efecto, la fantasía ó imaginacion en forma de síntesis ó de *imágen* (representacion, *Vorstellung* que dicen los alemanes) las condiciones complejas que desde la impresion material, pasando por la excitacion y la sensibilidad, manda el organismo como elementos constitutivos de la percepcion espiritual, que gradualmente se va depurando en estos tránsitos delicadísimos á través de todo el organismo, desde la periferie

“ramos, sin embargo, el alma como sér que obra sin motivos y produce exclusivamente por sí mismo los fenómenos psíquicos; entendemos, por el contrario, que todo estado interior se produce por una excitacion, y merced al curso de las funciones corporales, con las cuales la vida del alma tiene relaciones perfectamente determinadas.”—LOTZE, *Psychologie physiologique*.

(1) BERNSTEIN, *Les Sens*. Livre I, cap. IX.

exterior del cuerpo hasta el movimiento semi-vibratorio, semi-eléctrico de los centros superiores nerviosos. Se apropia, *siente* el espíritu la acción del objeto exterior, rehace sobre ella y á su vez manda á esta misma fantasía el impulso y determinación de su actividad propia; de suerte que la fantasía parece que espiritualiza lo corporal y juntamente corporaliza lo espiritual (que es á lo que llama Maudsley, con profundo sentido poder *plástico, informador*). Favorece grandemente este superior ministerio de la fantasía (áun en su más alta manifestación de *creadora*, la propia del artista y del génio) la continuidad inalterable con que en ella aparecen las formas, en que los objetos sensibles se manifiestan (espacio, tiempo y movimiento); de modo que la fantasía tiene tiempo y espacio propios, siquiera sean más libres que los del mundo exterior para poder señalar en ellos la conjunción de lo espiritual con lo corporal, es decir, para informar (dar forma nueva, aunque no educada de la nada, sentido erróneo de la creación y de la actividad, contra la cual tiene perfecta justificación la protesta del determinismo) la idea, la síntesis que lo espiritual toma como base de su acción, en lo concreto de las formas sensibles. En esta función aparece la superior cualidad del espíritu, cuando se expresa en lo corporal, y áun la suprema cualidad del espíritu racional, *cuando habla*; sólo en tal sentido es válida la afirmación de Maudsley de que *el espíritu se encarna en el organismo* (1).

Guiando el análisis, experimental y racional á la vez, por estos pasos y términos, que son delicadísimos de observar por lo complejos, y difíciles de discernir por lo solidarios, se nota que la existencia del alma comienza y continúa su evolución en el seno de la conciencia. Del fondo de la conciencia (toma-

(1) Cuantas afirmaciones dejamos consignadas, son susceptibles, ante una observación imparcial, sin *partipris* de comprobación experimental. En ellas, además, se puede descubrir la base psicológica de lo que entienden hoy todos los estéticos por *creación artística*.—V. HARTMANN, *Philosophie de l'inconscient*.—L'inconscient dans le sentiment esthetique, MASCHELASER. *Esthetique* y J. SOURY *Etudes de esthetique*.

da en el amplio sentido que hemos indicado, y enriquecida con los datos de la percepción externa y de la intuición personal) educa el espíritu lo concreto y lo real que se le ofrece conglobado en la sensación. Sostenida á veces por la fuerza del instinto, como se observa en los actos reflejos y en los de conservación, y en ocasiones por la influencia del hábito, como se vé en los actos irreflexivos (1), esta discreción gradual de los múltiples elementos que en lo concreto se ofrecen con una solidaridad que los hace inseparables, alcanza el espíritu la condensación de los caracteres más salientes en un tipo ideal (de que es manifestación la imagen ó representación), bajo cuya suprema dirección encamina y dirige su actividad propia, constituida específicamente por determinaciones sensibles, intelectuales y volitivas. Tal parece ser, según los resultados del análisis, la función primordial de la existencia del alma, insustituible por el cuerpo, y distinta (aunque no separada) de las condiciones que lo fisiológico ofrece para su manifestación como siendo su *base orgánica*. De esta conclusión, que no contradice ningún experimento, á la falsa identificación de los términos, que da por resultado el Monismo, media gran distancia.

Como la verdad, comparada de tiempo inmemorial á la luz, irradia como ella en todas direcciones, y aún se manifiesta por todos los intersticios que deja el error, acontece que todos los pensadores que se preocupan seriamente de esta cuestión, lleguen á las mismas conclusiones, sea por caminos distintos, sea con declaraciones diferentes (2). Aun los más influidos y dominados por la preocupación experimentalista declaran como

(1) Las influencias del instinto y del hábito interiores, que no extrañas al contenido de la conciencia, son la base de cuantos razonamientos hace Hartmann para dar un alcance ilegítimo á lo *inconsciente*.

(2) "Una de las funciones esenciales de la actividad consciente, es referir á la unidad, según reglas constantes, lo múltiple de los fenómenos."

"La esencia de la facultad psíquica consiste en la coordinación espontánea y consciente de los medios en relación á un fin."—VIGNOLI.

"La inteligencia (tomada como la realidad del espíritu) es la adaptación razonada de los medios al fin."—CARPENTER.

Ribot (1) que «la vida psíquica consiste en una série de estados de conciencia, unidos con estados físicos, que *comienzan en la sensacion y terminan en actos.*» Claro está que tal declaracion lleva implícita la idea de que el alma es, ante todo, actividad, energía, que prepara medios para un fin y que prepara aquéllos de modo consciente (á pesar de lo inconsciente, que es tal para la reflexion actual del sujeto) para llegar á la ejecucion libre del fin (áun cuando la iniciativa libre del espíritu haya de engranar en el determinismo exterior).

No se necesita dar á este concepto del espíritu una interpretacion muy ámplia para que concierte con declaraciones importantísimas, que merced á una feliz contradiccion, consigna el mismo Wundt (2), al decir: «El hecho individual no puede explicarse completamente, sino mediante la existencia de un *factor personal*, que se engrana, á modo enigmático, en medio de la série de causas y efectos naturales.» Algo invalida la trascendencia y alcance de semejante declaracion que Wundt recurre á su último extremo, al misterio de los misterios (á lo inconsciente), y llama despues á este *factor personal causa de naturaleza esencialmente inconsciente*, que es á lo que refiere el *carácter*. Pero debe tal causa llegar á ser, por lo ménos en el hombre, *consciente*, cuando el hipócrita la domina, cuando el cómico la copia en la mímica, y el hombre la avasalla al supeditar á la razon sus instintos y sus pasiones.

No hay precision completa de aducir pruebas, mostrando lo específico de la realidad espiritual, tomadas sólo de estas manifestaciones superiores del alma racional, pues las más rudimentarias é ínfimas comprueban este mismo carácter del espíritu, esto es, el de ser actividad encaminada á un fin. Observemos, en efecto, los *actos reflejos*, que parecen ser, segun declaracion de todos los fisiólogos, la primera y más rudimentaria manifestacion de la actividad y por tanto de la vida, y veremos en ellos confirmado este mismo *carácter teleológico*, que se acentúa por grados, á medida que se asciende en la

(1) RIBOT, *La psychologie allemande contemporaine.*

(2) WUNDT, *Über die Menschen und Thierseele.*

escala de los seres, siguiendo la ley de la evolucion de los organismos.

Donde mejor se observan los actos reflejos es en la *médula espinal*, cordon conductor que trasmite al encéfalo las sensaciones y refiere á él las excitaciones motoras y centro nervioso que sirve de asiento á los actos reflejos (1).

Experimentalmente considerado en sus manifestaciones dentro del organismo fisiológico, aparece todo acto reflejo, aún aquél que reviste mayor simplicidad en su existencia, como una excitacion, simplemente solicitada por agente exterior, seguida de una contraccion; es un movimiento, provocado por una excitacion, que obra mediante un centro nervioso, distinto del cerebro, y á este subordinado como inferior, por lo que se refiere á este proceso diferencial y de discrecion de los elementos conglobados en la impresion sensible.

Así se explica que por tiempo se haya estimado exclusivamente el acto reflejo como simple contestacion mecánica á la excitacion, como fenómeno automático, determinado por ley general, cuya apropiacion, de parte del individuo, no se manifiesta con precision. Los experimentos de la viviseccion de ranas, que tanto han enriquecido esta parte de la fisiología, parecian convertir en razones irrefutables dicha opinion; sin embargo, repetidos estos mismos experimentos, ampliados con otros de igual género en otros animales y aún con muchos, observados en el organismo humano, han dado lugar á que

(1) Parece en tal sentido representar la médula, naturaleza intermedia entre los nervios, hilos conductores, y el cerebro, centro de modificacion y aún de parada de las impresiones. Aparece, pues, la médula, con los demás centros del sistema nervioso, subordinados al cerebro, como punto intermedio en este proceso, que sigue la diferenciacion dentro del organismo. Se adapta de este modo la complexion de la estructura orgánica al orden ascendente, que en la evolucion sigue la realidad espiritual para elegir y diferenciar elementos, términos y medios, que le guian al cumplimiento de su fin. Segun este paralelismo resulta en la múltiple escala de los seres vivos determinada la *base orgánica* del espíritu, segun la acertada frase de Huxley; de suerte que la mayor perfeccion de la estructura orgánica del sistema nervioso supone mayor perfeccion en la vida espiritual y sus manifestaciones.

aumente el alcance del análisis y á que sea casi unánime el juicio que forman hoy todos los fisiólogos, respecto á los actos reflejos, donde se descubre una finalidad intrínseca, suficiente para indicar que en ellos se inicia ya, con su carácter específico, la vida espiritual. Hartmann descubre en los actos reflejos una finalidad, perseguida por lo inconsciente y encaminada á la conservacion del individuo, carácter igualmente reconocido en estos mismos actos por Prockaska (aunque sin el sentido ontológico del pensador austriaco), que los llama «fenómenos de reflexion de las impresiones sensitivas en impresiones motoras.» Ribot (1) dice que aunque los actos reflejos son automáticos é inconscientes, ofrecen el carácter importantísimo de ser *coordenados*, entendiendo por tal cualidad que se producen en orden serial, cual si de suyo persiguieran fin implícito en la contextura del organismo. Lyus (2) reconoce en los actos reflejos, con su cualidad de ser fatales y necesarios, una especie de *consensus preestablecido* entre la impresion centrípeta y la accion centrífuga provocada, de lo cual resulta que se manifiestan con cierta *regularidad y coordinacion*. Y precisando, por análisis repetidos, más y más la regularidad con que aparecen y la coordinacion en que se manifiestan los actos reflejos, han reconocido muchos naturalistas (3) que los movimientos no son coordinados como los de una máquina (puramente mecánicos), sino que son adaptados á un fin particular, localizado en una diferenciacion progresivamente específica, segun lo muestran las distintas posiciones *defensivas* de la rana decapitada ante la situacion violenta en que la coloca el experimentador en la palma ó anverso de su mano. Aquellos intentos ó ensayos y esfuerzos de la rana para adherirse á la mano con más fuerza á medida que dicha mano es inclinada para que la rana caiga, son señales de esta adaptacion específica, siguiendo un fin particular.

(1) RIBOT, *L'Heredité*.

(2) LYUS, *Las funciones del cerebro*.

(3) FLOURENS, VULPIAN y el DR. DESPINE.

Con tal diferenciación gradual (1), no es violenta la interpretación que debe hacerse del experimento, es, por el contrario, aceptada por el mismo Ribot (2) al decir que «se hallan en los actos reflejos los caracteres de la inteligencia y de la voluntad, conocimiento y elección de medios que son variables como la causa que los provoca; existe, pues, añade Ribot, en el acto reflejo, que es fisiológico lo *constitutivo del acto psicológico*, menos la conciencia.» Excusado parece advertir que toma aquí Ribot la conciencia como término sinónimo de la reflexión ó conciencia individual del sujeto, en cuya acepción es realmente innegable que el acto reflejo es inconsciente ó irreflexivo, pues lo ejecuta el sér vivo, obedeciendo á fuerza superior, solicitada por el instinto de la conservación y por todas las consecuencias á él inherentes.

En los demás actos irreflexivos, involuntarios de parte del sujeto (respiración, deglución, estornudo, contracción de la fisonomía, rubor, etc.), puede fácilmente descubrirse, lo mismo que en los actos reflejos, un *carácter teleológico*, de finalidad, que acusa la presencia insustituible en todo acto, aún en el que parece sólo fisiológico, de la realidad espiritual. Verdad es, á qué negarlo, que la presencia consciente del agente personal falta, porque está interrumpida y aún á veces suprimida la función directora de los centros superiores; pero por cima de tal interrupción, aunque sin contrariar, porque es imposible, la regularidad de las leyes fisiológicas, aparece la existencia de lo espiritual con caracteres que son imborrables.

Cuando algunos fisiólogos, con tendencias materialistas, suponen haber hallado para su tesis el argumento Aquiles; porque prueban experimentalmente que el éxtasis, el delirio místico, la inspiración genial y otros estados homogéneos van siempre acompañados de excesivas y exarcebadas vibraciones de los centros nerviosos, se les puede argüir con este examen imparcial del acto reflejo. Y de ámbos ejemplos no resulta la

(1) V. los experimentos ingeniosísimos de HUXLEY expuestos en su trabajo sobre el *automatismo de los animales*, traducido en la *Revista Europea*.

(2) RIBOT, *L' Hérédité*.

confirmación de la tesis materialista, sino la prueba indudable de la unión sustancial de lo físico con lo psíquico, ó como dice Huxley, que es permanente y constante el lazo de la *neurosis* con la *psicogénesis*.

Es ahora supérfluo insistir en que lo específico de la realidad espiritual, su *carácter teleológico*, hallado en los actos reflejos y en las manifestaciones rudimentarias de la vida, se acentúa cada vez más, aparece con más precisión á medida que se observan las manifestaciones superiores del alma, señaladamente en su vida reflexiva; en ella es tan evidente dicho carácter, que ni aún los más empedernidos empíricos han puesto en tela de juicio su existencia. Ninguna nota aparece, en efecto, como carácter intrínseco y constitutivo de la realidad del espíritu con fuerza superior á la que dejamos indicada, esto es, la *de ser una actividad que persigue un fin*, para cuya realización inquiere y elige medios en todo lo que le rodea. Supongamos, por ejemplo, que nuestra energía personal obra al acaso, se mueve sin fin que la impulse y resultará nuestra existencia un eterno suplicio, superior al de Tántalo (1).

Probada la unión de lo espiritual con lo corporal, se reconoce y supone que la iniciativa propia y libre de la energía anímica no contradice el determinismo de las condiciones que del exterior recibe y en las cuales el alma imprime el fin que persigue, modificando la aparentemente inflexible dirección de su mecanismo, donde se muestra el alma racional como colaboradora en la obra universal del cosmos. Dentro de ella, que no oponiéndose á su marcha, puede el hombre superior, el

(1) "Discurriendo en una ocasión los ingleses una pena que por lo severa pudiera servir de castigo á criminales empedernidos, inventaron una, que consistía en llevar piedras de un lado á otro, volverlas luego al mismo sitio, de nuevo llevarlas y de nuevo deshacer lo hecho; y resultó tan horrible el dolor de este trabajo inútil, que hubo de abolirse; y es que no se concibe suplicio más cruel que la actividad moviéndose en el vacío, que la humanidad afanándose por llevar á cabo una obra que es obra perdida, como si estuviese condenada á vaciar eternamente agua en el tonel sin fondo de las Danaides."

gênio modificar la dirección, dar nuevo impulso á todas las energías del espíritu colectivo y ser, por tanto, representante del progreso individual y social, sellando estos adelantos con el sello imborrable de su energía personal, imprimiendo á toda su vida, como vulgarmente se dice, *carácter propio*.

Si la característica del alma, observada en estos senos de lo inconsciente fisiológico, se anuncia ya en el acto reflejo, se percibe como existente de modo indudable en la vida reflexiva y adquiere relieve y subsistencia imborrable en las obras del génio, podemos decir, usando el tecnicismo de Aristóteles, *que el espíritu es una energía (entelequia) teleológica* (1).

No pretendemos con la fórmula enunciada dar definición concluida de lo que es el espíritu. De realidad simplicísima en su fondo, de condición por demás compleja en sus manifestaciones, no es el alma de cualidad adaptable á una fórmula lógica inflexible; ántes bien, exige su completo conocimiento, que se forma por la sucesiva reconstrucción del concepto, gracias á la percepción externa y á la intuición propia; exige, decimos, que pensamiento y reflexión queden, cual es su índole propia, susceptibles de nueva aplicación y rectificación. Para ampliar dicho concepto prestará servicios inestimables la experimentación fisiológica, depurada del virus materialista, con la observación interior, cuyos resultados habrán de converger y concertar, como se conciertan en la complejidad de lo real, mediante la ley del progreso que rige y preside el desarrollo de todo lo que como la ciencia es humano.

Así caracterizada la realidad del espíritu con la nota específica, que oponemos á la tendencia paradógica del monismo,

(1) Ya se concibe que tanto mejor se dirigirá el espíritu al cumplimiento de su finalidad, cuanto mejor la conozca y cuanto más discreta y precisa sea la conciencia, que de tal finalidad forme, merced á su educación y cultura. Consideración es esta que autoriza á repetir que la base inmediata de toda educación está para el hombre expresada en la antigua inscripción del templo de Delfos: *Conócete á tí mismo*. Al alcance que tiene dicha máxima, hay que atribuir gran parte de la importancia que hoy merecen á todos los hombres cultos los estudios psicológicos.

de construir una psicología sin alma, no se puede, pues á ello se opone la lógica, pasar por alto la convivencia perdurable de lo espiritual con lo corporal, cuya evolucion paralela ansía noble y legítimamente estudiar la *psicología comparada*, y aún más allá, lo que algunos alemanes llaman *Volkerpsychologie*, *psicología de los pueblos* (1), ó psicología social del espíritu colectivo.

Sin entrar en el exámen de tales *ensayos*, haremos notar que la realidad del espíritu, merced á esta convivencia con lo corporal, muestra una verdadera equivalencia de sus manifestaciones cada vez superiores con el desarrollo gradual de la mayor complicacion del organismo, asunto en el cual se puede afirmar que ha puesto el punto á la i la psicología fisiológica (2).

Si el espíritu pone reflexiva ó irreflexivamente, pero siempre de modo constante, su punto de mira en el discernimiento y eleccion de los medios que han de llevarle al cumplimiento de su fin, es evidente que el doble proceso de su existencia ha de manifestarse en lo que ahora se llama la *integracion* y *diferenciacion* (3), que constituye lo que pudiéramos denominar *matemáticas del espíritu*. Como dichos procesos son el auxiliar obligado para establecer en lo concreto de la sensacion lo discreto de la percepcion; y el nexa, si es determinado por el agente sintético de la iniciativa del espíritu, no puede jamás prescindir de su *base orgánica*, de estos que hemos

(1) BENEKE, STHEINTHAL y LAZARUS.

(2) "La conformidad del desarrollo del sistema nervioso con el de las facultades espirituales en toda la série animal, está suficientemente demostrada. "Y cuando no se percibe á primera vista esta conformidad, es porque no se tiene en cuenta que el sistema nervioso preside tambien el desarrollo de otras funciones."—A. BAIN. *L'Esprit et le corps*.

(3) A esta manifestacion ha reducido la funcion primordial del espíritu toda la psicología inglesa, llamada por esto *psicología de la asociacion*. La suma de lo homogéneo y resta de lo diferente, de que habla Bain, como lo constitutivo del espíritu, es la consecuencia fundamental de aquella doctrina, á la cual nadie ha puesto, dentro de Inglaterra, correctivo, si se exceptúa á Spencer.

llamado canales de comunicacion, *ventanas del alma*, se infiere que todo el proceso y toda la evolucion del sistema nervioso marcha paralelamente á estas condiciones.

Así es que el conocimiento de la estructura y desarrollo del sistema nervioso favorece en alto grado el conocimiento del espíritu y de su modo de funcionar. A la *integracion* se refieren en el sistema nervioso los centros y órganos que no dan sensaciones específicas, sino generales, sin localizar, y tan indeterminadas á veces, que no puede precisarlas la sensibilidad del individuo más que declarando percibir un vago bienestar ó un principio de inquietud y desasosiego, anuncio tambien de un indeterminado malestar. A la *diferenciacion* corresponden en el sistema nervioso los centros superiores y órganos específicos (sentidos corporales), que tienen su asiento en aquella sensibilidad general y que se diferencian por grados, se especifican á medida que más se individualiza la índole de la percepcion, á que sirven y prestan su concurso.

En este aspecto, la evolucion de la sensibilidad marcha acompasadamente con la de las funciones espirituales, de lo cual ofrecen comprobacion experimental, superior á toda crítica, las pocas observaciones recogidas hasta el dia sobre las manifestaciones del alma de los niños (1).

La unidad simplicísima del alma, que se manifiesta en la persistencia constante de su fin y en que, como dice Gratry, «en la vida real del alma todo es en todo,» tiene su resonancia y desarrollo paralelo tambien en lo que hemos llamado la base orgánica de las funciones espirituales, en el organismo fisiológico, y señaladamente en el sistema nervioso y en la complejidad de los aparatos, que sirven á la sensibilidad; así es que la indeterminacion ó expresion vaga de las funciones anímicas, lleva consigo igual vaguedad en la produccion del organismo sensible. ¿No es, por ejemplo, una prueba de lo que decimos la dificultad de fijar en un punto los ojos indecisos de un niño de corta edad?

(1) V. Trabajos sueltos de DARWIN y TAINE y la obra de B. PEREZ.

Obligan tales consideraciones á estimar con Delbæuf (1) que todo el organismo en general es sensible, como apto para afectarse ó modificarse ante acciones é impresiones del exterior. Esta sensibilidad vaga é indeterminada, que se descubre en los más rudimentarios esbozos del sistema nervioso de los séres colocados en los últimos peldaños de la escala de la vida; esta sensibilidad, que constituye por su falta de precision y aún por la ausencia en ella de iniciativa de la individualidad viva la esfera de lo que se llama lo *subconsciente*; esta sensibilidad, cuyo móvil determinante de sus reacciones y contracciones irreflexivas es el instinto de conservacion, ésta es la verdadera base y asiento del desarrollo ulterior de toda la complicacion maravillosa de que es susceptible el sistema nervioso. Parece concertar cumplidamente con esta unidad primitiva que hemos asignado al alma, y que sirve de fundamento al carácter.

Al desarrollo y precision de las funciones espirituales, procediendo segun la espontaneidad anímica, de dentro á fuera por su iniciativa, y de fuera á dentro por su poder reactivo, corresponde despues, no por yuxtaposicion, sino por virtualidad del organismo, la diferenciacion específica de aquella sensibilidad genérica en sensaciones concretas, especiales. Resulta de aquí que la ascension en la escala de la vida se debe por igual al poder plástico, informador de la energía espiritual, y al proceso de diferenciacion de los aparatos orgánicos; que por tal razon hemos dicho que es el alma energía que colabora á esta obra complejísima de lo real y concreto.

Esta unidad fisiológica, *celular* del individuo vivo, paralela á la del alma, explica, segun su evolucion diferencial, la complexion de la contextura orgánica mejor y más conforme con los datos de la observacion, que el Mecanismo, concebido por Maudsley, Spencer y Wundt, cuando declaran que «es el tacto el sentido primitivo y fundamental, la lengua madre del saber,» y además «la base para el desarrollo de todos los demás sentidos.»

(1) DELBÆUF, *Theorie generale de la sensibilité.*

Se concibe en tal caso una yuxtaposición ó adición mecánica de cualidades, que vienen *ad extra* á adherirse misteriosamente á la complexión del organismo, sin dar explicación posible de la percepción de cualidades estéticas, propias de la vista y del oído; y que no caen nunca dentro de la esfera del tacto (1). A esta objeción, que es muy atendible, y de que se hacen cargo los estéticos para oponerse á estimar todos los sentidos como desarrollo del tacto, se puede añadir otra de no menor importancia, y que dá lugar á grandes dudas, y es la de que no se ha determinado aún la esfera propia de acción del tacto, pues mientras unos consideran comprendidos dentro de él el sentido de la temperatura y el de la presión (2), otros sólo refieren á él la presión, denominándole sentido mecánico (3), de lo cual procede la confusión de que unas veces se tome el tacto como sentido específico (aunque el más extendido de todos por el organismo), y otras como esta sensibilidad genérica, que nosotros atribuimos al organismo todo, considerado, no como un mecanismo ó una *tábula rasa* ú hoja de papel blanco, sino como un fondo real, sensible y vivo; en él las sensaciones no se localizan específicamente, como acontece con las del tacto. En esta consideración encontramos nosotros el fundamento para atribuir á la sensibilidad general y no al tacto (que es al fin un órgano específico) estas sensaciones indeterminadas, y que adquieren sólo precisión gracias á una cualidad genérica; entónces se comprenden bajo la denominación de *sentido comun vital* (4).

Considerando todo el organismo como sensible, resulta que cualquiera de sus partes es capaz de reaccionar sobre una impresión en él ejercida, que es á lo que Delbœuf llama *órgano*

(1) GIOBERTI, *Essai sur le beau*.

(2) BERNSTEIN, *Les Sens*.

(3) WUNDT.

(4) "Actualmente se reconoce con gran generalidad bajo el nombre de sentido vital, orgánico ó interno, un modo de la sensibilidad, sin órgano especial, extendido por todo el cuerpo, y que es como un tacto interior, mediante el cual sentimos lo que pasa en nosotros."—RIBOT, *L'Hérité*.

adventicio de la sensibilidad; si no persiste localizada la impresion en una parte determinada del cuerpo, sino que oscila y varía sin especializarse y fijarse, no pasa aquella parte del organismo de ser como todo él impresionable ó irritable en general; en el caso contrario, cuando se repite la localizacion se constituye en *órgano permanente*, que viene á ser por último como el mayor grado de diferenciacion *órgano específico* ó aparato especial. Así es que el órgano del sentido es un aparato especial que recibe para diferenciarlas las impresiones exteriores, aparato cuya estructura individualizada por lo peculiar de la impresion constituye para la vida del espíritu un *estímulo especificado* (1).

A esta especializacion preside el fondo comun de la sensibilidad general de todo el organismo, por lo cual se nota que los sentidos, en medio de ser órganos específicos, se auxilian mutuamente, y en parte se sustituyen unos por otros (la vista por el tacto en los ciegos), segun su mayor ó menor solidaridad. Esta es, por ejemplo, más sensible entre el gusto y el olfato que entre los demás sentidos (2).

Ante la especificacion diferencial de los aparatos orgánicos se debate lo llamado por Müller la *energía específica de los nervios*, limitada ya, segun Lewes, á la estructura del órgano y á sus conexiones anatómicas. En tal cuestion, la dificultad contra toda solucion extrema se halla en la necesidad de concertar los hechos de diferencia funcional de los órganos con

(1) "Cada órgano de los sentidos posee un estímulo especificado, que pone el sistema nervioso en estado de excitacion. Las terminaciones del nervio óptico en el ojo no pueden ser excitadas, sino por ondas luminosas, y así de los demás sentidos en general." —BERNSTEIN. *Les Sens.*

(2) "No es posible separar estos dos sentidos (gusto y olfato), que están tan íntimamente unidos que se ha podido decir que *el olfato es un gusto que se ejercita á distancia.*" —RIBOT, *L'Heredité.*

"Se ha notado que casi todas las sustancias de olor desagradable (con raras excepciones) son al mismo tiempo nocivas á nuestro organismo. Es, pues, el olfato un celoso guardian que impide la introduccion de sustancias nocivas en nuestro organismo." —BERNSTEIN, *Les Sens.*

la indiferencia funcional de sus elementos por la posible sustitución de un nervio por otro.

La especialización que dentro de las condiciones naturales del organismo puede ampliarse, como se observa en el tacto, extendido y perfeccionado por algunos en los dedos de los pies, y en otros sentidos desarrollados por el esfuerzo propio, no autoriza, sin embargo, la justificación de la hipótesis por algunos profesada (1) de que puede el hombre hacer algo más que aumentar el alcance de sus sentidos (telescopio, microscopio, etc.), determinando en su cuerpo estructura orgánica más complicada y nuevos sentidos.

Ménos admisible aún es la hipótesis de localizar el alma ó sus funciones en partes determinadas del cuerpo, pues aún referida esta localización indeterminadamente á la sustancia gris, ó como quiere Maudsley al cerebro, encarnación orgánica para él del espíritu, todavía en la esfera de lo experimental se pueden oponer á tal teoría todos los fenómenos reflejos, los casos de ablaciones del cerebro en seres inferiores, los estados de anestesia, etc. ¿Qué representan estos estados? Ya lo dice expresamente Lange: la supresión de tales ó cuales órganos de manifestación, y por lo mismo la supresión del ejercicio de las funciones anímicas; pero que reaparezca el órgano, que se suprima el obstáculo, que se restablezca el orden y regularidad en la estructura orgánica, pronto se verá aparecer de nuevo la función y su ejercicio; y ¿por qué? porque mientras la unidad del ser vivo, que no puede localizarse, no desaparece completamente con la muerte, el ser vivo es y permanece, sigue siendo y existiendo, siquiera su ejercicio funcional pueda supeditarse á la aparición ó supresión de las condiciones que hemos llamado en general base física ú orgánica del espíritu.

De este modo concebimos la unidad real, viva y á la vez potencial de lo anímico como energía que colabora con la unidad concreta del organismo (la célula en su diferenciación) á la vida general. El contenido complejísimo de sus funciones

(1) Delbœuf cree que puede la diferenciación del organismo crear en el hombre nuevos aparatos específicos, por ejemplo, el sentido magnético.

y facultades y el delicado tejido de órganos y aparatos, estimulantes específicos dentro del organismo, favorecen la función primordial del alma, el conocimiento y elección de medios para realizar la finalidad que le es inherente. Ante tal idea, la exigencia del principio unitario, buscado por el Monismo, subsiste, pero no es lícito, según las resultantes generales del análisis hecho, educir dicha unidad de un modo violento é ilógico, convirtiendo un orden de condicionalidad, que por todas partes revela la vida psíco-física, en una concepción de causa á efecto por la superposición de uno de los términos del problema. Ahondar en él, precisar más y más el paralelismo y correspondencia de lo físico con lo psíquico, presentar ante la observación y la intuición nuevos aspectos y fases de la cuestión, señalar, sobre todo, los grados y esferas de esta unión total de espíritu con cuerpo nos parecen otras tantas etapas ó pasos obligados en el pensamiento científico para que podamos inquirir con más sentido la unidad que late en este fondo complejísimo de la humana existencia.

U. GONZALEZ SERRANO.

Madrid, Julio de 1879.





M. VIOLLET-LE-DUC.

Al insigne restaurador de la catedral
de Leon, D. Juan de Madrazo.

En el camino de Lausana á Vevey, sobre las orillas del hermoso lago de Léman en Suiza, parábanse en estos últimos años los viajeros artistas ante una preciosa casa de campo, llamada «De los Mousquines,» al saber que en ella vivia, durante el buen tiempo, uno de los hombres más ilustres de la Europa sábia, el gran arquitecto restaurador francés Mr. Viollet-le-Duc. Nada más natural. Cuantos conocen la historia del arte moderno tienen en consideracion, tan justa como extraordinaria, el nombre del que con sus profundos conocimientos ha sabido reconstituir el pasado en sus más soberbias creaciones monumentales, con superior gusto é inteligencia, de seguro, que las de los arquitectos y alarifes que lo concibieron y alzaron en las centurias de la Edad Media.

Artista eminente como pocos, escritor asombroso en las campañas artísticas, hombre de una actividad febril, no ha

podido Mr. Viollet-le-Duc, á pesar de sus sesenta y cinco años, dar reposo á su inteligencia, á pesar de haber ido á buscarlo en los placenteros paisajes de lo más pintoresco y comfortable de la Suiza, porque aún allí mismo, enamorado de sus aficiones de toda la vida, cuando el Consejo del canton de Vaud le propuso el estudio y restauracion de la bella catedral de Lausana, olvidó su edad, sus achaques y su necesidad de descanso, aceptó el pensamiento, y tomando aquel lápiz maravilloso, verdadera varita mágica, con la que volvía á levantar de sus ruinas completos y admirables los antiguos monumentos, hizo el estudio en pocos dias y emprendió la difícil tarea de la reconstitucion general de la obra. Ocupado estaba hace seis años (18 de Setiembre) en la direccion de los trabajos de la gran puerta principal del templo, de la de los doce apóstoles, cuando, despues de una pequeña excursion por las montañas, se sintió enfermo, y á pesar de todos los esfuerzos de la ciencia, ha muerto.

Tan irremplazable pérdida para las artes hace que la prensa culta de todas las naciones dedique estos dias algunas líneas á su memoria. Profundo ha sido el duelo en Lausana, donde el vecindario entero admiraba al arquitecto sublime, y donde, con legítimo dolor, ven que habrá de interrumpirse la restauracion tal vez por mucho tiempo. El plazo de la duracion de las obras se ha calculado en doce años.

Cuando trasmitió el telégrafo la noticia de su fallecimiento, de todos los corazones entusiastas del arte brotó espontáneamente un noble expresivo sentimiento de alabanza y de dolor. Además, la sensata democracia francesa unánime ha manifestado su pesar al perder á este decidido y valiente campeón de sus principios. Viollet-le-Duc, uno de los primeros génios artísticos de nuestro tiempo, estaba afiliado á sus grandes ideas, y al revés de lo que sucede con algunos hombres eminentes que pertenecen por la ciencia á nuestro siglo y por sus aficiones al de Carlos II, ofreciendo al mundo el pobre espectáculo de un desequilibrio imposible, aunque sostenido artificialmente, entre la cabeza y el corazon, el ilustre arquitecto francés habia acudido á reforzar con su valioso concurso las filas de los grandes pensadores demócratas, mostrándose así á igual

altura en su valer científico que en sus opiniones políticas y sociales.

La historia de sus trabajos es importante como pocas. Brillante alumno de las academias de París; discípulo predilecto de Aquiles Leclerc, amplió y fortificó los estudios de las cátedras, recorriendo la Francia, el Rhin y la Italia, en pos de la contemplación de sus monumentos, que bien pronto despertaron en su espíritu una vocación especial, la del estudio del arte de la Edad Media, á la que ha permanecido fiel y ha rendido culto toda su vida. Al regresar á su país emprendió con entusiasmo una campaña artística que debía completar sus profundos conocimientos, y que fué la de dibujar la mayor parte de las construcciones románicas y ojivales que tienen algun renombre en Francia.

Entre otros trabajos hizo con exquisita habilidad y cuidado los relativos á Carcasona, Sens y Tolosa. Estas tareas dieron muy pronto el resultado que era de esperar: el del conocimiento científico del desarrollo del arte ojival, de sus leyes estéticas y de sus fundamentos, ya que hasta entónces sólo se habia considerado bajo el punto de vista pintoresco, místico y de imaginación, y no habia teorías ni trabajos formales acerca de su importancia y de su trascendencia secular.

Con Viollet-le-Duc, el arte gótico encontró en la razón, en la lógica, y en los cálculos por consiguiente, su génesis verdadera; él anunció las leyes de su desenvolvimiento, desentrañándolas con habilidad sin igual, de los mudos, pero admirables conjuntos monumentales que estudiaba, y supo formularlas en sus obras con tal claridad, precisión y sencillez, que á un tiempo mató para siempre las antiguas preocupaciones arraigadas hasta en los más modernos maestros, acerca de ese período artístico, y abrió claros y extensos horizontes para la comprensión de los maravillosos trabajos que en él se realizaron, haciéndolos comprensibles, no sólo para los hombres facultativos, sino para cuantos encuentran deleite en su contemplación.

El recuerdo de sus admirables obras puede constituir un estudio completo del arte, que ni he de intentar aquí, ni sería fácil publicar con oportunidad hoy; baste, pues, una indica-

cion ligera, como testimonio más ligero aún de lo mucho que significaron y valieron la inteligencia de primer orden y la actividad titánica de tan eminente maestro.

No hay en París joya más bella del arte gótico que la *Sainte-Chapelle*, que alzara á mediados del siglo XIII Pedro de Montereau, en el corto espacio de tres años, y por orden de San Luis, para guardar preciosas reliquias de Jesucristo. Cerrada é inutilizada desde fines del siglo pasado, empezóse su restauracion en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe bajo la direccion de Mr. Duban, y á cargo del eminente arquitecto Lassus y de su digno compañero Mr. Viollet-le-Duc. Fué, como quien dice, su primera campaña, y en ella dió muestras de sus excepcionales méritos para este género de trabajos.

Con el hábil Lassus tambien emprendió despues la gran restauracion de la catedral de París, de la por tantos títulos memorable iglesia de *Notre-Dame*. El voto unánime de los hombres entendidos encomendó á Viollet-le-Duc la direccion de las obras que, empezadas en 1845, duraron en el interior hasta 1864; así es que si hoy los entusiastas de estos estudios ven en todo su esplendor ese magnífico monumento que constituye un álbum magistral del arte de transicion del gusto románico al ojival, y del desarrollo de éste, si pueden contemplar íntegras la bella y armónica fachada, gala y orgullo de la capital de Francia, las magníficas puertas laterales, las grandiosas naves, los esbeltos y múltiples arbotantes, las arrogantes y esbeltas bóvedas, las régias tribunas del tróforio, las columnas monocilíndricas del primer cuerpo; los óculos y ventanas, algunas con su vidriería del siglo XIII; los frescos del crucero y de las capillas, los relieves del coro, los altares y los púlpitos góticos y la bellísima nueva sacristía; si los artistas contemplan hoy este prodigio arquitectónico tal cual pudo concebirse y llevarse á cabo hace seis siglos, completo, magestuoso y espléndido, débenlo al génio incomparable del gran maestro, que acaba de morir, y que demostró en esta restauracion que nadie sabia elevarse hoy á su altura en la comprension y práctica del arte, y que por sí sólo valía tanto como los insignes génios que en otros tiempos alzaron cate-

drales tan atrevidas como la de Amiens, tan esbeltas como la de Chartres, y tan ricas como de Reims. Nuestra Señora de París, idealizada por Víctor Hugo, debió su resurrección á Viollet-le-Duc. Hoy no cabe decir: «Esto matará á aquello;» el espíritu moderno, al reconstruir cuanto ha habido de útil en el pasado, hace que la humanidad exclame: «Esto da vida á todo.»

Si la restauración de la catedral de París indica el poder de la inteligencia del animoso concejal demócrata de aquella metrópoli, la de la iglesia canonical de San Dionisio, tumba admirable de los reyes de Francia, completó por darle universal renombre. Con una decisión y una maestría asombrosas limpió el bellissimo monumento de cuantos anacronismos, ridiculeces y fealdades le habian sobrecargado los anti-artísticos gustos clericales de los últimos siglos, y trabajó por espacio de largos años lo que no es decible por dejar tales cuales la rigurosa estética y el gusto lo exigen, aquella admirable fachada de Poniente y sus tres grandiosas puertas; aquel severo pórtico interior; aquella nave anterior al coro, con sus cuatro magestuosas capillas, y la que constituye el llamado «Coro de invierno;» aquellas nuevas capillas de la Trinidad, San Hipólito y San Miguel, despejadas ante el espacio de la nave central que ocupaba el coro, aquel gran crucero que guarda las maravillosas tumbas de Francisco I, de Luis XII y de Enrique II; aquella capilla mayor que contiene el célebre sepulcro de Dagoberto; aquel ábside admirable con sus múltiples capillas y sus vidrios pintados en la duodécima centuria, y aquella cripta asombrosa cuajada de capillas, de obras de arte, de sepulcros y de recuerdos, en la que el ánimo parece que vé desfilar ante los ojos, viva y palpitante, toda la historia de Francia de la Edad Media.

Es seguro que aunque Viollet-le-Duc no hubiera hecho otra obra de arte que la de la restauración de este soberbio templo, nuestro siglo le tendria por uno de sus primeros génios. Y sin embargo, ¡cuán extenso es aún el catálogo de sus grandiosos trabajos!

La catedral de Amiens, capítulo interesantísimo como pocos en este género de estudios, y arsenal inmenso para la en-

señanza en estas aficiones; la veterana catedral de Laon, la de los ochenta y ocho canónigos y sesenta capellanes, orgullo de la tierra del Aisne; la histórica iglesia de Carcasona y las famosas murallas y antigüedades de la ciudad; las Casas consistoriales de Narbona y las nobles iglesias de Poissy, Semur, Sens y Chalons, le deben toda su belleza actual, su verdadero valor artístico y su nueva vida. Para comprender el verdadero valor de estos trabajos y el mérito de su autor es preciso, no sólo contemplarlos, sino leer las obras monumentales que Viollet-le-Duc ha dejado escritas acerca del arte. Extraordinaria aceptación y aprecio tienen en el mundo sábio su *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI au XVI siècle*; su *Dictionnaire du mobilier*, y su *Cité de Carcassonne*.

El nombre del maestro insigne está unido, como todos saben, á la restauracion de los curiosos monumentos histórico-militares, el de Pierrefonds y el de Goucy, acerca de los cuales publicó dos libros muy interesantes. Pocos artistas dejan de ir á Pierrefonds á ver la obra admirable del arquitecto, que supo evocar de entre las ruínas que se alzaban en 1857 una verdadera maravilla, idéntica á la que fué construida en pleno siglo XIV por el duque de Orleans, en el límite de los grandes bosques de Compiègne, en los hermosos valles que riegan el Oise y el Aisne. Y si hasta ahora agradaban los recuerdos históricos de que no habian sido testigos las modernas piedras que forman la restaurada mole del castillo, tienen éstas hoy en cambio el atractivo de recordar la memoria de una dama á quien se debió la idea de la restauracion, de la señora que tantas horas felices pasó dentro de aquellos artísticos muros, ayer llamada condesa de Pierrefonds, hoy la desgraciada emperatriz Eugenia.

Magnífico es tambien el castillo de Goucy, situado entre Compiègne y Laon, cerca de las famosas fábricas de Saint-Gobain y sobre el mismo valle de Oise. Hé aquí lo que dice de él su sábio restaurador: «Todo es colosal en este castillo, que aunque construido con gusto esquisito, ostenta algo de salvaje y de rudo que impone á los hombres de nuestros tiempos. Parece que debió construirse para una raza de gigantes, porque todos sus detalles, aún los de uso manual, están ajus-

tados á una escala superior á la nuestra, lo mismo en los pedáneos y bauzos de las escaleras, que en los apoyos y huecos de las ventanas, que en los bancos y descansos de las galerías.» Goucy y Pierrefonds forman hoy dos joyas de la arquitectura militar antigua, y se visitan con sorpresa por cuantos tienen gustos artísticos.

«Como dibujante Viollet no tenia rival. Es seguro que la arquitectura francesa no posee en los archivos del arte moderno una coleccion de dibujos tan notables como los suyos. Desde los cróquis pequeños, claros, sencillos, en relieve, llenos de atractivos y delicadísimos, hasta los trazados en grande escala y de tamaño natural, desde los proyectos completos, matemáticos y magistrales hasta las *vistas caballerías*, que son prodigios de ejecucion y de buen gusto, el génio aparecia en las obras del maestro, cual sabe aparecer siempre, con la difícil facilidad por tan pocos lograda, de hacer comprender á todos, á los cultos y á los indoctos, á los sábios y á los ignorantes, la idea completa que la imaginacion y la ciencia han concebido. Dicho se está que quien con el lápiz sabia expresarse tan bien, lo haria á maravilla con la pluma y con los lábios. Sus numerosos y magistrales libros prueban lo primero; todos sus amigos, cuantos le han tratado y oido se encargan de repetir por todas partes lo segundo.

En su actividad asombrosa habia emprendido la tarea de vulgarizar los estudios artísticos por medio de la publicacion de una série de obras, en las que se proponia ser un Julio Verne de la aquitectura; á ella pertenecen esos deliciosos trataditos titulados: *Histoire d'une forteresse*, *Histoire de l'habitation humaine*, *Histoire d'une maison* y otros, que por desgracia no tendrán la continuación y complemento que eran de esperar.

Como digno vecino de la gran metrópoli francesa, dejó honrosísima memoria y fama de valiente y entendido jefe durante los dias del sitio en la invasion alemana. Como político y periodista, sus artículos y sus discursos políticos le dieron justa autoridad entre las nutridas filas de la democracia.

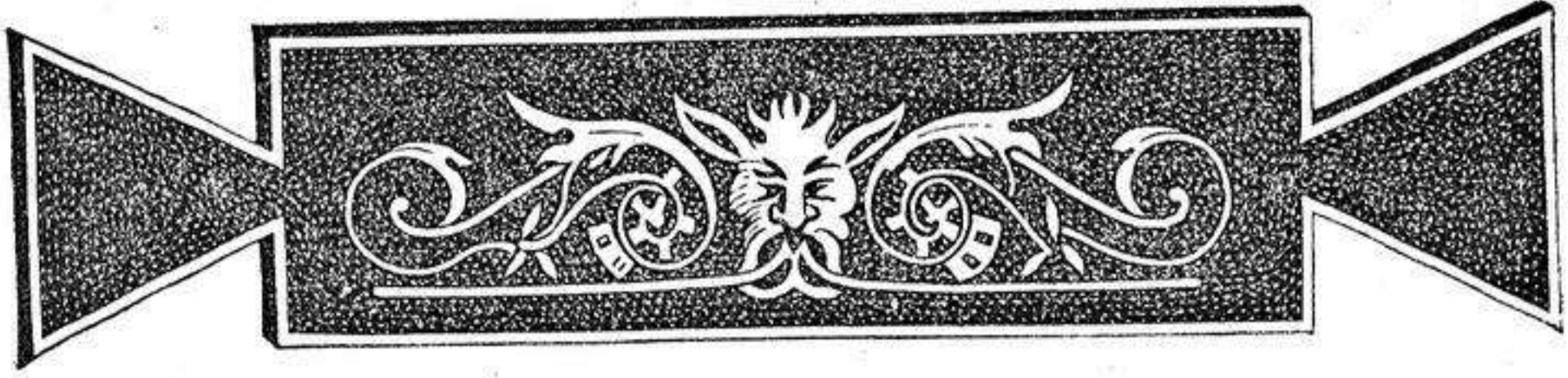
Fué grande artista y gran pensador, y cuanto más anciano más inspirado en sus obras y más acérrimo en sus ideas.

He dedicado esta breve necrología á un arquitecto que es honra de nuestra pátria, á mi cariñoso amigo D. Juan de Madrazo. Diré por qué en breves renglones.

Muchas veces, al contemplar la restauracion incomparable de la bellísima catedral de Leon, y al estudiar con detenimiento aquel esbelto conjunto por tantas contingencias y por tantas malas manos estropeado, mi imaginacion recordaba sin querer, espontáneamente, á Viollet-le-Duc. Yo le veia personificado en nuestro entendido artista español. La obra encomendada á su talento, arrogante y bella cual otra catedral de Chartres; el amor del arquitecto al arte ojival, idéntico al del gran arquitecto francés; sus conocimientos en el mismo, completos, como las grandes obras góticas de Europa, semejante á la del restaurador de Saint-Denis; su direccion, como la de aquél, segura, á prueba de toda clase de críticas y ataques pigmeos en el arte; su sobresaliente maestría en el dibujo, encanto de cuantos contemplan los trazados de la catedral leonesa; su obra actual admirable, como dechado de precision ojival, de elegancia y de solidez; su plan de restauracion lógico, sóbrio y capaz de hacer del gran templo de Leon una maravilla, tipo en su género, que honrará á nuestra pátria; y su valer como pensador, como hijo de su siglo, como soldado de las filas de la razon y del progreso á la altura de los más ilustrados de la gran democracia francesa; culto, estudioso y valiente como el veterano arquitecto que acaba de caer rendido al pié de las vetustas ojivas de la catedral de Lausana; todo me hacia ver al génio de Notre-Dame en nuestro artista de Leon.

Y como Viollet resucitó las ruinas imponentes que son la gloria de la Francia, Madrazo es el llamado á resucitar tambien esa ruina maravillosa, como lo comprenden y lo confiesan desapasionadamente cuantos admiran lo que hasta aquí ha restaurado, y los magistrales proyectos que en sus carteras guarda.

R. BECERRO DE BENGUA.



UN EPISODIO

DEL

REINADO DE LUIS XV.

I.



EN la primera mitad del siglo XVII, el carácter moral de la sociedad francesa es una mezcla de liviandad y de costumbres caballerescas. Los gobiernos de Enrique IV y de Luis XIII habian conservado y alimentado estas costumbres; las princesas de la casa de Médicis, que vinieron á compartir el tálamo de los reyes de Francia, trajeron como en dote, segun la feliz expresion de Lemontey, los placeres y los vicios, que tanto habian de contribuir al desprestigio y á la ruina de la córte de Versailles. En el último tercio de aquel siglo y en los postreros años del reinado de Luis XIV pareció que las costumbres se moralizaban y que aquella galante sociedad iba á regenerarse. Las influencias devotas dirigian la córte, y la córte era entonces el país, porque el rey era el Estado; pero las influencias devotas lograron sólo cubrir con un ligero barniz de hipo-

cresía la depravacion general. En el fondo las costumbres no cambiaron, ni las ideas morales consiguieron positivos triunfos.

Entónces se abre en la historia del pueblo vecino ese período, cuyo prólogo es la regencia y que tiene su epílogo en la revolucion; ese período, cuya primera época personifican el duque de Orleans y Luis XV. Iba á morir el antiguo régimen, y como si una voluntad suprema tratara de justificar su desaparicion, condensábanse en estos reinados, bajo el gobierno de aquellos príncipes, todos los extravíos y todos los errores de la política tradicional, evidenciando la necesidad de un cambio, de una reforma completa en las instituciones. Un autor ilustre ha recordado las violencias de la Edad Media para explicar satisfactoriamente las de 1793. Basta detenerse en la regencia y en el reinado de Luis XV, para justificar y ensalzar á 1789.

El cambio que entónces se operó ha hecho desaparecer del gobierno de los pueblos un element importantísimo: el favoritismo. Ya no es fácil que en un Estado, cuando la mayor suma de autoridad y de influencia vayan á manos de una dama, se vincule el gobierno en un Godoy; ya no es fácil que en un Estado, cuando el soberano conserve sin menoscabo la autoridad de su alta magistratura, la entregue á una duquesa de Chateauroux, á una marquesa de Pompadour ó á una condesa du Barry. Si alguien lo intentase pereceria en la demanda. El primer ministro hoy es siempre el representante de algun elemento poderoso de la opinion. Hay que conceder á ésta, cuando ménos, que el jefe responsable del gobierno sea uno de sus elegidos. Ni el mismo autócrata de todas las Rusias ha podido eximirse del rigor de ese precepto. Gortschakoff sucedió á Nesselrode porque la opinion exigia una política nacional y un ministro que supiera desenvolverla, capaz por sus antecedentes de dirigirla y representarla.

Las condiciones en que ahora se desenvuelve la historia, no imposibilitan la repeticion de casos como el de D. Alvaro de Luna, ni han cerrado la puerta á ejemplos como aquellos que personificaron los mayordomos de palacio bajo los Carlovingios; pero el D. Alvaro de Luna de nuestros dias llegará á las

alturas del poder en hombros de un partido, no al gobierno desde el tálamo, ni entrará en las elevadas regiones donde debe imperar por la puerta excusada del favor vergonzoso y de las intimidaciones domésticas. Ese es un adelanto incontestable, que no pueden negarnos los partidarios de la política tradicional y del antiguo régimen.

II.

Bajo el gobierno de Luis XV esta última especie de favoritismo llegó á su apogeo. Madama Pompadour reinaba en el corazón del monarca; su voluntad era soberana en la corte, incontrastable en el seno del ministerio desde la retirada de d'Argenson, dueña de los destinos de Francia. Había cambiado la política de su pueblo agradecida á los halagos de María Teresa de Austria, y enmendando la obra de Richelieu dirigía á Europa. Mantenía á Bernis al frente de la secretaría de Relaciones exteriores, mientras Bernis era un dócil instrumento de sus planes; cuando Bernis, por un resto de amor propio ó de patriotismo, hacía alarde de independencia, decretaba su reemplazo y venía á sustituirle Choiseul, partidario *à outrance* de la alianza con Austria, hechura y *alter ego* de la favorita.

¿Qué más? No le bastaba mantener á la reina, hermosa y triste figura de aquel horrible cuadro, en la reclusión de su desierta cámara, aislada como en la soledad de un claustro, llorando el abandono y el desden de su esposo; no le bastaba con que llegase á los oídos de María Leczinska la noticia de su inmenso poder y de sus constantes triunfos; quiso reinar en el cuarto de la soberana, formando en su comitiva y en el cortejo de sus damas de honor, y Luis XV, tan indigno como débil, no supo ni quiso ahorrar á su esposa tal humillación. Dictó la orden, orden inapelable, que confería á la marquesa de Pompadour el puesto de dama supernumeraria de palacio. María Leczinska, la reina, aceptó con sublime resignación el

mandato. «Señor, dijo al monarca, tengo un Rey en el cielo que me inspira la fuerza que necesito para sufrir mis desventuras, y un rey en la tierra á quien obedeceré siempre.» Al dia siguiente la marquesa de Pompadour era presentada en palacio entre la servidumbre de la soberana.

.....

Tanta grandeza, tan incontrastable influencia, ese imperio absoluto en el ánimo del monarca, la vida de la córte y el gobierno del país, habian estado á punto de desaparecer algun tiempo ántes de este último suceso, que ocurrió en Febrero de 1756. Las relaciones amorosas de la marquesa de Pompadour con Luis XV comenzaron en 1745. Los atractivos de aquella hermosa criatura, tan bella como discreta é inteligente, mantuvieron al rey atado á su albedrío durante seis años; bastáronle para ello sus encantos físicos y las dotes de su imaginacion, que arrancaban al monarca de los brazos del fastidio y del enojo, los dos enemigos más terribles de S. M. Pero á los seis años los encantos comenzaron á desaparecer y el rey á hastiarse. Entónces madama de Pompadour apeló á los recursos de su inagotable ingenio. Entre estos recursos menciona la historia aquel «harem del rey cristianísimo,» como le nombra César Cantú, llamado el *Parque de los ciervos*. La Pompadour procuraba al rey amores fáciles y pasajeros, que reemplazando cerca de S. M. los deleites físicos procurados ántes por la favorita, no menoscabaran la influencia moral y política de ésta. La Pompadour era la directora de los placeres del rey y Lebel el gran eunuco de su harem. Cantú dice que en el *Parque de los ciervos*, recinto cubierto de casillas que contenian doncellitas destinadas á satisfacer los caprichos del rey, se criaban niñas para que dejasen, llegando á su madurez, la flor aún intacta de su belleza en los brazos de aquel infame libertino. Los hermanos Goncourt han tratado de quitar importancia á ese horrible establecimiento; pero sin duda Cantú discurria sobre datos más ciertos, pues hace algun tiempo se han dado á luz en Francia hasta memoriales y solicitudes de padres envilecidos que reclamaban para sus hijas un puesto en el inmundo harem del rey. El *Parque de los ciervos* fué casi una institucion del antiguo régimen.

Por estos medios conservaba la Pompadour el valimiento adquirido. ¿Qué extraño puede parecer que sus enemigos trataran de arrebatárle el favor del monarca empleando recursos análogos? Este era el parlamentarismo de aquellos tiempos. Los partidarios de la política tradicional motejan de innobles las luchas de nuestros partidos recordando cuán nobles y elevados eran los medios por los cuales se transmitía el poder en aquellos gloriosos días de feliz recuerdo.

III.

El ministro Maurepas era hostil á la favorita y fué destituido y desterrado. Quedaba en el consejo de S. M. el conde de Argenson, adversario también de la marquesa de Pompadour, y era necesario sacrificarle. Mr. D'Argenson conocía este propósito de la favorita y de los suyos, y pensó resistir. Tal era el más importante problema gubernamental planteado en la corte de los reyes de Francia cuando empezaba la segunda mitad del siglo XVIII.

Mr. D'Argenson supo que una dama de palacio, amiga y confidente de la Pompadour, y hasta unida á ella por vínculos de parentesco, la condesa de Estrades, sentía hácia su protectora enemistad implacable, hija de la envidia. D'Argenson y madama D'Estrades se entendieron. La Pompadour había confesado á esta última que ya no inspiraba á Luis XV la ardiente pasión que en otro tiempo la elevara á su rango actual. «Mis gracias no le seducen y encantan, dijo; el amor se ha convertido en amistad. Hace algún tiempo que el rey se aleja de mí y busca en otras la satisfacción de sus ardientes, insaciables pasiones.» Esto sucedía en 1752. Madama D'Estrades refirió á D'Argenson el preciado descubrimiento, y desde entonces el hábil ministro y la desleal amiga «se decidieron á emplear contra la marquesa—dicen los hermanos Goncourt—la máquina de guerra usada en casos análogos por todos los ministros de aquel tiempo: la presentación al rey de otra querida, la candidatura de una rival.»

Madama D'Estrades tenia una sobrina, dama á la sazón de palacio, jóven y encantadora á cuyos encantos no era Luis XV insensible. Llamábase la desventurada Carlota Rosalía de Romanet. En 1751 Carlota Rosalía contrajo matrimonio con un distinguido caballero, Mr. de Choiseul Beaupré, que la amaba tiernamente. Carlota Rosalía era lo que el vulgo llama una aturdida; espíritu frívolo y ligero, la atmósfera envenenada de la córte habia manchado su candidez, arrebatándole todo sentimiento delicado y noble, é inspirándola ideas que fueron causa de su triste, prematuro y desventurado fin.

Los historiadores de la época recuerdan la juventud de Carlota Rosalía, y áun pintan con tan vivos colores su ingenuidad, sus gracias casi infantiles, su irreflexion, que no es posible recordar sin pena esa bella y simpática figura colocada por el destino en mitad de aquel infierno para testimonio de sus horrores. La misma favorita nada sospechó, dicen los hermanos Goncourt, porque no veia en madama Choiseul-Romanet más que una niña que divertia al rey, con la cual éste no llegaría hasta los últimos favores.

No daba á entender eso Carlota Rosalía. En las Memorias de aquella época se asegura que por este tiempo, la infeliz declaraba á todo el mundo con maliciosa espontaneidad, que era incapaz de faltar á su marido; que detestaba á los jóvenes de la córte; pero que no negaría sus caricias al rey, si el rey las solicitaba. Estas palabras llegaron hasta el rey, que sintió lisongeada su vanidad.

En este punto dejemos hablar á los hermanos Goncourt (1): «El sacrificio de la virtud de la mujer del menino, estaba decidido en consejo. Madama d'Estrades, d'Argenson, Quesnay y Dubois—el secretario de d'Argenson que lo refirió más tarde á Marmontel—estaban reunidos (una noche) en el gabinete del ministro. D'Argenson y la de Estrades preocupados é inquietos por el resultado de *la cita* que se verificaba en aquellos momentos.

(1) *Madame de Pompadour*, Paris, Charpentier. 1878.—Este episodio está transcrito por los hermanos Gencourt de las Memorias de Marmortel.

»Después de esperar mucho tiempo, llegó madama de Choiseul despeinada y con las ropas en desorden, en prueba de su triunfo. Madama d'Estrades corrió hacia ella con los brazos abiertos y la interrogó apresuradamente:

—»Todo está hecho, dijo madama de Choiseul-Romanet; me ama, es dichoso y me ha prometido *despedirla*.

»Al oír estas palabras estalló en el gabinete una manifestación de alegría.»

Pero Luis XV faltó á su promesa. No despidió á madama de Pompadour, sino á la infeliz madama de Choiseul. Confió ésta el secreto de sus amorosas relaciones al conde de Stainville, emparentado con ella y que además le inspiraba extraordinaria confianza porque era partidario de Maurepas y enemigo de la Pompadour. Pero el conde de Stainville era un palaciego sagaz. Apreció bien el estado de la corte y las probabilidades de éxito de la intriga, á cuyo frente figuraba madama de Choiseul-Romanet; comprendió que, dueño de los secretos de ésta, su apoyo á la Pompadour era valiosísimo y sería bien remunerado, y fué á ofrecerlo á la favorita. Esta se hallaba en una situación difícil. En la corte todo eran comentarios sobre su desgracia, próxima é inevitable, y en la cámara del rey no le dispensaban la consideración que en otro tiempo atestiguaba su valimiento y su influencia. Sentía que iba haciéndose en torno suyo el vacío, y que aislada, pudiera caer en el olvido muy pronto. Acogió las revelaciones de Stainville como un medio salvador; vió al monarca, desplegó todos los recursos de su ingenio, y al cabo, pocos días después de la escena que ántes referimos, en Enero de 1753, era arrojada de la corte la condesa de Choiseul; dice el ministro Argenson: «*Comme une petite..... qui avait une mauvaise conduite et lorgnait le Roi.*»

El favor de que gozaba la Pompadour se aseguró, y creciendo de día en día, casi de hora en hora, extendió la influencia de la marquesa hasta hacerla incontrastable en la corte y en el gobierno, poderosísima en Europa. El conde de Stainville ocupó varias posiciones oficiales brillantes, y fué luego duque de Choiseul y primer ministro, autor del *Pacto de familia* y uno de los más potentes árbitros de la política del viejo mundo. D'Argenson al cabo fué al destierro, donde

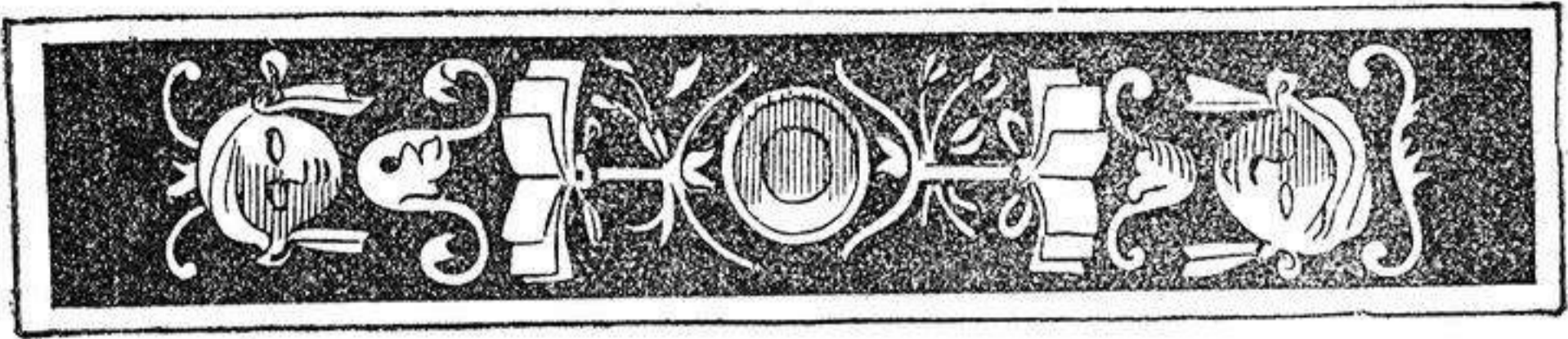
le habia precedido la condesa de Estrades, y no hay batalla parlamentaria que haya causado en nuestros dias tantos estragos como esa miserable y repugnante intriga que, afirmando la influencia de la Pompadour, le permitió imponer á la nacion una política distinta de la que siguiera hasta entónces, y contraria, segun el dictámen de muchos escritores franceses, al interés de su pueblo.

En cuanto á la protagonista de ese episodio, á la infeliz Carlota Rosalía, tuvo un fin harto desdichado. «A los seis meses de estas ocurrencias, dicen los hermanos Goncourt, murió, y lo mismo que en otra ocasion se habia acusado á Mad. de Montespan de la muerte de la señorita de Fontanges, se acusó á Mad. Pompadour de haber hecho envenenar á su rival.» Tambien este recurso extra-parlamentario es propio del carácter de las luchas entabladas en el seno del antiguo régimen.

.....

Así se conquistaba, perdía ó conservaba el poder en aquellos tiempos. El cambio de los gobernantes es la raíz y la base de los movimientos políticos. Éstos responden siempre á aquéllos como el efecto á la causa y la consecuencia á la premisa. Los poderes que así nacían, fieles á su origen, ¿estaban en condiciones de anteponer la felicidad de los pueblos á la satisfaccion de las causas que los habían engendrado? En la eleccion de poder se apetece y se busca siempre el más conveniente al bien público. El derecho y las costumbres han modificado la forma de esa eleccion por garantizar el acierto. ¿Lo garantizaba el viejo sistema? ¿Habrá aún quien persista en encomiarlo? Ahí está la historia, ahí está el triste y vergonzoso episodio de que fué heroína Carlota Rosalía de Choiseul-Romanet para responder elocuentemente á los que se empeñaren en sostener y afirmar contra la evidencia ese absurdo.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.



HAMLET Y DON QUIJOTE.

I.



A primera edicion del *Hamlet*, la tragedia de Shakespeare, y la primera parte del *Quijote* aparecieron en el mismo año, al principio del siglo XVII. Esta coincidencia nos ha parecido digna de estudio, y la comparacion de estas dos obras ha despertado en nosotros una série completa de pensamientos. «El que quiera comprender á un poeta, debe ir á su país» ha dicho Goethe; el prosista no puede imponer la misma condicion, pero sí esperar que sus lectores le acompañen en sus excursiones é investigaciones.

Algunos de nuestros puntos de vista podrán parecer muy extraordinarios; pero es privilegio de las grandes obras poéticas, que un génio creador ha hecho inmortal, ser juzgadas, como la vida en general, de mil maneras distintas, contradictorias á veces, y que son, sin embargo, igualmente verosímiles. ¡Cuántos comentarios no se han escrito sobre *Hamlet*, y cuántos no se escribirán en el porvenir! ¡A qué conclusiones no ha llevado el estudio de esta creacion verdaderamente inmortal! *D. Quijote* por su manera de ser, por la claridad, realmente grandiosa, de su prosa, que parece iluminada por

el sol del Mediodía, sugiere menos interpretaciones. Desgraciadamente, Rusia no posee aún una buena traducción del *Quijote*, y las ideas que se tienen del héroe de Cervantes son muy vagas, su nombre sólo evoca la idea de un bufon; la palabra quijotismos se considera sinónima de tontería, aunque encierra un sentido elevado el sacrificio de sí mismo, presentada, es verdad, por el lado cómico. Pero volvamos á nuestro asunto.

Hemos dicho que la aparición simultánea del *Hamlet* y del *D. Quijote* nos chocó como una coincidencia notable. Nos parecía que esos dos tipos encarnaban los dos lados fundamentales y opuestos de la naturaleza humana, las dos extremidades del eje sobre el cual gira; así todos los hombres pertenecen, en mayor ó menor escala, á una de esas dos creaciones, y cada uno se parece, más ó ménos, á un *Hamlet* ó un *Quijote*. Abundan más en nuestro tiempo los últimos, pero los primeros no han desaparecido completamente.

Expliquémonos. Todos los hombres viven, sabiéndolo ó no, en virtud de un principio, que consideran como la verdad, la belleza y el derecho. Muchos encuentran su ideal ya formado bajo aspectos precisos desarrollados por la historia, viven tendiendo siempre á imitarle, y si se alejan alguna vez bajo la influencia de las circunstancias, no le discuten ni dudan de él jamás. Otros, al contrario, le someten al análisis de su pensamiento.

De cualquiera manera que sea, creemos no engañarnos al asegurar que para todos los hombres este ideal, esta base, este objeto de su existencia, se encuentra en sí mismo ó fuera; en otros términos, que para cada uno de nosotros lo que ocupa el primer sitio es el yo ú otro objeto que considera superior. Se podrá objetarnos que la realidad no admite categorías tan marcadas que en el mismo sér las dos tendencias pueden alternar ó combinarse en una cierta medida; pero no pretendemos afirmar la imposibilidad absoluta de los cambios y contradicciones en la naturaleza humana; solamente hemos querido indicar las relaciones diferentes entre el hombre y el ideal. Vamos á demostrar ahora cómo se han encarnado esas dos tendencias en los tipos que hemos elegido.

Empecemos por D. Quijote. ¿Qué representa? Examinémosle, no con un golpe de vista rápido, que sólo se fija en la superficie ó en los detalles salientes, y veremos en él, además del caballero de la Triste figura, tipo creado para poner en ridículo los antiguos libros de caballería, el D. Quijote de la segunda parte, el amable interlocutor de los duques y duquesas, el sábio consejero del escudero gobernador. Tratemos de penetrar hasta la esencia misma de la obra; lo preguntamos una vez más: ¿qué representa D. Quijote? La fé, ante todo; la fé en algo eterno é inmutable, en la verdad, en esa verdad que reside fuera del individuo, que no se entrega á él fácilmente, que pide que se la sirva y se hagan sacrificios por ella; pero que acaba por ceder á la persistencia del servicio y á la energía del sacrificio.

D. Quijote está penetrado completamente del culto á este ideal, por el que está pronto á soportar todas las privaciones y hasta á dar su vida. No considera ésta sino como medio de encarnar el ideal, de realizar la verdad, la justicia sobre la tierra. Se nos dirá que su cerebro trastornado ha llevado esta idea al mundo fantástico de los libros de caballería, lado cómico del *D. Quijote*, pero el ideal no cesa de conservar su pureza primitiva. Vivir para sí, ocuparse de sí mismo es una vergüenza á sus ojos; vive por completo, si podemos expresarnos así, fuera de su individuo, para los otros, para sus hermanos, para la destrucción del mal, para la lucha contra las fuerzas hostiles á la humanidad, los vestiglos, los gigantes, es decir, los opresores. No encontrareis en él la menor traza de egoísmo; nunca se ocupa de sí, es todo sacrificio, y observad bien esto, cree, cree firmemente, sin detenerse á pensar. Por esto no conoce el miedo y es modelo de paciencia, por eso se contenta con el más grosero alimento, el vestido más mirerable. ¡Qué le importa! Humilde de corazón, es grande y atrevido por su alma, su piedad ferviente no coarta su libertad, y sin conocer la vanidad, nunca duda de sí, de su vocación, ni de sus fuerzas físicas. Su voluntad es indomable. La persecución constante de una sola y misma idea, da alguna monotonía á sus pensamientos, alguna limitación á su inteligencia; sabe poco, no tiene necesidad de saber mucho. Conoce el fin á que

tiende y por qué vive sobre la tierra. ¿No es esto la ciencia capital? D. Quijote puede parecernos algunas veces completamente loco, porque la realidad más incontestable se trasforma á sus ojos y se funde como la cera al fuego de su entusiasmo, ve realmente moros vivientes en los muñecos y caballeros en los carneros. Pero en otras ocasiones, su inteligencia superior reaparece, porque no sabe ni simpatizar, ni regocijarse á medias; como un árbol viejo que ha echado en el suelo profundas raíces, no puede alterar sus convicciones, ni pasar de un objeto á otro. Su temperamento moral es de una solidez á toda prueba. Observad bien que este loco es el sér más moral del mundo; este carácter da una gran fuerza á sus juicios, á sus discursos y á toda su figura, á pesar de las situaciones cómicas y humillantes en que cae continuamente. D. Quijote es un entusiasta, un servidor de la idea, cegado por su esplendor.

II.

¿Qué representa Hamlet? El espíritu de análisis ante todo, el egoismo y la falta de fé. Vive por completo para sí mismo, es un egoista; pero un egoista no puede creer más que en lo que está fuera y encima de él, y sin embargo, este yo en que no cree, es para Hamlet el punto de partida, al cual vuelve constantemente, porque no encuentra nada en el mundo entero á que pueda unirse un alma; es un excéptico, no vive y se mueve ve más que para sí; se ocupa constantemente, no de su deber, sino de su situacion.

Dudando de todo, Hamlet no tiene confianza en sí propio. Su inteligencia está demasiado desarrollada para contentarse con lo que encuentra en él; conoce su debilidad, y se hace fuerte en ella. De aquí esta ironía que hace contraste con el entusiasmo de D. Quijote. Hamlet se alimenta con voluptosidad, con exageracion; no cesa de observar y mirar en su interior, conoce hasta en sus menores detalles sus flaquezas, las

desprecia, se desprecia á sí mismo; y al mismo tiempo se puede decir que vive de este desprecio, que se nutre de él.

No cree en nada y es vanidoso, no sabe lo que quiere y por qué vive y, sin embargo, ama la vida. «¡Señor, señor, exclama en la segunda escena del primer acto, juez del cielo y de la tierra, si no lo hubieses prohibido!... ¡Qué vacío, miserable é inútil me parece el mundo en que vivimos!» Piensa en el suicidio hasta la aparición de la sombra de su padre, hasta esa órden suprema que hace pedazos su voluntad, ya muy quebrantada; pero no se mata. Su amor á la vida aparece en estos pensamientos de suicidio; todos los jóvenes de diez y ocho años han conocido pensamientos análogos.

Pero no seamos demasiado severos para Hamlet. Sufre, y sus sufrimientos son más dolorosos y contagiosos que los de D. Quijote. A éste le atropellan pastores brutales y los galeotes que ha librado. Aquél se hiere y se destroza él mismo; y el arma que tiene entre sus manos es la espada de dos filos del análisis.

D. Quijote, es preciso reconocerlo, es positivamente ridículo. Su figura es la más cómica que ha pintado poeta alguno; su nombre es un apodo crónico aún en boca del moujik ruso. Nos hemos convencido de ello personalmente.

Al oír este nombre, la imaginación ve aparecer una figura seca, alta, angulosa, vestida con una coraza grotesca, montada sobre el descarnado esqueleto de un caballo, de ese desgraciado Rocinante, siempre apaleado y siempre hambriento, al cual no podemos rehusar una simpatía mezclada de risa y lágrimas. D. Quijote es un ridículo, pero en la risa que excita brilla una virtud conciliadora; se perdona bien pronto al que nos hace reír, y aún se está en disposición de amarle. El exterior de Hamlet, al contrario, es simpático, su cara pálida, aunque no delgada («*Vur son is fat*, nuestro hijo es grueso,» dice su madre), su traje de terciopelo negro, la pluma de su casquete, sus maneras distinguidas, la poesía real de sus discursos, el sentimiento que manifiesta sin cesar de su incontestable superioridad; el placer contagioso que encuentra en humillarse, todo nos agrada, todo nos encanta en él. Todo el mundo quisiera llamarse Hamlet, nadie se dejaría llamar Don

Quijote. Todos tenemos simpatía por aquél, porque encontramos en su persona algunos rasgos de nuestra propia fisonomía; pero no se puede amarle, porque él no ama á nadie.

Continuemos nuestra comparacion. Hamlet es hijo de un rey que fué asesinado por su hermano para usurparle el trono; este rey sale de la tumba, de las «quijadas del infierno,» para confiar á su hijo el cuidado de vengarle, y éste duda, combate en su interior, se consuela diciendo injurias, y, finalmente, mata á su suegro por casualidad.

Profundo detalle psicológico, por el cual muchos críticos inteligentes, pero superficiales, han condenado á Shakespeare. Y D. Quijote, pobre, casi sin recursos y sin relaciones, viejo, solitario, intenta corregir el mal y defender sobre toda la superficie de la tierra á los séres oprimidos que le son completamente extraños. ¿Qué importa que su primera tentativa para arrancar la inocencia á sus opresores, caiga por una doble fatalidad sobre la cabeza misma del inocente?—hablamos del episodio en que D. Quijote libra á un jóven pastor de los golpes de su amo, que le golpea con más fuerza en cuanto se marcha aquél.—¿Qué importa que creyendo pelear con terribles gigantes, ataque útiles molinos de viento? El lado cómico de sus aventuras no debe hacernos perder de vista su lado oculto. El que al sacrificarse empieza por contar y pesar todas las consecuencias, todas las ventajas probables de sus acciones, no es capaz del sacrificio. Con Hamlet nada semejante puede producirse. ¿Él con su inteligencia tan penetrante caerá en un error tan grosero? No, no irá á luchar contra los molinos de viento. No cree en la existencia de los gigantes, y aunque existieran, se guardaría bien de atacarlos. No será él el que enseñe á todo el mundo una bacía del barbero afirmando que es el verdadero yelmo de Mambrino. Pero si la verdad descarnada se presentara á los ojos de Hamlet, no se atrevería sin duda á responder que existe. ¿Quién sabe? Puede ser que la existencia de la verdad corra parejas con la de los gigantes. Nos mofamos de D. Quijote. ¿Pero cuántos entre nosotros, interrogando con conciencia sus convicciones pasadas ó presentes, sabrían distinguir siempre una bacía de un yelmo de oro? ¡La sinceridad, la fuerza de convicción,

hé aquí lo esencial! El resultado está en manos del destino; él sólo puede enseñarnos si hemos luchado con fantasmas ó con enemigos reales y de qué armadura hemos cubierto nuestra cabeza.

Es curioso estudiar las relaciones de la multitud de lo que se llama las masas populares, con Hamlet y D. Quijote. Polonius representa aquéllas delante de Hamlet, Sancho Panza delante de D. Quijote.

Polonius es un viejo enérgico, práctico, sensato, aunque muelle y charlatan. Es un excelente administrador, un padre modelo; recordad sus instrucciones á Laërtes, cuando marcha al extranjero; pueden rivalizar en sabiduría con las sentencias del gobernador Sancho Panza en la ínsula Barataria. Para él Hamlet es más bien un niño que un loco; si no fuera príncipe le despreciaría por su profunda inutilidad, por la imposibilidad en que se encuentra de aplicar su pensamiento á una otra cosa seria y práctica. La escena de la nube en que Hamlet cree engañar á Polonius, nos parece muy clara y propia para confirmar nuestra opinion.

POLONIUS.

Señor, la reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIUS.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIUS.

No hay duda; tiene figura de comadreja.

HAMLET.

Ó como una ballena.

POLONIUS.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre.

¿No es evidente que en esta escena Polonius se nos presenta, á la vez, como un cortesano que adula á su príncipe y como un hombre sério que no quiere contrariar á un niño enfermo y extravagante? No cree nada de lo que dice Hamlet, y obra cuerdamente, y con la presuncion ilimitada que le es propia, atribuye la locura del príncipe á su amor por su hija; no se engaña en esta hipótesis, aunque no sabe apreciar el carácter de su amo. Los Hamlets no son nunca útiles al pueblo; no le dan nada y no le llevan á ninguna parte porque ellos no van tampoco. ¿Cómo guiar á los demás si ignora si la tierra palpita bajo sus piés? Por lo demás, desprecian á la multitud. El que no se estima á sí mismo ¿qué puede estimar? Y luego el trabajo de ocuparse del pueblo, es tan súpico y tan grosero... Hamlet es un aristócrata, no sólo por su nacimiento, sino por sus ideas.

Sancho Panza nos ofrece un tipo completamente opuesto. Se burla de D. Quijote, sabe muy bien que está loco; pero deja tres veces su aldea, su casa, su mujer y su hija, para correr el mundo tras de este loco; le sigue siempre; se somete á los trabajos más duros; tiene fé en él, está orgulloso de servirle y solloza arrodillado cerca del lecho donde su amo espira. No se puede explicar este cariño por la esperanza de premios ó beneficios personales; Sancho Panza tiene claro entendimiento, y sabe que, salvo los golpes, el escudero de un caballero andante no puede esperar nada. Hay que buscar más lejos la causa de este cariño; tiene su raíz, si podemos expresarnos así, en un sentimiento que es el mejor del pueblo: una alucinacion dichosa y honrada (el pueblo ¡ay! no conoce otras), en un entusiasmo desinteresado que le hace despreciar las ventajas directas y materiales, con el mismo heroismo con que desprecia el pan cotidiano. Facultad importante que jue-

ga un gran papel en la historia del mundo. La masa popular acaba siempre por seguir, con una fé ilimitada, á las personas que ántes ha maldito y perseguido, pero que sin temer á la persecucion, ni á las risas, ni á las injurias, marchan siempre adelante, con la vista siempre fija en el objeto que buscan, que caen y vuelven á levantarse, hasta que al fin le encuentran. Esta recompensa es merecida, porque van siempre guiados por su corazon, y Vauvernargues ha dicho: los grandes pensamientos nacen siempre del corazon. Pero los Hamlets nada encuentran, nada inventan; ¿si no aman ni creen, qué pueden encontrar? Aun en la química, ni hablar de la naturaleza orgánica, es preciso que dos elementos se unan para crear un tercero; los sérés de que hablamos no piensan más que en sí mismos, quedan aislados, y por consiguiente estériles.

III.

Podrán objetarnos: ¿No ama Hamlet á Ofelia? Hablemos un poco de ésta y de Dulcinea. Bajo este punto de vista, las relaciones de nuestros dos héroes con la mujer ofrecen muchos detalles notables.

D. Quijote ama á Dulcinea, es decir, á una mujer que no existe, y está pronto á morir por ella. Recordad sus palabras cuando vencido, tendido en el suelo, dice á su vencedor que le va á dar el último golpe: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta caballero la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

Ama de una manera ideal y pura, con tanto idealismo que no supone ni aún que el objeto de su pasion, no escrita con tanta pureza que cuando Dulcinea se le aparece bajo la forma de una záfia aldeana, no da crédito á sus ojos y se imagina que algun maligno encantador la ha metamorfoseado. Nosotros tambien hemos encontrado, más de una vez, hombres

que mueren por una Dulcinea que no existe, por alguna realidad grosera y comunmente y noble, en la que habian encarnado su ideal y cuyo cambio tambien atribuian á la maldad, áun podriamos decir á los encantadores—de las circunstancias y de los individuos. Los hemos visto, los hemos conocido, y cuando las personas de esta clase desaparezcan, podremos cerrar el libro de la historia, nadie tendrá que leer más. Los sentidos no existen para D. Quijote, todas sus penas son puras y castas; apenas si en el fondo de su alma tiene cabida el pensamiento de reunirse definitivamente á la señora de sus pensamientos, quizás teme esta reunion.

¿Es capaz de amar Hamlet? Su irónico creador, el más profundo conocedor del género humano, ¿ha podido dar á este egoista, á este excéptico, devorado por el gusano roedor del análisis, un corazon amante y tierno? Shakespeare no ha caido en esta contradiccion. El atento lector podrá fácilmente reconocer que Hamlet es un hombre sensual, más bien secretamente voluptuoso, que no ama, y desprecia negligentemente el amar. Su creador mismo nos lo demuestra; en la primera escena del tercer acto, Hamlet dice á Ofelia: «Os amaba ántes.—*Ofelia*: «Príncipe, así lo habia creido.»—Hamlet: «Pues no lo creais, yo no os amaba.»

Al pronunciar esta palabra, el príncipe está más próximo á la verdad que lo que él cree. Sus sentimientos para Ofelia, esa criatura inocente y pura hasta la santidad, son cínicos; sus palabras, sus alusiones de doble sentido en la escena de la representacion teatral y la escena entre él y Laerte, cuando despues de haber saltado en la tumba de Ofelia, exclama: «Jamás, Ofelia, cuarenta mil hermanos reuniendo su amor, no podrian igualar al mio.» Todas sus relaciones con la hija de Polomus, no son más que pretextos para ocuparse de sí mismo, y en su exclamacion: «Oh vírgen, acuérdate de mí en tus oraciones,» no vemos más que el grito profundo de la impotencia de amar, que se humilla delante de la «santa pureza.»

Hemos hablado bastante de las sombras que rodean el tipo de Hamlet, de esos caractéres que nos irritan tanto más cuanto que están más cerca de nosotros y son más comprensibles; veamos ahora lo que tiene de moral, y por consiguiente de

eterno. Encarna el principio de la negacion, este principio que otro gran poeta, abstrayéndole de la humanidad, ha dado vida en Mefistófeles. Hamlet lo es tambien; pero encerrado en el círculo viviente de la naturaleza humana, su negacion no es el mal, está dirigida contra éste, duda del bien, pero no del mal, y entabla con él una lucha encarnizada. Al dudar del bien, sospecha de su sinceridad y le ataca, no por su misma naturaleza, sino creyéndole una máscara bajo la cual se ocultan el mal y la mentira, sus enemigos mortales. Hamlet no tiene la risa diabólica y antipática de Mefistófeles, hay en su risa un fondo de amargura, cierta tristeza que demuestra sus sufrimientos y nos reconcilia con él. Su escepticismo no es el indiferentismo; el bien y el mal, la verdad y la mentira, la belleza y la fealdad no se funda para él en un algo, que no podemos definir, fortuito, mudo, estúpido.

No cree en la realidad contemporánea de la verdad, lucha sin temor contra la mentira, y es uno de los mejores campeones de esta verdad en que no cree. Pero la negacion es lo mismo que el fuego, una fuerza destructiva; ¿cómo contener esta fuerza en los límites necesarios, cómo señalar el sitio en que ha de detenerse cuando todo lo que hay que destruir y conservar está casi siempre confundido, ó unido por un enlace indisoluble? Aquí aparece un lado trágico, muchas veces observado ya de la vida humana; para obrar es preciso querer, para obrar es preciso pensar; pero el pensamiento y la voluntad están separados y se alejan más y más cada día.

*Aud thus the nature hece of resolution
Is sicklied o'er with the pale cast of thought! (1).*

Nos ha dicho el mismo Shakespeare, por boca de Hamlet. De esta manera, por un lado, combaten los Hamlets, los pensadores, cuya conciencia abraza siempre el universo entero, pero que comunmente son inútiles y reducidos á la inmovili-

(1) Así el rubor natural de la resolucion se debilita por la palidez del pensamiento.

dad; por el otro, los D. Quijotes medio locos, que prestan grandes servicios y hacen avanzar la humanidad, porque no ven ni conocen más que un sólo punto, que ni aún existe bajo la forma que su imaginación le dá. Estas consideraciones nos llevan involuntariamente á preguntar: ¿Es preciso estar loco para creer en la verdad? ¿La inteligencia, dueña de sus acciones, está despojada de toda energía? El exámen, áun superficial, de estas cuestiones nos llevaria muy léjos.

Limitémonos á reconocer que esta separacion, este dualismo de que acabamos de hablar, constituye la ley fundamental de toda la vida humana, que no es más que la conciliacion eterna, la lucha eterna de dos principios sin cesar reunidos y sin cesar separados. Los Hamlets (perdonen nuestros lectores estos términos filosóficos representan la fuerza centrípeta de la naturaleza, y en virtud de esta fuerza todo sér se considera como el centro de la creacion, y mira al resto de la naturaleza como creada para su uso exclusivo. El mosquito se posa sobre la frente de Alejandro el Grande, y chupa tranquilamente una sagra heróica, ese alimento le pertenece por derecho. Hamlet se desprecia; el insecto no podria hacer otro tanto, su inteligencia no está tan desarrollada.

Sin esta fuerza centrípeta del egoismo la naturaleza no podria existir, pero tampoco ha de faltar la fuerza centrífuga que obliga á los séres á no vivir más que para los demás. Esta fuerza, este principio de sacrificio es lo que representa don Quijote. Si Cervantes nos lo ha mostrado bajo un aspecto cómico, es para no irritar á los egoistas. Los dos agentes citados de la inmovilidad y del movimiento, de la conservacion y del progreso, son las dos fuerzas fundamentales de toda existencia; nos explican de la misma manera el crecimiento de la flor como el desarrollo de las naciones más poderosas.

IV.

Pasemos de estas consideraciones, quizás demasiado generales, á un órden de ideas más asequibles. De todas las obras de Shakespeare, el *Hamlet* es con seguridad una de las más populares; pertenece á esas obras que siempre llenan el teatro (1). Conociendo el estado de ánimo actual del público raro, sus esfuerzos continuos para llegar al conocimiento de sí mismo, su amor á la meditacion, su desconfianza en sus propias fuerzas y su juventud, el éxito de *Hamlet* era natural. Sin hablar de las bellezas que abundan en esta obra, la más notable quizás del espíritu moderno, no se puede contemplar sin admiracion el génio, que teniendo mucha afinidad con su *Hamlet*, le ha separado de sí por un libre esfuerzo de su energía creadora y ha formado ese tipo para instruccion eterna de la posteridad. El alma que ha creado ese tipo es el alma del hombre del Norte, el espíritu de reflexion y de análisis, el espíritu sombrío, privado de armonía y de brillantes colores, un espíritu que no se presenta bajo formas delicadas y minuciosas, pero que se distingue por la profundidad, la fuerza, la variedad, la independendencia y la facultad dominadoras. Ha sacado de sus entrañas el tipo de *Hamlet* y ha demostrado que en el dominio de la poesía, como en los otros dominios de la vida popular, manda al sér que ha creado porque le comprende por completo.

El alma del hombre del Mediodía es la que ha presidido á la formacion del Quijote; un espíritu alegre, luminoso, emprendedor, que no penetra en las profundidades de la vida, pero que abraza y refleja todas sus manifestaciones. No podemos resistir á la tentacion, no de establecer un paralelo entre Cervantes y Shakespeare, sino de indicar algunos puntos de

(1) En Rusia. En Francia Shakespeare tiene ménos boga en el teatro.

semejanza y desemejanza entre los dos génios. ¿Puede establecerse alguna comparacion entre ellos? Shaskespeare es un gigante, un semidios, pero Cervantes no es un pigmeo al lado del creador del rey Lear; es un hombre en toda la extension de la palabra, y el hombre tiene derecho á mantenerse de pié delante del semidios. Shaskespeare domina á Cervantes por la riqueza ó la potencia de su imaginacion, por el brillo y esplendor de su poesía, por la extension y profundidad de su vasto talento; pero no se encuentra en la novela de Cervantes ni señales de un espíritu endeble, ni comparaciones poco naturales, ni *concelto* insulsos; no se contemplan en él cabezas cortadas, ojos arrancados, arroyos de sangre, ni esa crueldad estúpida, terrible legado de la Edad-Media, de una barbarie que tardó más tiempo en dulcificarse en los temperamentos del Norte. Y sin embargo, Cervantes es, como Shakespeare, contemporáneo de la Saint-Barthelemy; mucho despues de su muerte se continuó quemando á los heresiarcas y vertiendo su sangre. ¡Quién sabe cuándo se acabará de verter! La Edad-Media refleja en *D. Quijote*, el brillo de la poesía provenzal, la gracia legendaria de esas mismas novelas de que Cervantes se burla alegremente, y á las que ha pagado un último tributo en *Pérsiles y Segismunda*. Shaskespeare busca sus cuadros por todas partes, el cielo, la tierra, todo es bueno para él; se apodera de los asuntos con la fuerza ineludible del águila que cae bajo su presa.

Cervantes presenta con mano cariñosa, casi podriamos decir fraternal, un pequeño número de cuadros. No cuenta más que lo que ha pasado á su alrededor; ¡pero conoce tan bien esos alrededores! Toda la humanidad parece el dominio del poderoso génio inglés; el novelista español todo lo saca de su alma pura, modesta, rica de experiencia y de vida, pero que aún no se ha agriado. No en vano ha aprendido durante siete años de cautividad la ciencia de sufrir. Su dominio es más estrecho que el de Shaskespeare; pero como todo sér viviente, refleja la humanidad entera. Cervantes no os ilumina repentinamente con una palabra fulgurante, no os asombra con la energía titánica de una inspiracion irresistible; su poesía no es como la de Shaskespeare, un mar con frecuencia agitado por

las olas, es un río profundo que corre apaciblemente entre los variados paisajes de sus orillas, poco á poco el lector, arrastrado, envuelto por todos lados por las ondas transparentes, se abandona con alegría á la calma verdaderamente épica y á la dulzura de la corriente.

La imaginacion evoca con placer el recuerdo de esos dos poetas contemporáneos que mueren el mismo día. Cervantes no conoció sin duda nada de Shakespear; pero el gran trágico, en su casa de Stratford, donde se habia retirado tres años ántes de su muerte, pudo leer la novela española ya traducida al inglés. Hé aquí un asunto tentador para un pincel filósofo, Shakespear leyendo el *Quijote*. ¡Dichoso el país donde nacen tales hombres, maestros de sus contemporáneos y de la posteridad! El laurel inmortal que corona el génio, reposa también sobre la frente de la nacion que le ha dado vida.

V.

Terminemos este rápido estudio por algunas observaciones de detalle. Un gran señor inglés, verdadero juez en esta materia, decia un día delante de nosotros que D. Quijote era el tipo del cumplido gentleman. En efecto, si la calma y la sencillez de las maneras son los caractéres distintivos del hombre de mundo, D. Quijote merece este título. Es un verdadero hidalgo y nunca desmiente su caballerosidad, ni aún cuando las alegres criadas del duque se divierten en lavarle la cara. La sencillez de sus maneras resulta de una ausencia absoluta, no sólo de amor propio, sino de sentimiento subjetivo; Don Quijote no se ocupa de sí mismo, no sueña más que en trabajar para los otros. Hamlet con toda su distincion tiene algo de persona vulgar, es algunas veces grosero. Por el contrario, tiene el don de expresarse de una manera original y justa, don propio de todos los personajes que se estudian y se analizan, y por esto falta en absoluto á D. Quijote. La profundidad y la delicadeza del análisis en Hamlet, su instruccion enciclopédi-

ca (no hay que olvidar que ha hecho sus estudios en Wittemberg) han desarrollado en él un gusto casi infalible. Es un crítico excelente, sus consejos á los actores están llenos de justicia y talento. El sentimiento de lo exquisito está casi tan desarrollado en él como el del deber en D. Quijote.

Este respeta todas las instituciones existentes, la religion, los reyes, los duques, y al mismo tiempo es libre y respeta la libertad de los otros. Hamlet critica á los reyes y á los cortesanos, se muestra intolerante y opresor. Aquél apenas sabe leer, éste lleva su diario; el héroe manchego, con toda su ignorancia, tiene ideas fijas sobre el gobierno y la administracion, el príncipe nunca se ha ocupado de tales cuestiones.

Se ha hablado mucho contra los golpes que Cervantes acumula sobre D. Quijote. Hemos hecho observar ya que en la segunda parte de la novela el infortunado caballero apenas es apaleado, pero añadiremos que sin estos golpes agradaria ménos á los niños que leen tan ávidamente sus aventuras; los hombres formales no le verian bajo su verdadero aspecto, le encontrarían frio y vulgar, lo cual es contrario á su carácter. Hemos dicho que no es apaleado en la segunda parte de la obra, pero al fin, despues de su derrota definitiva por el caballero de la Blanca luna, el bachiller disfrazado, por una piara de puercos le atropella. Se ha reprochado á Cervantes esta aventura. ¿A qué, dicen, reproducir estas gracias usadas? Aquí como en todo, el instinto del génio guia á aquél; este incidente grosero oculta un pensamiento profundo. El destino de los D. Quijotes es ser siempre, sobre todo al fin de su carrera, pisados por los puercos; deben pagar este último tributo á la loca fatalidad, á la ignorancia indiferente é imprudente; es el bofeton del jarisco... En seguida pueden morir, han atravesado el fuego del crisol, han conquistado la inmortalidad que abre sus puertas ante ellos.

Hamlet aparece en todas sus acciones pérfido y aún cruel. Recordad el modo como prepara la pérdida de los dos cortesanos enviados á Inglaterra por el rey, ó su lenguaje á propósito de la muerte de Polonius matado por él. Vemos en estos episodios un reflejo de la Edad Media que acaba. Por otra parte, hay que notar en D. Quijote cierta predisposicion á la

mentira, mitad consciente, mitad inconsciente, al arte de engañarse á sí mismo, propia de la fantasía entusiasmada. Su relacion de lo que ha visto en la cueva de Montesinos es ciertamente inventado y no engaña ni al simple Sancho Panza.

Hamlet al menor obstáculo cae desfallecido y se queja. Don Quijote apedreado por los galeotes y sin poder levantarse, no duda del éxito de su empresa; Fourrier iba, segun se cuenta, todos los dias al encuentro del inglés, á quien habia pedido en los periódicos un millon para la realizacion de sus planes, y que no venia nunca. Esto es evidentemente ridículo; pero permitidme una observacion, los antiguos llamaban á sus dioses, dioses celosos; en ciertos casos creian útil desarmarlos con algun sacrificio voluntario, como el anillo de Polycrate. ¡Quién sabe si no tiene algo de ridículo el carácter y los actos de las personas dedicadas á alguna otra grande y nueva como un tributo ó un sacrificio espiatorio á los dioses irritados! Sin estos ridículos D. Quijote, sin estos bizarros inventores, la humanidad no marcharia y los Hamlets no tendrian sobre qué reflexionar.

Sí, aquéllos encuentran y éstos elaboran. ¿Pero cómo, se nos dirá, puedan elaborar algo los Hamlets, cuando dudan de todo y no creen en nada? Responderemos que la sábia naturaleza no ha hecho esos dos tipos de una sola pieza. No son más que expresion exagerada de dos tendencias tambien exageradas; los poetas les han colocado como jalones sobre dos caminos opuestos. La vida humana tiende hácia ellos; pero no la alcanzan jamás; no olvidemos que el principio del análisis lo ha llevado Hamlet hasta lo trágico, y el principio del entusiasmo D. Quijote hasta lo ridículo. Sin embargo, no se encuentra en la vida ni lo trágico ni lo cómico absoluto.

Hamlet gana mucho á nuestros ojos por su amistad con Horacio. Este personaje es encantador, comunmente le encontramos en nuestros tiempos y tiene las costumbres actuales. Es el tipo del partidario, del discípulo en el mejor sentido de la palabra; tiene un carácter franco, un corazon ardiente y una inteligencia algo limitada; conoce su insuficiencia y es modesto, lo que pasa pocas veces á las personas ignorantes; tiene sed de instruccion; y de direccion, así adora á Hamlet y se une á

él con toda la fuerza de su alma honrada sin pedir reciprocidad. Se somete á él, no como á su príncipe, sino como á su jefe. Uno de los mayores servicios que prestan los Hamlets es formar y desarrollar hombres como Horacio, que despues de recibir de aquéllos los gérmenes de la poesía, los fecundan en su corazon y los distribuyen por el mundo entero. Las palabras con que Hamlet reconoce el carácter de Horacio le honran sobre manera; expresan sus pobres sentimientos sobre la alta dignidad del hombre, sus esfuerzos generosos, que el ex-cépticismo es incapaz de paralizar.

«Desde que mi alma se halla capaz de conocer los hombres y pudo elogiarlos, tú fuiste el escogido y marcado por ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquéllos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una planta, dispuesta á sonar segun ella guste. Dadme un hombre que no sea esclavo de sus pasiones y yo le colocaré en el centro de mi corazon; sí, en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo.»

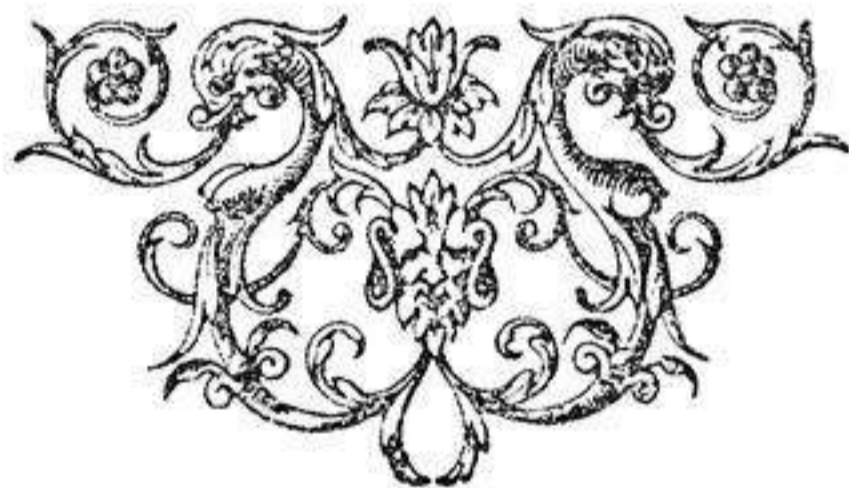
El excéptico honrado tiene respeto al estóico. Cuando la decadencia del antiguo mundo, y en todas las épocas semejantes, los hombres de bien se han precipitado en el estricismo, como el último refugio donde podrian conservar la dignidad humana. Los excépticos cuando no tuvieron fuerzas para morir y emprender el viaje, del que no se vuelve, se hicieron epicúreos. Conversion fácil de comprender, desgraciadamente muy frecuente.

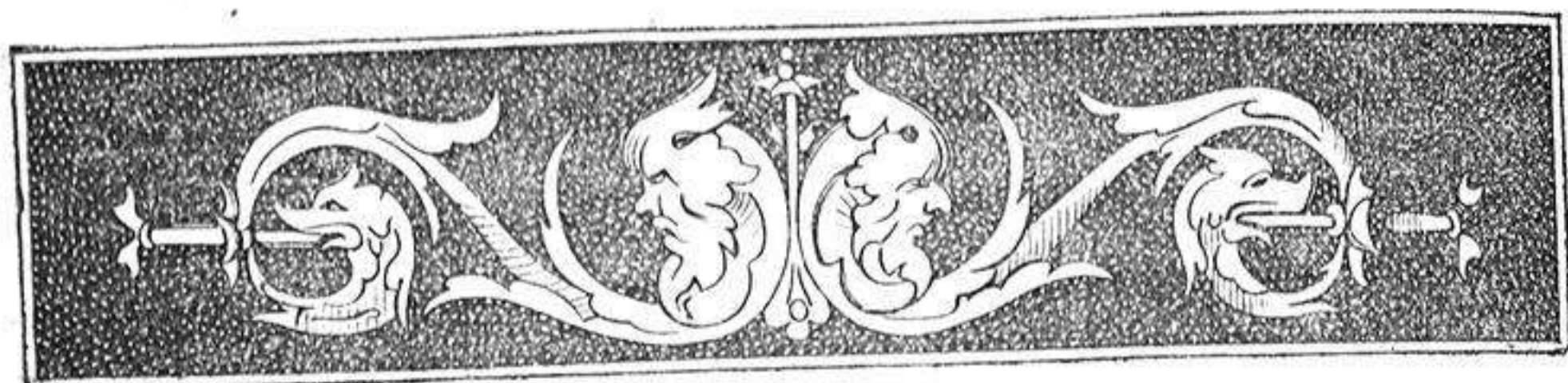
Hamlet y D. Quijote mueren de una manera notable; ¡pero qué diferente es su fin! Las últimas palabras del primero son muy bellas; muere tranquilo; ordena á Horacio vivir, da su voto al jóven Fortinobras, el solo representante del derecho hereditario, no manchado por el crimen; pero no dirige sus miradas al porvenir. Todo lo demás es silencio, dice el excéptico al morir, y se calla para la eternidad. La muerte de D. Quijote llena el alma de una indecible ternura; en este momento el gran carácter del personaje es muerto á nuestros ojos. Cuando su antiguo escudero, creyendo consolarle, le dice

que aparecerán bien pronto para nuevas aventuras; «No, responde el moribundo, dadme albricias, buenos señores, que ya yo no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres dieron el renombre de bueno.»

¡Alonso el Bueno! Esta palabra admirable creada aquí por primera y última vez, conmueve singularmente al lector. Sí, esta palabra tiene su valor en el momento de espirar. Todo pasa, todo desaparece, todo se reduce á polvo. «Las grandezas de la tierra se derraman como el humo.» Todo, salvo las buenas obras, viven más que la belleza más brillante. «Todo pasa, dice el apóstol; la caridad sólo sobrevive.»

IVAN TOURGENEFF.





EL MISTERIO DE LA TUMBA.

EN LA MUERTE DE CÁRMEN MOSTEYRIN DE GUARDIA.

Á ERNESTO DE LA GUARDIA.

I.

EN mi errante existencia, en tantos años
En que floté á merced de tantas olas,
Ví sepulcros de propios y de extraños
En tierras extranjeras ó españolas.
Amigos de la infancia y del colegio
Segados por la muerte en flor apenas,
Vírgenes cuya vida era un arpegio
De ruiñeñor en noches de astros llenas...
Sólo en la tumba de la madre mia,
Que en el Oriente en soledad reposa,
He sentido mayor melancolía
Que ante el sepulcro, Ernesto, de tu esposa.

II.

Nada esperes ¡amigo infortunado!
No puedo en tu dolor mostrarte el cielo:
Indigno de mí fuera y de tí mismo
Que, por calmar ese dolor acerbo,
En estos versos, en que va mi alma,
Fingiese creer ¡qué horror! lo que no creo.

Era buena, era hermosa, era inefable,
De sus padres encanto y de sus deudos:
En su mirada habia un magnetismo,
En su muda sonrisa habia un misterio.
Su frente destellaba luz suprema;
Era elocuente en ella, hasta el silencio;
Hablaban sin hablar; en los salones
Maravillaba ver, á un mismo tiempo,
Tanta frialdad en tan hermosos ojos,
Tanta dulzura en lábios tan severos:
Todo en ella era blanco, de soltera,
Casada, todo azul como los cielos;
Ni un pliegue de su túnica alteraba
La inmaculada magestad: su aspecto
Recordaba á Beatriz, la que del Dante
El alma sostenia en el Infierno;
Inspiraba el amor, pero no habia
(Tanta veneracion causaba el verlo)
En su rostro, á pesar de su belleza,
Ni un sólo rasgo mórbido de Vénus;
Era su rostro luz, pero velada,
Y á no ser jóven pareciera austero.
Su espíritu flotaba en esas nubes
Que sobre el mundo, de dolores lleno,
Forma el arte; á su lábio melodioso

Podía el poeta confiar sus versos;
 El lápiz en sus dedos bosquejaba
 De plástica belleza los ensueños,
 Y en las sonoras teclas traducía
 De la sagrada música el misterio.
 ¡Qué más! Ernesto, recordemos juntos
 Aquellos manuscritos que, en secreto,
 Como en lo azul crea la luz el iris,
 Y el Océano perlas, sin saberlo,
 Llenaba de delirios adorables
 Y de dulces y santos pensamientos.

Todo esto que era ayer un ángel casi,
 Es un cadáver hoy; mañana... ¡ni eso!

Asómate á esa tumba, al hondo abismo
 Donde cayó; rompe el silencio austero,
 Llámala á gritos, con delirio tiende
 Las suplicantes manos á los cielos.
 Invoca á Dios; acude, pobre amigo,
 Allí donde en la cruz pende sangriento
 El gran mártir del Gólgota; suplicale
 Á Jehová, Hacedor de tierra y cielo,
 Que puesto que Él engarza en su corona
 El sol, y en sus sandalias los luceros;
 Puesto que Él es lo grande, lo absoluto;
 Puesto que Él tiene el vasto firmamento,
 Y las constelaciones misteriosas
 Con que distraer sus ócios ó su tédio,
 Te devuelva esa esposa, esa avecilla,
 Que era en tu nido, luz, vida y contento...

Todo en vano: ninguna voz piadosa
 Á tu pesar ofrecerá consuelo.
 ¡Sordo el sepulcro, sordo el Cristo, sordo
 El universo todo á tu lamento!

Y si, desesperado, en tu agonía,
 Á la muerte interrogas, frío el gesto,

Te dirá, señalando su guadaña:

—Ignoro á dónde vá la mies: yo siego.

Otras generaciones, otros séres,
Vendrán á arrebatarnos nuestro puesto
En el festin eterno de la vida;
Y otros hombres, cual tú, nobles y buenos,
Y mujeres, cual ella, hermosas, castas,
Se amarán en los sitios donde un tiempo
Os amásteis vosotros. Esos campos
Que tanto musgo á vuestros piés tendieron,
Ese azul donde el sol incendia al mundo,
Esos jardines de perfumes llenos,
La sombra de los álamos, los rios
Que arrullan del amor el primer sueño,
Ese rayo de plata de la luna
Que bañaba de luz el nupcial lecho,
Las estrellas profundas, temblorosas,
Que escucharon atentas, sonriendo,
De vuestro amor las frases inefables,
El divino rumor del primer beso,
Ese Eden que forjó tu fantasía,
Esa tierra, esos campos, esos cielos,
Que mecieron en cuna embalsamada
Y negra tumba á vuestro amor abrieron,
Verán tambien pasar, de amores ébrias,
De la fecundidad augustos templos,
Otras parejas, cual la vuestra amantes;
Pero ¡ay! más dichosas ¡pobre Ernesto

¡No volverás á verla! Era una llama,
Ardió, brilló con celestial destello,
Y con ella la muerte al cabo hizo
Lo que hace siempre con la llama el viento.

III.

¡Qué horror! ¡qué horror! ¡la tumba! rampa oscura
 Que va al abismo del no sér, girando
 A través de la tierra fría y dura;
 Viscosa, horrible, inexorable rampa,
 Del destino cruel infame trampa,
 Que se abre brusca bajo el pié del hombre;
 Que súbita nos hunde en algo oscuro
 Do llegamos á ser algo sin nombre,
 ¡Estátua, hielo humano, efigie helada,
 Cadáver, podredumbre, cieno, nada!.....

*
 * *

Y ¡qué! ¿será verdad, será posible
 Que esta máquina, en fuerzas opulenta,
 Rota una vez, disuelta, triturada,
 Nos dé esta suma pavorosa: ¡nada!
 Todo cuanto en nosotros vive, alienta.
 La sangre que circula impetuosa,
 La idea que en el cérebro se inflama,
 Como en el vaso de cristal la llama,
 ¿Tendrán un fin cuando se rompa el vaso
 Al golpe inesperado del acaso?
 Esta tierra que amo, porque en ella
 Nací, y en ella mi existencia pasa,
 Esta tierra fecunda, buena y bella,
 Que es para mí la solariaga casa,
 ¿No ha de guardar de mí recuerdo alguno?
 ¿Ha de sorberme con succion oscura,
 La boca desdentada de la muerte
 En el fondo de fría sepultura

No, no es posible, no, fin tan funesto.
¿No has pensado jamás, amigo Ernesto,
En la vida incansable, dura, activa,
En el divino, incógnito trabajo,
Que el cadáver glacial realiza abajo
En favor del que vive y sufre arriba?
No, Ernesto, no, tu esposa
No puede perecer, era crisálida
Y ahora surge radiante mariposa;
Se trasforma en los moldes de la vida....
— ¡Ah! tenga este consuelo
Esa madre sumida
En tan eterno y tan amargo duelo.—
Ernesto, templa tu dolor profundo
Y tu inmortal tristeza;
Nos devora quizá naturaleza,
Que es el cambio la ley que rige el mundo.
Mas nunca perecemos;
Somos eternos en la eterna fuente
Que corre de la vida en los extremos;
La ola que riza el viento y que levanta
Sobre el nivel del mar la blanca frente,
Cuando en la blanda playa
Se quiebra clamorosa y se desmaya,
¿Desaparece acaso, ha sido vano
Su existir y la fuerza que le impulsa?
No, que la onda convulsa
Torna á su antigua cuna, el Océano.

Mira, mira cuál todo se renueva
En las esferas y en los vastos cielos.
Seremos en los campos del vacío,
Y en el profundo seno de la tierra,
Atomos destrabados y dispersos:
Mas todo allí reside, nada sale
De la urna inmortal, do brota eterna
La fuente inagotable de la vida;
La gota que cayó, no está perdida.

Filtra al través del eternal planeta;
 Se trasforma en mil fuerzas y en mil seres:
 Si pierde la conciencia del pasado.
 Más lleno de dolor que de placeres,
 Adquiere cien conciencias, quizá oscuras,
 Mas todas nuevas, y por tanto puras.

¿No has visto, Ernesto, cómo exalta el alma
 De la naturaleza la honda calma?
 Cuando errante, en los campos silenciosos,
 Tu espíritu contempla el ancho cielo,
 Los bosques erizados, tumultuosos
 Al soplo de las brisas de la tarde,
 El río que murmura, el astro que arde,
 Los nidos en la sombra temblorosos,
 Allí el mar, aquí el monte, allá las mieses.
 A tus piés, de la flor el fresco broche
 Y sobre tu cabeza
 El espectro gigante de la noche;
 Y todo envuelto en un perfume vago
 De hojas secas, de páramo ó de lago.....
 ¿Entónces no has sentido tu tristeza
 Templarse lentamente
 En toda aquella paz santa y clemente?
 ¿No experimentas el deseo profundo
 De confundir tu vida en la del mundo?
 ¿No quisieras, á riesgo de ser lodo,
 No ser ya hombre, para serlo todo,
 Y confundirte en la inmortal balumba
 De tierra, cielo y mar, en el divino
 Hondo crisol que aquí llamamos tumba?
 Y en esta aspiracion, vaga, instintiva,
 ¿No se anuncia cuál es nuestro destino?

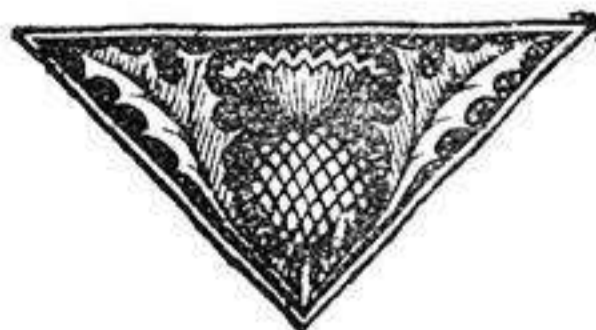
No has perdido á tu esposa, amigo mio:
 Está en torno de tí, viva, completa.
 En las actividades del planeta,
 No estará pronto en el sepulcro frio,

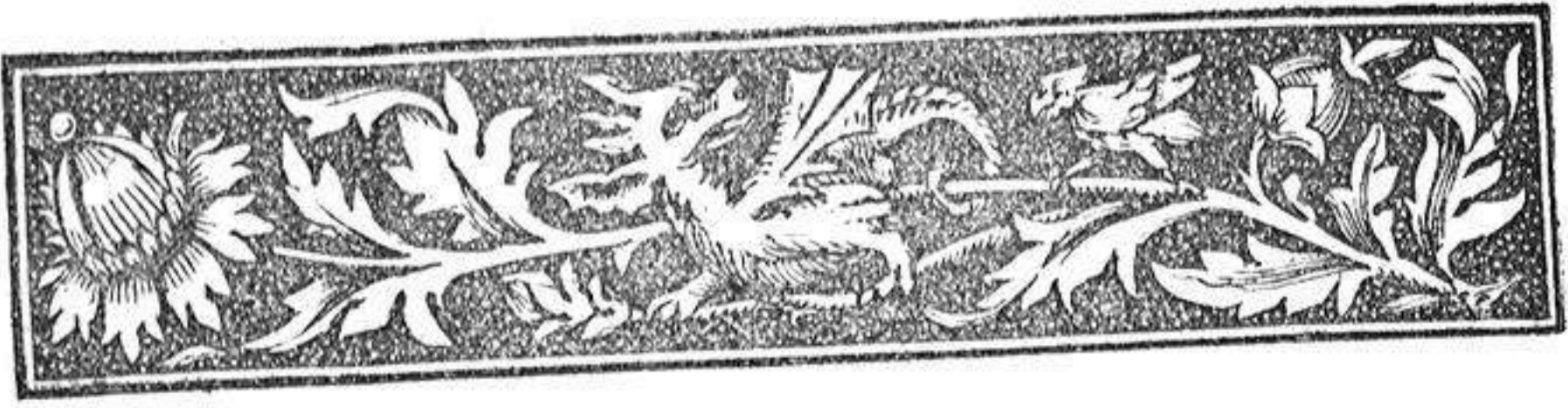
Pero puedes amarla, que aún es tuya,
No temas que la muerta la destruya;
Puedes amarla más que cuando viva,
Bajo mil formas nuevas placenteras;
Deja correr su honda fugitiva,
Que en tí el amor ensancha sus riberas.
Si era ayer un arroyo bajo flores,
De estrecho cauce y de murmullo vano,
Tiende la vela, boga sin temores,
Que ante el bajel se extiende el Océano.

Ama á la luz, porque en sus rayos gira
Ama al viento, que el viento en sí la lleva;
Ama á la flor, porque en la flor respira;
Ama á la fuente, que en su sér se abrevea;
Ama al cielo, que azul de su azul toma;
Ama al astro, quizá su brillo active;
Ama al vergel, que en su beldad se aroma;
Ama á la humanidad, que en ella vive.
Amalo todo, luz, flor, brisa, cielo.
Humanidad, vergel, Océano, estrella,
Amalo todo, Ernesto, sin recelo,
Adora á la Creacion..... ¡Allí está ella!

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

Madrid 6 Octubre 1879.





CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.



En la noche del 14 de este mes, tormentosas nubes descargaban sobre la cordillera de Sierra Nevada, Sierra Segura y sus derivaciones inmensa cantidad de agua, que precipitándose por las rápidas vertientes de sus altos picos, engrosaron de una manera terrible é inesperada el pobrísimo caudal que arrastran los rios Segura, Mundo y Sangonera. Muy pocas horas despues, todo el llano que se extiende á uno y otro lado de sus cáuces era un inmenso lago. Múrcia, Lorca, Orihuela, otros pequeños pueblos y gran número de caseríos, cortijos y chozas, sufrían las tristísimas consecuencias de la inundacion. Hasta ahora no es posible apreciarlas de un modo exacto, y trascurrirán muchos dias ántes de conseguirlo. Los periódicos que poseen mejores datos hablan de más de 1.500 cadáveres, de 4.000 casas destruidas, de pérdidas que se evaluan en 100 millones de pesetas, de daños irreparables. Antes de dos lustros, dicen, las feracísimas huertas de Múrcia, Orihuela y Lorca no volverán al estado en que se hallaban el dia 13 de Octubre; en tres ó cuatro años no será posible que aquellas propiedades contribuyan, ni con un solo real, á los gastos generales del Estado. Primero la inundacion, despues la ruina, la miseria y la peste: tal y tan terrible es el funesto cortejo de ese dia 14 de Octubre, en que Múrcia ha visto renovarse centuplicadas las angustias y amarguras que le causaron sus históricas inundaciones de 1615, 1773, 1775, 1797 y 1834.

Las primeras noticias de la catástrofe alarmaron al país; pero cuando los corresponsales de los periódicos de Madrid,

los diarios de Murcia y los telegramas de las autoridades comenzaron á referir esos tristísimos pormenores que hoy en labios de todos arrancan lágrimas á los ojos y oprimen nuestra alma entre las angustias de un dolor profundo, una ardiente explosion de caridad conmovió á los pueblos, y la nacion en masa fué á llevar su ofrenda á los menesterosos, á los desvalidos, á los huérfanos, á los necesitados, á las infelices víctimas de aquel cielo inclemente que tras largos años de sequía parece reservarles la destruccion y la completa ruina de su arbolado, de sus campos, de sus habitaciones, de sus instrumentos de trabajo, de sus ropas, del pobre ajuar que era su único tesoro. La iniciativa fué de muchos y el concurso de todos. El Gobierno abrió una suscripcion nacional; los hombres más importantes de todos los partidos, bajo la presidencia del cardenal patriarca de las Indias, y con la cooperacion de los directores de todos los periódicos de Madrid, se asociaron constituyendo una Junta de socorros, que recauda donativos en metálico y especie. Estos últimos—ropas, alimentos y útiles de trabajo,—se envían á Murcia en gran velocidad apenas recibidos por los periódicos y comisiones. Las cantidades recaudadas ascienden ya á siete ú ocho millones de reales. Un vecino de Alicante, D. José María Muñoz, ha puesto toda su fortuna (1.200.000 rs.) á disposicion de todos los necesitados. Los centros oficiales, las academias, los establecimientos de instruccion, las sociedades de recreo, la prensa, esa prensa tan calumniada y que es el amparo constante, la propagadora eficaz de todos los pensamientos generosos, de todas las ideas nobles, han rivalizado en energía y entusiasmo consagrándose al alivio de la tristísima situacion en que se encuentran los pueblos del Sur y del Este de España, víctimas de la inundacion. La prensa de París concurre á esta manifestacion caritativa de un modo brillante. En las provincias muéstrase tanto ardor como en la capital para auxiliar á los desvalidos. Presenciamos uno de los más elevados y gloriosos espectáculos que el espíritu benéfico de este siglo podia prometernos ¡Ah! De este siglo bien puede decirse lo que con insigne elocuencia afirmaba de la revolucion de 1868 el Sr. Moreno Nieto: «Serán redimidas todas sus faltas, como los crímenes de la pecadora, porque amó mucho todo lo grande y noble, todo lo bello y bueno, todo lo generoso y levantado.»

* * *

Nosotros reivindicamos para ese mismo espíritu del siglo XIX, que tantos desconocen, todo lo que hay de universal, de profundo y de enérgico en el sentimiento de caritativo entusiasmo que ha animado estos dias á nuestro pueblo. Para que la prueba sea plena y el contraste perfecto, ha aparecido en una revista que se publica en Madrid, que es órgano del

clero secular, la explicacion dada á estos hechos por el viejo espíritu de la antigua sociedad española, por el espíritu que informa nuestra historia y nuestra vida social desde el siglo XVI. *El Consultor de los Párrocos* afirma que Murcia, Orihuela, Lorca, Alcantarilla, las víctimas de la catástrofe y tantos millares de familias arruinadas, expiaron en la terrible noche del 14 de Octubre sus propias faltas y los pecados de la edad en que viven. Un Dios implacable y rencoroso decretó la inundacion, el castigo, y el castigo vino para consumir en la miseria todas las esperanzas de la generacion actual, que ya habrá encanecido cuando las risueñas y fértiles vegas de Murcia y Lorca vuelvan á rendir frutos de su abundancia y fecundidad. Esta manera de explicarse los sucesos humanos es base de una lógica funesta. Explicada así la catástrofe, el campesino, cuyo ánimo se inclina á creer en lo sobrenatural como en una realidad indiscutible, dobla la frente ante los mandatos de la Divinidad, acepta resignado sus consecuencias, y en vez de levantarse enérgico á proseguir esa lucha eterna con la naturaleza, de la que siempre ha salido vencedor, cae en el más profundo desaliento para no esperar nada de su propio esfuerzo, y para poner toda su confianza en la accion providencial, que es al propio tiempo el único remedio seguro que le ofrecen sus directores espirituales.

Así se forman pueblos, como el nuestro, incapaces de toda obra grande y provechosa. De esa manera el fanatismo religioso engendra la supersticion, y la supersticion constituye un dique perennemente y levantado ante todo deseo de progreso. Y como donde no hay progreso faltan al cabo riqueza, bienestar, tranquilidad, paz y ventura, de ahí que el extraviado espíritu religioso sea la causa primera de que las grandes naciones decaigan y los pequeños Estados jamás realicen sus sueños de engrandecimiento. Todavía se agita y vive en el seno de nuestro país ese espíritu. Todavía, tan difundido se halla en las masas de nuestras ciudades y entre las muchedumbres de nuestras aldeas, que la explicacion de la catástrofe de Murcia, Lorca y Orihuela hecha por *El Consultor de los Párrocos*, será á estas horas la más popular y corriente, estamos seguros de ello.

¡Cuánto más noble, cuánto más cierto, cuánto más fecundo, sin embargo, es creer de tales desdichas lo que el calumniado espíritu del siglo nos enseña! Esas catástrofes pueden remediarse; no constituyen un mal inevitable, ni son efecto de una voluntad arbitraria y suprema.

Las masas de aire arrastradas desde el Ecuador por los vientos del S-O., atraviesan los mares intertropicales, de cuyas aguas recogen inmensa cantidad de vapor; pasan por entre las islas Canarias y Cabo Verde; resbalan por las costas de Africa y llegan al extremo meridional de España, donde sufren notable modificacion. La enorme masa de aire se divide; las nubes tempestuosas se dirigen preferentemente á la boca del Mediterráneo y con violencia corren sobre las altas sierras de la

cordillera penibética. Las descargas eléctricas que se producen entre las nubes y la granítica loma erizada de altos pinos, son causa de la condensacion de la enorme cantidad de vapor de agua de que aquéllas vienen henchidas. El agua entónces se vierte á raudales, busca los cauces de los rios, su camino natural; éstos son estrechos y accidentados, no pueden contenerla y la inundacion viene.

No hay en todo esto nada sobrenatural ni inexplicable. No hay tampoco motivo para que el hombre se resigne á sufrir con paciencia ese azote. Sólo los que creen que sea un castigo de Dios pueden hallar razonable aquella salvaje resignacion. El hombre culto tiene medios para impedir la repeticion de esas catástrofes ó para atenuar su gravedad por lo ménos.

La inundacion del Sahara modificaria el clima de la zona Meridional y Oriental de España; la inundacion del Sahara; hé ahí el primer remedio. Ciertó que no se encuentra á nuestro alcance; pero si algun dia puede España hacer algo en obsequio á ese grandioso proyecto, ya sabe que no le son indiferentes sus resultados. Como remedios parciales recuerda en estos dias la prensa el establecimiento de estaciones hidrológicas, análogas á las que existen hoy en el Sena y el Loira; la construccion de represas, rebalsas y malecones; la modificacion de los lechos y cauces de los rios, y uno por último que aconseja un ilustrado periódico, *El Liberal*, en los siguientes términos:

“La teoria eléctrica formulada por Sama Solano, aunque con exajerada influencia, está hoy reconocida como cierta en cuanto á la produccion de los hidrometeoros se refiere.

“Por mucho tiempo, desde el descubrimiento de Franklin, creyóse que la accion de las puntas metálicas estaba limitada á la preservacion contra los rayos. Más tarde se reconoció que la formacion del granizo, azote de considerables comarcas, es debida á la condensacion rápida del vapor de agua por las descargas eléctricas entre las nubes tempestuosas y los lugares elevados de la tierra: y de aquí surgió la idea de emplear el pararrayo como preservativo contra el granizo. Con tan sencillo procedimiento, por primera vez empleado en las montañas suizas, se ha conseguido un doble resultado de gran importancia. Primero, asegurar las cosechas. Segundo, modificar, y hasta en cierto modo, regularizar las lluvias á voluntad de los cultivadores. Y aún como ejemplo notable, quizás único en nuestro país, podemos citar el completo éxito que con tal sistema ha obtenido el Sr. Oliver, propietario de los viñedos del Monte-Sanjuan en la provincia de Huesca.

“Si tan eficaz como reconocida es la influencia de la electricidad en la produccion de los hidrometeoros, si tales ventajas ha podido alcanzar de su conocimiento y estudio la seguridad de las poblaciones y el cultivo de las tierras, ¿no es juicioso admitir como posible que una red de pararrayos, convenientemente colocados en las crestas de las sierras, modificarian sus condiciones hidrometeoricas y librarian á los habitantes de los valles de esas terribles inundaciones, que tantos perjuicios causan al desarrollo de la poblacion, á la industria agrícola, á la prosperidad nacional y al Tesoro?

“Sencillo es el estudio y poco costoso. Los resultados quizás serian satisfactorios. En doscientos millones se valúan las pérdidas ocasionadas por la última inundacion. Calcúlense además los rendimientos de este capital que por muchos años deja de percibir el Tesoro; agréguese á esto lo que importarán

los socorros que por diversos medios se buscan para remediar las calamidades que sufren los habitantes de las comarcas inundadas. ¿Se gastaría tanto en hacer este interesante estudio?

“Cerca de un siglo hace que se practican observaciones meteorológicas en España, y aún no son conocidas, ni someramente, las condiciones de las mismas localidades en que se asientan algunos observatorios. Siempre una sonrisa de incredulidad despreciativa ha acogido en ellos los progresos de la meteorología, aunque hayan venido autorizados por nombres tan respetables como Humboldt, Kaemtz, Fitz-Roy, Quetelet y otros. Doce años hace que se ha reconocido formalmente el papel de la electricidad en los fenómenos meteorológicos. Casi todos los observatorios de Europa cultivan este género de observaciones. En nuestro país es raro, rarísimo, el que de ellas se ocupa. ¿Puede esperarse, por tanto, un noble é ilustrado esfuerzo para llegar por las vías propuestas al término de evitar las inundaciones?”

El espíritu de nuestro siglo no aconseja la resignación. Aconseja en estos momentos la caridad, como la está practicando el pueblo español ahora y despues, para más tarde, á fin de evitar que esas terribles catástrofes se repitan, aconseja la adopción y el empleo de los medios recomendados por la ciencia.



La cuestion de las reformas de Cuba ha adelantado mucho en estos últimos dias. Al fin conocemos los términos en que se plantea. La junta nombrada para dar dictámen sobre esas reformas se reunió el dia 20, dando desde luego lectura al proyecto de la mayoría de la subcomision ponente, que trascribimos literalmente. Dice así:

“Artículo. 1.º Desde la promulgacion de esta Ley son declarados libres todos los esclavos que hayan cumplido la edad de 55 años.

“Art. 2.º El dia 17 de Setiembre de 1880 serán declarados libres todos los esclavos que entónces hubieren cumplido 50 años. En igual dia del año de 1882 lo serán los que hubieren cumplido 45 años; en la propia fecha de 1884 los que entónces cumplieren 40 años; en el mismo dia y mes del año de 1886 los que hubieren cumplido 35 años; en la repetida fecha de 1888 los que hayan entónces cumplido 30 años, y el 17 de Setiembre de 1890 serán declarados libres todos los que aún continuasen en esa fecha en el estado de esclavitud.

“Art. 3.º Los dueños de esclavos gratificarán á éstos desde luego con la cantidad de un peso fuerte mensual para los simples trabajadores que no tengan ningun oficio; con dos pesos tambien mensuales para los que tengan oficio y no hayan cumplido treinta y cinco años, y con tres pesos mensuales para los domésticos de cualquiera edad.

“Art. 4.º En el presupuesto de gastos de la isla de Cuba se destinarán todos los años, desde el próximo económico, 100.000 pesos para con ellos proceder á la coartacion de 2.000 esclavos cada año con sujecion á las disposiciones vigentes en la materia, fijándose para este efecto el valor de cada esclavo en 350 pesos.

“Art. 5.º Las coartaciones á que se refiere el artículo precedente se otorgarán cada año á los 2.000 esclavos que más se hubiesen distinguido por su buena conducta moral, por su laboriosidad y por el orden y disciplina que hayan guardado en las fincas, prefiriendo siempre á los que teniendo descendencia constituyan familia legítima.

“Art. 6.º Las juntas provinciales protectoras de libertos calificarán cada año los que deban recibir el beneficio de la coartacion, oyendo á los dueños de los esclavos, y remitirán sus trabajos á la Junta central para que ésta designe los agraciados, cuidando de que se distribuya entre las provincias el número de coartaciones en proporcion al número de esclavos.

“Art. 7.º Quedan suprimidas las indemnizaciones que por diferentes conceptos establece la ley de 4 de Julio de 1870.

“Art. 8.º El Gobierno de S. M., por todos los medios que estén á su alcance, procurará favorecer la inmigracion de trabajadores á la isla de Cuba.

“Art. 9.º En lo que no se oponga á las disposiciones de esta ley queda vigente la ya citada de 4 de Julio de 1870 y su Reglamento.

“Art. 10. El Gobierno dictará todas las resoluciones necesarias para llevar á debido cumplimiento los preceptos de la presente.”

Leyóse en seguida el voto particular del Sr. Bueno. Propone éste tambien la abolicion gradual, pero con otras condiciones y por otros procedimientos. Y el del Sr. Portuondo pide la abolicion inmediata y simultánea, que se llevará á cabo por medio de un reglamento que deberá estar publicado el día 1.º de Setiembre de 1880, dejando á los libertos en libertad de contratar el trabajo y creando una *junta protectora de libertos* en cada municipio, compuesta de un funcionario público, un individuo del ayuntamiento y un letrado.

Dióse lectura tambien de un proyecto de abolicion de la esclavitud, presentado por los Sres. Martinez Campos y Apezteguía.

En ese proyecto se reconoce desde el primer momento al esclavo una coparticion en la propiedad de su trabajo, aumentándose proporcionalmente de año en año, hasta llegar al sétimo, al fin del cual el esclavo adquiere su emancipacion completa y el derecho de contratar libremente su trabajo.

Despues de un ligero debate entre los señores presidente, Fernandez de Castro, Portuondo, marqués de O’Gaban, Lima y Santos Guzman, sobre si debian quedar veinticuatro horas sobre la mesa los proyectos leidos á fin de que pudieran enterarse los señores vocales, acordó la junta que se discutiesen en el acto, puesto que el asunto que entrañan es de todos perfectamente conocido.

Promovióse tambien otro debate sobre el órden de preferencia en la discusion, oponiéndose el Sr. Lima á que se discutiera el proyecto del Sr. Martinez Campos, por no formar parte sus autores de la subcomision nombrada por la junta.

El señor presidente, autorizado, á propuesta del Sr. Cándido Villaamil, para dirigir incondicionalmente la discusion, puso al debate el proyecto del Sr. Martinez Campos.

El Sr. Santos Guzman le combatió, fundándose principalmente en que si bien por el sistema que propone se lleva á cabo la abolicion inmediata, en cambio despues de ser libres los esclavos volvian á la esclavitud, y se mostró decidido partidario de la abolicion gradual y de la ley Moret, hasta el punto de manifestar que, si Inglaterra y Francia, cuando llevaron á cabo la abolicion, hubieran conocido esa ley, la hu-

bieran aplicado, porque á su juicio es lo más perfecto que se ha hecho en esta materia.

El Sr. Martinez Campos contestó en breves frases al señor Guzman; haciendo notar que su proyecto, entre otras, tenia la ventaja de no dejar al esclavo en completa libertad de contratar su trabajo, sino que la limita á un corto número de años, con el fin de evitar que los propietarios se aprovechen de su ignorancia esclavizándolos de nuevo.

No habiendo ningun otro señor vocal que hiciera uso de la palabra, se procedió á la votacion, y habiendo pedido el señor Guzman que fuera nominal, resultó desechado el proyecto por 22 votos contra 2.

Puesto en seguida á discusion el voto particular del señor Portuondo, le apoyó su autor en un extenso discurso, en el que vino á resumir unos trabajos que se propone dar á luz brevemente.

Manifestó el placer que sentia al ver que todos los españoles son abolicionistas, y que sólo disienten en la cuestion de procedimiento, cuestion que en el caso actual es tan grave que no se encuentra fórmula de avenencia, sin duda porque hay algo más que procedimiento, porque hay algo de sustantivo.

Ocupándose de la frecuencia con que se habla del procedimiento empleado por Francia, Inglaterra, los Estados-Unidos y el Brasil para la abolicion de la esclavitud, dijo que todo esto obedecia á las circunstancias en que se habian encontrado estas naciones, y añadió que en las circunstancias en que Francia é Inglaterra realizaron la abolicion de la esclavitud, no podian hacerla de otro modo: la opinion lo reclamaba y esas naciones se hicieron eco de la opinion, y más tarde esa misma opinion pidió la abolicion inmediata y no vacilaron en llevarla á cabo.

En los Estados-Unidos, el mismo Lincoln, en un principio cuando ardia aquella colosal guerra, fué partidario de la abolicion gradual y despues de la victoria modificó sus opiniones en sentido enteramente opuesto á las que ántes habia sustentado.

España es el país donde más deben tenerse en cuenta las circunstancias, pues el año 66 hubo una comision informadora que propuso la abolicion gradual, sin que sus consejos fueran oidos por el gobierno. Yo no diré, añadia, que esto diera ocasion á la guerra, pero la verdad es que muchos elementos que á ella fueron, probablemente no hubieran ido, y aún cuando la insurreccion hubiera estallado seguramente no habria sido con la fuerza que estalló.

¿Qué ha ocurrido desde el 66 acá? Hemos tenido la guerra, la ley de 4 de Junio de 1870, y como complemento de ella, la abolicion inmediata de la esclavitud en Puerto-Rico; y además ha ocurrido, y esto no debe olvidarse, que los negros que abandonaron sus ingenios y tomaron las armas para irse á la insurreccion, han sido declarados libres, y yo lo aplaudo.

Así, pues, decía el Sr. Portuondo, no busquemos los orígenes, no aduzcamos asimilaciones que siempre son violentas, é inspirémonos tan sólo en las circunstancias presentes. Todo sistema de abolición que no sea inmediata, lo que hace es reconocer un derecho y negarle á la vez, y el Sr. Guzman, que presume sostener un criterio exento de esa falta, incurre en error, porque al acercar al esclavo á la ley del año 70, se le viene á negar con el aplazamiento la cualidad de liberto, y por ignorante que sea el esclavo, no ha de dejar de comprender que á la vez que se le reconoce un derecho se le niega su disfrute.

Por otra parte, á juicio del Sr. Portuondo, es peligroso no hacer la abolición inmediata, porque despues de una guerra civil, siempre quedan gérmenes de perturbacion y de discordia que tienden á excitar los ánimos para preparar otra nueva insurreccion, cuyo hecho está demostrado por la experiencia. El aplazamiento, pues, ha de dar malos resultados. ¿No se ha visto que por un aplazamiento de tres meses, se ha perturbado completamente la isla de Cuba? ¿Qué sucederá si el aplazamiento se prolonga algunos años? Que la rebeldía no se manifestará por la provocacion al combate, sino por la fuga, y la fuga no puede combatirse. Recordó que la guerra se ha extendido especialmente por el departamento Oriental, quedando libre del azote el Occidental, que no ha sentido sus terribles efectos, y que no se ocupa más que de recoger buenas *zafras*, mientras que en el primero suspiran por la paz y por la tranquilidad para poder trabajar y reconstruir todo lo que la guerra ha destruido.

Manifestó que no comprende la preparacion del esclavo para la libertad, porque si es difícil enseñar á un niño, es mucho más tratándose de un hombre de escasa comprension y que además tiene que trabajar la mayor parte del dia.

Dijo que debe estudiarse muy detenidamente lo que se dispone en las leyes, para evitar que suceda lo que con la ley Moret, que prescribía la libertad de todos los esclavos no comprendidos en el censo del año 70, á pesar de lo cual el capitán general no se ha atrevido á dar cumplimiento á la ley, y ha consultado al Gobierno.

Afirma que esta ley en su dia fué una solucion muy atinada, porque habia guerra; pero en las actuales circunstancias no es partidario de ella, porque en la misma todo es doméstico, todo está encerrado entre el amo y el esclavo, sin que nadie lo vea, como lo prueba el hecho de haberse impuesto castigos que esa ley prohíbe en absoluto. Y terminó diciendo que el aplazamiento de este problema traerá muchos dias de luto para el país, y que si él no fuera más que un filántropo y no mirara á los resultados ulteriores, no vacilaria en aceptar este sistema en la seguridad de que muy pronto la fuerza misma de las cosas nos conduciría á la abolición inmediata.

Sesion del 21.—Abierta á las dos y cuarto de la tarde y aprobada el acta de la anterior,

El Sr. Portuondo continuó en el uso de la palabra, diciendo que creía un argumento poco sério el de suponer que la abolición inmediata rompería el dique que hoy contiene toda clase de venganzas y represalias; que al paso que se confía plenamente en la eficacia de la ley para mantener al negro en la esclavitud, no se confía en ella para mantener al esclavo libre en el goce tranquilo de sus derechos; que en Haití, cuyo ejemplo se cita tantas veces, la abolición inmediata produjo grande alegría al esclavo, y que la actitud rebelde de los propietarios contra la metrópoli, pretendiendo restablecer un orden de cosas inícuo, fué lo que produjo las sangrientas escenas que se mencionan. Respecto á Jamáica, dijo que la soberbia de los propietarios fué la causa de que la metrópoli decretara la abolición inmediata, y añadió que los cuatro millones de esclavos de los Estados-Unidos del Sur trabajaban bajo un sistema de explotación cuya descripción espanta; sistema que era efecto de un cálculo comercial, puesto que se alimentaba al esclavo porque se le tenía por lo que en mecánica se llama el *rendimiento de la máquina*.

Prescindiendo de otros países, recordó que en Puerto-Rico la proporción numérica en que estaba la población esclava con la total, no era, en la época en que se decretó la abolición, menos fuerte que hoy lo es en Cuba.

Ocupándose del derecho al trabajo, dijo que la libertad del esclavo y el derecho á no trabajar son dos cosas distintas, y como á su juicio la libertad debe otorgarse inmediatamente, si bien negando el derecho á no trabajar, por eso daba en su proyecto amplias facultades al Gobierno sobre este punto con objeto de evitar conflictos que seguramente no vendrán, tanto por la prudencia de los amos como por la proverbial laboriosidad del negro libre en Cuba.

Respecto á la afirmación que se hace por algunos de que las cosechas de Puerto-Rico son menores desde que se decretó la abolición, dijo que el general Sanz y los hacendados de la pequeña Antilla, dirán, como se lo dijeron á él, que las horrosas sequías y la baja enorme del precio del azúcar, á consecuencia del aumento de los derechos de importación en los Estados-Unidos, han sido las causas de las crisis económicas, sin que por otro lado las autoridades de Puerto-Rico hayan tenido jamás que hacer uso de la fuerza para obligar á trabajar al liberto.

Entrando en la última parte de su discurso, referente á la indemnización, convino con el Sr. Guzman en que ésta no era posible, lamentándose de que otros menos lógicos que su señoría digan que no quieren indemnización, y al mismo tiempo la crean, puesto que, á su juicio, la abolición gradual no era más que una indemnización que se pide al esclavo.

Respecto á la existencia de la esclavitud, á juicio del orador, los gobiernos, las leyes, los hacendados, los traficantes merca-

deres impíos y hasta la sociedad entera que la ha consentido, todos son culpables en este gran proceso de cuatro siglos, lamentándose de que, en último término, venga á pagar la indemnizacion el único que no es culpable: el esclavo, que es la víctima.

Se mostró partidario de la indemnizacion al dueño, no como tal dueño, sino como productor, como agente del bienestar del país, afirmando que si se hubiera dado una indemnizacion en este sentido al decretar la abolicion en Puerto-Rico, en su opinion, no hubieran existido las lamentables, si bien pasajeras, crisis económicas por que ha atravesado.

Y terminó excitando al Gobierno, y especialmente al general Martinez Campos, para que tenga firmeza de convicciones, toda vez que habiendo tenido el valor de aceptar las grandes responsabilidades de las medidas que á raíz de la paz tomó en Cuba, no debe dejarse supeditar por los que no están conformes más que con su propio interés.

El Sr. Santos Guzman se levantó á combatir el voto particular del Sr. Portuondo, empezando por hacer constar que, á pesar de las repetidas protestas de hombre práctico expuestas por S. S. en todo su discurso, no habia en él más que un idealismo exagerado.

Manifestó que no fué la opinion en Francia en el siglo pasado la que inspiró la abolicion inmediata, como habia asegurado el Sr. Portuondo, sino las hordas desbordadas y dirigidas por personas que decian *sálvense los principios y perezcan las colonias*; que la sangrienta revolucion de Haiti la provocó la abolicion inmediata; que en Inglaterra tambien fué gradual la abolicion, si bien por haberse equivocado los grandes estadistas ingleses, resultó lo que resulta de los proyectos de los Sres. Martinez Campos y Bueno; esto es, la abolicion inmediata, y que en el Brasil tambien exigió la opinion la abolicion gradual. En los Estados-Unidos del Sur, dijo el Sr. Guzman que la opinion pública no exigió más que la abolicion gradual, hasta el punto de que el mismo Lincoln fijaba el año 1900 para la extincion total de la esclavitud, si bien más tarde, como arma de guerra, propuso la abolicion inmediata en la confianza de que habia de arruinarse el Sur y quedar el Norte triunfante, como así sucedió.

Añadió que en Cuba ocurriria lo mismo, es decir, que se arruinaria su riqueza con la abolicion inmediata, que es lo que deben desear los que pretendan la pérdida de la isla.

Afirmó el Sr. Portuondo que la abolicion no habia producido perturbaciones en Puerto-Rico, porque se trataba únicamente de 27.000 esclavos en una poblacion de 700.000 almas; añadió que en cambio la produccion habia disminuido hasta el punto de que á fines del último año económico, la baja fué de 50 por 100 de las rentas públicas, por lo que no comprendia, despues de este resultado, que se quiera llevar á Cuba, ahora que tiene que dedicarse á restañar las heridas producidas por diez años de guerra en el órden económico.

Acercas de las diferencias entre las circunstancias del departamento Oriental y el Occidental, establecidas por el Sr. Portuondo, dijo el Sr. Guzman que esas diferencias existen porque el Oriental tuvo la desgracia de que en él estallara la guerra, y que sin la riqueza del Occidental no hubiera podido vivir el Oriental, por carecer del apoyo que aquél prestó á la isla y al Gobierno, debiendo tenerse presente que en el departamento Oriental apenas hay 10.000 esclavos, mientras que en el Occidental hay 184.000, cuya diferencia le obligaba á ser más cauto y á insistir en la solución dada al problema en el dictámen de la mayoría de la subcomision. ¡Quién sabe, decía el Sr. Guzman, si tal vez, y este es el único remordimiento que yo tendria, hemos traspasado demasiado los límites de las concesiones!

En punto á concesiones, dijo que habia completa libertad para resolver, puesto que el Gobierno ha declarado en las Cámaras que no tiene compromiso de ninguna especie acerca de la abolición con ningun país extranjero, habiendo sido cumplidos todos los contraídos en el convenio del Zanjón.

Contestando al argumento del Sr. Portuondo que para probar que habia un estado medio entre la libertad y la esclavitud, citaba las leyes provincial y municipal que niegan durante cierto tiempo al liberto los derechos políticos, dijo que este es un error, porque los derechos políticos no tienen nada que ver con una institucion social y fundamentalmente civil.

En concepto del orador, la abolición inmediata es anticientífica, porque la ciencia no reconoce ningun adelanto hoy, si no se hace por etapas sucesivas; es injusta, porque ántes que el derecho del esclavo y el del propietario está la colectividad, que tiene un derecho absoluto á su propia existencia; es inconveniente para la sociedad, porque así lo ha demostrado la experiencia de todos los países, y lo es también para el esclavo, porque éste no reconoce más que dos estados: el de esclavitud, que para él consiste en la obligacion de trabajar, y el de libertad, que consiste en la no obligacion de trabajar, siendo conveniente, á su juicio, hacer que adquiriera hábitos y costumbre de trabajo para que el dia que esté completamente libre pueda dedicarse á él desde luego, sin andar errante de una en otra zona para volver, en último resultado, á buscar trabajo, pasado algun tiempo, al mismo ingenio de donde salió.

En cuanto á la obligacion de trabajo, creia que no puede haber ley positiva que lo establezca con éxito, ni que el señor Portuondo acepte las leyes de castigo á los que no trabajan, porque, como dijo el dia anterior, esas leyes sólo sirven para crear la esclavitud del hombre libre.

Contestando al argumento del Sr. Portuondo, de que seria una triste enseñanza que los esclavos que han permanecido fieles á sus amos y á la pátria continúen en la esclavitud, mientras que los que se han sublevado han sido declarados libres, dijo que aquí habia un error trascendental, y que pre-

cisamente los negros que se han sublevado en el departamento Oriental, han sido aquéllos que fueron declarados libres, los cuales han sustraído á la fuerza otros esclavos á sus dueños, opinando que no debe declararse libres á los esclavos del departamento Occidental, para que el primer acto que realicen en pago de esa libertad, sea el de sublevarse, como han hecho los del Oriental.

Rebatiendo la afirmacion del Sr. Portuondo, relativa á que el aplazamiento de tres ó cuatro meses habia sido la causa de la última insurreccion, leyó un documento publicado en el periódico insurrecto de Nueva-York, titulado *La Revolucion*, en el que se atribuye la insurreccion á otros móviles y de ninguna manera á la cuestion de la abolicion.

Acerca de la cuestion planteada por el Sr. Portuondo sobre el derecho á la libertad que tienen los que no están incluidos en el censo de 1870, dijo que como no se habia realizado el censo, no podia decirse que habian sido incluidos ni excluidos de él los esclavos, y que en todo caso la responsabilidad seria del gobierno que dejó de cumplir la ley.

Y terminó manifestando que por las razones expuestas no podia aceptar el voto particular del Sr. Portuondo.

Rectificaron ámbos señores y fué desechado el voto nominalmente por 20 votos contra 3, que fueron los señores marqueses de O'Gaban, Portuondo y Bernal.

El Sr. Bueno retiró el primero de sus proyectos, apoyando el segundo con la lectura de las razones consignadas en el preámbulo.

El Sr. Santos Guzman le contestó diciendo que creia más perjudicial este proyecto que el del Sr. Portuondo, porque en éste al ménos habia un sentimiento digno de respeto, mientras que en el que se discutia parecia que se pide la abolicion gradual y se va hipócritamente á la inmediata.

El Sr. Bueno dijo que su proyecto era un término medio entre la abolicion gradual propuesta por el Sr. Martinez Campos y la inmediata que ha empezado á plantear el alcalde de la Habana, dando libertad á sus esclavos que eran más de 200. Les dió libertad el 11 de Setiembre.

El Sr. Guzman contestó que el alcalde de la Habana era acérrimo abolicionista cuando no tenia esclavos, y que por la vanidad de su consecuencia habia realizado ese acto, que por otra parte no tenia tanto de extraordinario por su buena posicion y acreditado bufete, y que no dudaba de calificar de censurable, como lo prueba el haber tenido que rodear su ingenio de fuerza armada para evitar perturbaciones.

Fué desechado el voto por 21 contra 1.

Sesion del 22.—Dió principio á las dos y media de la tarde, poniéndose á discusion el dictámen de la mayoría de la subcomision relativo á la cuestion social, combatiéndole el señor Cáncio Villaamil, y terciando tambien en el debate los señores Guzman, Argümosa y Martinez Campos.

El general Prendergast dijo que necesitaba explicar su voto, pues no estaba conforme en absoluto con ninguna de las soluciones presentadas, que juzgaba inaceptables por las Cámaras, las cuales han de resolver en definitiva. Manifestó que arraigada en la conciencia de todos la necesidad de abolición, que es además consecuencia forzosa de la realizada en Puerto-Rico y de la paz en Cuba, entiende que, fuera del supremo interés de salvar la isla de un gravísimo peligro, no hay motivo ni consideración alguna que imponga hoy á nadie el sacrificio de su consecuencia.

La mayoría de la comisión cree lo contrario, pero sus afirmaciones, añade el orador, quedan destruidas: 1.º Por la misma diversidad de criterios que se sostienen en la junta. 2.º Por muchos propietarios de esclavos que consideran un peligro inmediato para la tranquilidad de Cuba el mantenimiento de la esclavitud. 3.º Por las opiniones que sustenta el partido liberal de la isla. Y 5.º Por la actitud de los propietarios del departamento Oriental. De todo lo cual resulta que ningún interés hay superior al de la abolición, y por lo tanto que no deben sacrificarse los sentimientos arraigados en la conciencia de todos los miembros de la junta que han declarado unánimemente ser partidarios de la abolición.

A pesar de eso, el general Prendergast no cree que la transición de la esclavitud al del Estado libre debe ser rápida: sostiene, por el contrario, á pesar de lo expuesto por otros oradores, que el gobierno, después de declarar la emancipación, puede establecer un estado intermedio en el cual, reconociéndose ciertos derechos civiles al esclavo, se facilite al propietario el plazo absolutamente indispensable para modificar las condiciones del trabajo en sus fincas.

Añadió que no era posible haber dispensado á la riqueza de la isla mayor protección que la que le han otorgado todos los gobiernos de la metrópoli. Durante largo período de años hemos hecho frente á las excitaciones del extranjero, sufrido reclamaciones graves, algunas impertinentes, y hasta pasado por la humillación del derecho de visita, todo en bien de los intereses que hoy se alegan, y sin embargo, ningún gobierno ha pronunciado aquí la palabra de abolición, hasta que la iniciativa ha venido de la misma isla.

Reconoció, por último, la posibilidad de que la abolición produzca alguna pasajera crisis económica, pero no deben temerse sus consecuencias, ni bajo el punto de vista de la integridad patria, perfectamente asegurada, ni aún bajo el económico, si se estrechan las relaciones comerciales de Cuba y las demás provincias españolas sobre la base de una perfecta mancomunidad de intereses.

El Sr. Guzman combatió el argumento del Sr. Prendergast, diciendo que la casi totalidad de los propietarios está por la abolición gradual, como lo prueba el hecho de haber sido derrotado el partido liberal en cuatro elecciones generales, por haber sostenido la abolición inmediata.

El Sr. Portuondo hizo notar la division que existia entre los individuos de la junta; se manifestó partidario del sistema expuesto por el Sr. Villaamil, y dijo que la comision debia presentar al Gobierno bases y no proyectos articulados, para que en su dia pueda el Gobierno formular el correspondiente proyecto, con arreglo á aquellas bases.

El Sr. Martinez Campos preguntó si el salario que se iba á dar al esclavo era en oro ó en papel.

El Sr. Guzman contestó que sin duda no habia estado en Cuba el Sr. Martinez Campos, ni por lo visto conocia las leyes que allí rigen, puesto que ignoraba que tanto éstas como los tribunales se refieren siempre al oro, por no reconocer como moneda el billete de Banco.

Puesto á votacion el dictámen, fué aprobado por 16 votos contra 6, que fueron los de los Sres. Prendergast, Martinez Campos, Apezteguía, Dabán, Bernal y Portuondo; absteniéndose de votar los Sres. Bueno y Cancio Villaamil.

Leido el dictámen relativo al punto de relaciones comerciales, despues de un ligero debate en que intervinieron varios señores vocales, y con objeto de aclarar algunas dudas que se ofrecieron, fué retirado; y presentado nuevamente despues de rectificado, fué aprobado por unanimidad.

Púsose acto seguido á discusion el proyecto de reforma arancelaria, cuyas bases son las siguientes:

1.^a Que se formen los aranceles de la Península y los de Ultramar en el sentido de establecer el comercio de cabotaje entre sí, desde 1.^o de Julio de 1880. La supresion de los derechos arancelarios que ocasione esta reforma podrá tener lugar por terceras partes: la primera en 1880 desde 1.^o de Julio, la segunda en 1881 y la tercera en 1882.

2.^a Que en 1883, al quedar planteado definitivamente el cabotaje, podrá establecerse, tanto en la Península como en Ultramar, un derecho moderado de balanza.

3.^a Que se reformen los aranceles de las provincias de Ultramar en el sentido de rebajar los derechos de importacion extranjera á los artículos de primera necesidad para el consumo de la vida con la graduacion indicada en la base primera.

4.^a Que se establezcan relaciones con los Estados-Unidos de América que permitan á nuestra marina mercante participar del importante tráfico entre los puertos de aquella nacion y los de Cuba y Puerto-Rico.

Despues de ligeras observaciones, hechas principalmente por los Sres. Bueno, Portuondo, Fernandez de Castro y Martinez Campos, á que contestaron los Sres. Sotolongo y Villaamil, y en vista de las explicaciones dadas por este último, que satisficieron á todos los señores de la junta, fué aprobado por unanimidad.

Sesion del 23.—Abierta á las dos y media de la tarde y aprobada el acta de la anterior, el Sr. Fernandez de Castro dió lectura al dictámen de la subcomision de tributacion,

que es un documento muy extenso y razonado, en el cual se analizan todas las formas de tributacion hoy existentes, y en el que se adopta un sistema mixto.

El Sr. Bueno propuso, en vista de su extension, que se discutiera por partes.

El Sr. Cancio Villaamil, que, segun manifestó, habia asistido á las sesiones de la subcomision, como individuo de la arancelaria, explicó los fundamentos del dictámen.

El Sr. Presidente se manifestó conforme con lo expuesto por el Sr. Villaamil, y dijo que ántes de poner á votacion el dictámen, iba, á pesar de que consta en él, á emitir una idea sobre la cual creia que debia insistirse mucho, porque es el único remedio que existe para evitar los males corrosivos de la administracion en la isla de Cuba, nunca bastantemente censurada. S. S. se referia á la estadística, porque, á su juicio, con una buena estadística se ajusta la cuenta al peso á todo mal empleado que intervenga en la recaudacion de los impuestos.

Terminada la discusion de las bases para la reforma y mejora del estado social y económico de la isla de Cuba en la junta correspondiente, el Consejo de ministros discutió estos importantes poblemas, acordando presentar á las Córtes, por lo que á la esclavitud se refiere—pues la abolicion de la esclavitud ha sido el punto primero que ha estudiado el Gobierno—un proyecto de ley, cuyas bases fundamentales serán: 1.^a Declaracion de que la esclavitud queda desde luego abolida en Cuba. 2.^a Establecimiento de un período de patronato que durará ocho años, durante los cuales se hará por sorteo una manumision completa y anual de la octava parte de los libertos, disminuyéndose gradualmente este patronato y desapareciendo al cabo de los ocho años. El proyecto, como se vé, difiere bastante del aprobado en la junta. El general Martinez Campos y el Sr. Albacete han logrado que triunfen sus soluciones en el seno del ministerio. *La Política* declara que el señor Cánovas del Castillo y el partido conservador le aceptan por completo.

Esta afirmacion es todavía algo aventurada. *La Epoca* acoge el proyecto con recelo, y del Sr. Romero Robledo se asegura que no prestará su concurso á soluciones tan radicales. El Gobierno hace cuestion de gabinete la aprobacion de las bases que hemos expuesto, y sin duda de ningun género las votarán las Córtes. Pero todavía puede ser la victoria del general Martinez Campos como la de Pirro.

EXTERIOR.

Las cuestiones que han agitado durante la última quincena la política de Europa, son escasas en número y de muy poca importancia.

El Gobierno francés ha adoptado algunas resoluciones enérgicas, encaminadas á contener la exagerada actitud de los elementos más avanzados del partido republicano. Se vuelve á la política de Mr. Thiers y parece que se abandona la de Mr. Gambetta. Mr. Lepere ha dado orden á los prefectos de que repriman las manifestaciones hostiles al régimen por que hoy se gobierna Francia. El *Journal des Debats* defiende y explica esa actitud:

“Nosotros, dice, republicanos del dia siguiente, no hemos creído que la república sea un talisman mágico que haga mejores á los hombres.

La república es un gobierno como otro cualquiera, con sus cualidades y sus defectos. Pero de que las monarquías no sean aquí posibles, no se deduce que las necesidades hayan cambiado. Queremos una república liberal, porque la Francia desea un gobierno liberal. La queremos conservadora y firme contra la licencia, porque la autoridad es la esencia de los gobiernos, sin los cuales ninguno subsiste. Jamás hemos sostenido la impunidad de la prensa, la libertad sí. Las situaciones autoritarias confiscaban la libertad del pensamiento: las demagógicas prohibían los periódicos: la Commune nos vedó la publicación y deshizo nuestras formas. Pero la paz pública es ante todo, y si la prensa radical se empeña en pintar á los deportados de Numea como los mejores republicanos del mundo, nosotros los tenemos por los mayores enemigos de la república. Muchos de los que se quejan de haber sido perseguidos por el gobierno imperial, lo habrían sido por cualquier otro gobierno.”

Este lenguaje sensato tiene que ser constantemente el de los verdaderos hombres de gobierno que no quieran perder en un dia de delirio la obra de muchos años de constantes trabajos.

*
* *

En Inglaterra aumenta la agitación política. El 17 pronunció en Manchester el marqués de Salisbury un importante discurso, cuya parte más notable y comentada se consagra á explicar cómo el gobierno inglés ha ejecutado las declaraciones de la circular que el ministro de Negocios extranjeros ha dirigido á los representantes de Inglaterra contra el tratado de San Stephano:

“Hemos ocupado á Chipre, dijo el ministro, á fin de demostrar que nuestro deber es impedir una nueva usurpación de la Rusia en las posesiones del sultan. Inglaterra, al ocupar á Chipre, ha sido impulsada por el propio motivo tradicional que la llevó á ocupar en otro tiempo á Gibraltar y Malta.”

Hablando de la cuestión de la defensa de los Balkanes, dijo el orador que en el estado actual de la Rusia tiene poco motivo la Turquía para temer una agresión.

En seguida explicó la dilación relativa á las reformas de Turquía por la destrucción total de los recursos de este país. Admitió, no obstante, que Turquía ha entrado en un camino de resistencia fatal; pero á pesar de eso, no es ménos cierto que sigue siendo necesario impedir que la Rusia llegue á Constantinopla y al mar Egeo.

El orador recordó con este motivo que Inglaterra había simpatizado con el gobierno de Polonia y con el de España, y que hasta los defendió, á pesar de que sus sistemas de gobierno eran malos y despóticos. «Hoy, prosiguió, la empresa de impedir la extension del imperio slavo ha sido confiada al Austria. Si no teneis confianza en el soldado turco en la ciudadela, podeis fiaros del soldado austriaco de guardia á la puerta.

»No hemos tratado de erigir una gran nacionalidad para oponerla á la Rusia, porque no existia en la península de los Balkanes ninguna nacionalidad homogénea. Las poblaciones son allí una mezcla de musulmanes, griegos y slavos. Se mejante combinacion de resistencia, basada sobre eso, era quimérica.»

El marqués de Salisbury se esforzó en demostrar que la Rusia no puede avanzar ya más, porque el Austria es una potencia cuya fuerza é independencia son suficientes para asegurar la estabilidad de la paz europea. «Lo que ha sucedido en los últimos tiempos nos dá motivo para creer que si Austria es atacada, no se encontrará aislada. Los diarios hablan de una alianza ofensiva y defensiva concluida entre Austria y Alemania. No quiero decir si la noticia es exacta; pero afirmo que es buena y que me causa gran alegría.»

El ministro hizo en seguida un resúmen histórico de la cuestion de Afghanistan y declaró que el objeto de Inglaterra era defenderse y no engrandecerse.

El dia 24 se verificó en la misma ciudad de Manchester un nuevo *meeting* ofrecido por los liberales al marqués de Hartington. Este pronunció un discurso en el cual atacó vivamente la manera en que el marqués de Salisbury había definido la circular enviada por él á las potencias, criticando el tratado de San Stephano, inmediatamente despues de su entrada en el ministerio de Negocios extranjeros.

El orador recordó el lenguaje tenido en una ocasion reciente por el ministro relativamente á la poca importancia que había que dar á que la Turquía realizara ó no las reformas, pero á la mucha que había que conceder á impedir que la Rusia se apoderase del territorio turco.

El marqués de Hartington calificó de cínico el lenguaje del ministro y censura su exposicion como expresion de una política inmunda y poco conforme con las declaraciones anteriores del mismo lord Salisbury.

Hablando el jefe de la oposicion del acuerdo establecido entre Austria y Alemania, consideró éste como la confirmacion del pensamiento expresado siempre por los liberales, á saber: que los intereses de las demás potencias impedirán á Rusia ir á Constantinopla, sin que tenga que intervenir Inglaterra. «Pero esta alianza, prosigue el orador, no es de buen agüero para esas nacionalidades naciescentes que Francia é Inglaterra han tenido por costumbre alentar.»

Contestando el marqués de Hartington á la acusacion de

que un gobierno liberal trastornaría toda la política seguida hasta ahora, se expresó en estos términos: «Suceda lo que quiera, las obligaciones internacionales serán respetadas. Pero el objeto de la política inglesa debería ser una combinación de todos los Estados para asegurar la paz y la independencia de la Europa; oponerse á las agresiones, proteger á los débiles contra los fuertes, á los hombres libres contra los opresores.»

*
* *

El Senado rumano ha aprobado sin modificación, por 56 votos contra dos, el proyecto de ley votado ya por la Cámara de los Diputados relativo á la revisión del art. 7.º de la Constitución de Rumanía, y en el cual va envuelta la solución de la grave cuestión referente á la naturalización de los israelitas. La ley aprobada, que ha sido resultado de una transacción, dice así:

“Art. 7.º Las diferencias de creencias y profesiones religiosas no son en Rumanía obstáculo para obtener y ejercer todos los derechos civiles y políticos:

1.º Los extranjeros sin distinción de religión, sean ó no súbditos de Estado extranjero, pueden obtener en Rumanía los derechos de ciudadanía con las condiciones siguientes:

Todo extranjero, al solicitar el derecho de naturalización, debe exponer el capital que posee, la profesión ú oficio que ejerce, así como su intención de residir en Rumanía.

El solicitante deberá residir en Rumanía durante diez años, á contar de la fecha de su solicitud, y probar con su conducta que ha sido un ciudadano útil á su país adoptivo.

2.º Las categorías siguientes excluyen la cláusula de los diez años de residencia:

Los que, por medio de inventos útiles, ó por su notable talento, hayan fundado en el principado importantes casas de comercio ó industriales;

Los nacidos en Rumanía y educado en ella por sus padres, que no hayan gozado nunca del beneficio de protectorado extranjero;

Los que hayan combatido bajo las banderas rumanas en la reciente guerra de la independencia;

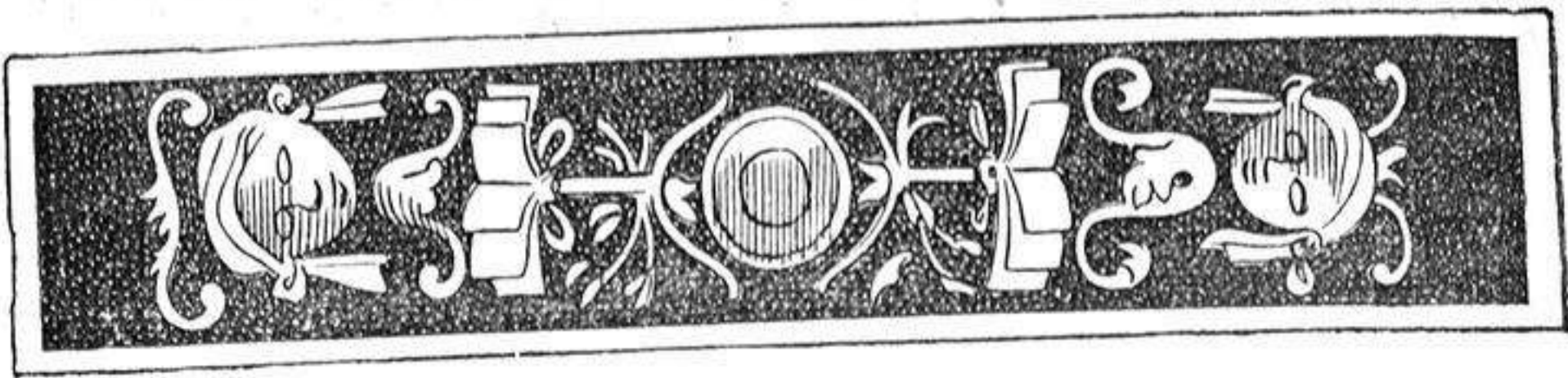
Estas tres categorías podrán obtener naturalización en masa, á propuesta del Gobierno, por un simple voto de las Cámaras y sin otras formalidades.

3.º Como regla general, la naturalización no puede ser acordada sino por disposición especial, y á solicitud individual.

4.º Una ley especial especificará la manera legal de hacer constar el domicilio, en el sentido que exige la presente ley.

5.º Los rumanos, ó naturalizados rumanos, son los únicos que pueden adquirir propiedades rurales en el principado. Queda en todo su vigor la legislación vigente á este efecto, así como los tratados internacionales, con las restricciones que prescriben.”





CRÓNICA LITERARIA.



XCEPCION hecha de los acontecimientos que ofrece el teatro, donde hasta ahora la crítica, más que á ejercer su eficaz y saludable influjo, háse visto obligada á asistir á la representacion de esas obras del teatro antiguo, especie de invocacion al Parnaso y al público, con que las empresas dan honor al arte y exponen los cuadros de las compañías; tan escasas son las novedades á que hoy podemos referirnos, que esta seccion, más que crónica, mereceria llamarse de anuncios literarios.

Quitemos el *Ensayo sobre el derecho de gentes*, escrito por doña Concepcion Arenal, que ha publicado la *Biblioteca jurídico de autores españoles*, y no nos quedan más que anuncios de novelas de Perez Galdós y de Alarcon, y de poemas de Campoamor y Nuñez de Arce, que, si no aumentan la fama de escritores tan ilustres, de seguro servirán de regocijo á las letras. Quitemos el discurso que acerca del tema importantísimo «Codificacion del derecho internacional» ha pronunciado el Sr. D. Manuel Silvela en la Academia de jurisprudencia y legislacion, al inaugurarse el curso de 1879 á 1880, y apenas si hay noticias del que el Sr. D. Alejandro Groizard leerá sobre «La territorialidad del derecho penal,» para su recepcion en la Academia de ciencias morales y políticas; del que el Sr. Moreno Nieto escribe acerca de «La cuestion social», para la apertura de las cátedras del Ateneo, y de las memorias que, exponiendo los temas *Ideal político de la raza latina é Ideal artístico del siglo XIX*, se leerán en las secciones

de dicho centro, para que sean objeto de discusion larga y luminosa.

No quiere esto decir que más libros no se publiquen ni que más discursos no se pronuncien, sino que estos libros y estos discursos, que omitimos, no son de los que aquí tienen natural cabida, por más que estimacion y elogio merezcan y tengan en todas partes.

El domingo último celebró su segundo *meeting* libre-cambista de esta época la Asociacion para la reforma de los aranceles de aduanas.

Discutióse sobre la cuestion referente á la libre importacion de cereales, de gran importancia siempre, y más hoy que una dolorosa crisis alimenticia nos hace ver en el nublado y revuelto horizonte el hambre con todos sus horrores; pronunciáronse notables discursos, dignos de aquellos otros que en 1859 tanto enaltecieron la española tribuna; pero este asunto aléjase un tanto de nuestro objeto, y por lo mismo, á consignar que los Sres. Alvarado, Zapatero y García, Figueroa, Fernandez y Gonzalez, Azcárate y Rodriguez (D. Gabriel) hablaron con elocuencia, nos limitamos.

Y lo mismo que de estos discursos puede declararse de los libros á que no nos referimos. Decir que no hay libros cuando los escaparates de las librerías están llenos de ellos, parece sin duda afirmacion caprichosa y extraña; pero hay que advertir que ni la crítica es universal, ni puede entrarse al mismo tiempo por los campos de la filosofía, de la medicina y del arte sin exponerse á que en alguno de ellos la dé el jalto! la guardia civil del verdadero saber; ni es bien que descienda á cantar las glorias dudosas de ese ejército de Manuales que ha desterrado de estantes y escaparates de librero obras más serias y voluminosas.

No puede negarse que este sistema de los Manuales, tratándose de aplicaciones prácticas de la ciencia, tienen importancia y puede reportar utilidades á los que de él se sirven. Pero de eso á dilucidar en un Manual los más pavorosos problemas sociales hay gran distancia.

Querer poner la metafísica al alcance de todos, la sociología al alcance de todos, el problema kantiano al alcance de todos, seria empresa milagrosa si fuese posible. No lo es, y debemos lamentarnos de ello, porque no será extraño al paso que vamos que el mejor día se publique un Manual para escribir dramas y novelas al alcance de todos.

Nadie duda que los que á eso aspiran serán saludados en el porvenir como libertadores de la ciencia y del arte, monopolizados hasta ahora por las supremas inteligencias. El día que los hombres se convenzan de que pueden escribir una novela sin más que leer un manualito hecho *ad hoc*, adios gloria y fama de Valter Scott, Dickens, Cherboulier, Manzoni y Perez Galdós; el día que se venda un Manual para hacer un poema, desdichados Calderon, Lope, Melendez, Quintana y Nicasio Gallego, el mundo los arrojará del templo de la in-

mortalidad donde ahora reverencia su recuerdo, y así como la Francia hizo en 91 el panteon para guardar los restos del gran Mirabeau, y en 93 los arrojó de aquel sitio porque la prueba de una traicion al pueblo los manchaba, nosotros miraremos con desprecio á los que hoy admiramos como grandes génios y derrocaremos sus estátuas... cuando las tengan.

LIBROS.

ENSAYO SOBRE EL DERECHO DE GENTES, por doña *Concepcion Arenal*, con una introduccion de *D. Gumersindo de Azcárate*.

No admite duda que atravesamos un período de agitacion científica, como poco fecundos en ideas salvadoras y en resultados provechosos. Convenimos con Renan en que al gran movimiento filosófico que Descartes inicia y prosiguen el cartesismo, Leibnitz, Locke, la escuela francesa, Hume y Kant, sucede un extraño y continuado silencio que anuncia el olvido de los estudios metafísicos no redimidos por Scheling. Pero si el porvenir de la metafísica se presenta poco risueño, las ciencias antropológicas alcanzan extraordinario esplendor, merced á las investigaciones de Gerland, Huxley y Hartman; las ciencias físicas y exactas se enriquecen con descubrimientos maravillosos; la historiografía se manifiesta en todos los países como fiel expresion de la vida política, y los estudios jurídicos ocupan lugar principalísimo en el concierto de todas las actividades de la inteligencia.

En nuestro país asistimos á un renacimiento provechoso de estos estudios, un dia brillantados por los talentos de juristas famosos, gloria del foro y de la patria, olvidados más tarde y como oscurecidos por el afan de comentar, que si algunas veces ilustra las leyes, nunca favorece los progresos de la legislacion. Escritores de indudable mérito, maestros de autoridad reconocida, publicistas de gran talento persiguen incansables tan fructuosísima tendencia, y en su camino encuentran, la juventud dispuesta á seguirlos con entusiasmo, la crítica decidida á elogiarlos como se merecen. Hoy nuestros aplausos deben ser más grandes, más sinceros, más elocuentes que nunca. Se trata de una escritora, y de una escritora notabilísima: de doña *Concepcion Arenal*.

Que una mujer dotada de aquel talento creador que es destello del génio, y apasionada por el arte que tanto enamora y seduce, dedíquese á cultivar la poesía ó la novela con recedera, difícil es y extraño, pero no inaudito en este país de Fernan Caballero, Gertrudis de Avellaneda y Carolina Coronado. Pero que, léjos de la amena literatura, de la nobilísima y trascendental, pero difícil ciencia del derecho, escriba una mujer y logre que sus libros se traduzcan á tres ó cuatro idiomas, que sus *Memorias* sean premiadas por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que su firma no desaparezca nunca de las más importantes revistas al pié de trabajos nota-

bles, y que escritores tan célebres como el ilustre criminalista Roeder la cite con elogio, colocando sus obras al nivel de las mejores que acerca del derecho penal se han publicado en Europa, imposible parecería si á doña Concepcion Arenal no se reuniesen todos esos envidiables merecimientos.

Su último libro no empaña el resplandor de ellos, ántes bien viene á aumentarlos y á enciquecerlos. Dan á este libro del *Ensayo sobre el derecho de gentes*, valor extraordinario, de un lado la importancia del tema que hoy trae preocupados á los autores más renombrados del derecho internacional, y de otro lo fácil, sentido y elocuente del estilo que es en algunos capítulos modelo de ternura.

Discutir la existencia de un derecho de gentes nos parecería inútil; nadie la ha puesto en duda. Pero el concepto que á ese derecho deba darse, origen es de discordancia entre los escritores que de estas materias se ocupan, y si se explica por el principio fundamental del derecho aplicado á esta esfera particular del mismo, entre las naciones no se logra, afirmando esta verdad, que la discordia cese, porque se reproduce al defender ó negar la posibilidad de un derecho de gentes positivo. No la negamos nosotros. En frente de los que afirman con fundamento escaso que no hay ley en que se formulen las reglas jurídicas que han de constituirlo, que no existe un tribunal superior á todas las naciones que lo restablezca y repare cuando ha sido perturbado, y que falta un poder ejecutivo que haga efectivas y eficaces las sentencias que dicho tribunal hubiese de dictar, hay hechos y hechos elocuentes en la historia contemporánea que autorizan á creer que esto del derecho de gentes positivo no es una quimérica ilusión, sino que tiene mucho andado para ser una verdad real y positiva.

A este resultado milagroso conspira eficazmente el libro de doña Concepcion Arenal, en el cual se analizan y discuten los más graves problemas del derecho internacional. La voluntad recta y la razon ilustrada aún no levanta muros impenetrables, pero empieza á trazar límites sobre los que se edificarán mañana. La guerra, en medio de su omnipotencia mecánica, tiene debilidades que no puede disimular y aparece á la vez insolente y avergonzada. El derecho de gentes no es, no ha sido, no puede ser coaccion, sino armonía.

Creemos lo mismo que doña Concepcion Arenal. Cuando los pueblos sepan ese derecho, le querrán; cuando le quieran le realizarán voluntaria, indefectiblemente.

TEATROS.

ESPAÑOL: *El ejemplo*, drama en tres actos de los Sres. Echevarría y Santivañez.

Los Sres. Echevarría y Santivañez estarán satisfechos. El público ha aplaudido su drama con entusiasmo; el número de representaciones que la obra alcanzó, con ser escaso, fué

mayor del que de un drama de su género podía el mismo Lope prometerse en esta época; y la crítica los ha saludado cariñosamente, más como quien del arte goza los favores que como quien los busca por buen camino.

Para todo esto había en justicia motivo. El drama tiene sencilla exposición, fácil desarrollo, largos parlamentos, de esos que dichos en armoniosos versos por Calvo ó Vico están pidiendo un aplauso á voces; situaciones conmovedoras, lucha de pasiones, conversiones al bien que los defensores del *sermonismo* escénico premiarian con medalla de plata, rasgos de generosidad sublime, y por último, un desenlace que, no obstante haberle adivinado desde la segunda escena, hace llorar al público amarguísimamente.

Seducido por bellezas tan notorias, no es extraño que alguien haya dicho á los Sres. Echevarría y Santivañez, refiriéndose á *El ejemplo*: «Eso es un drama; eso es imitar aquel clasicismo que Lope y Calderon representan; ese es el modelo que deben aceptar nuestros autores, dejándose de llevar al teatro problemas sociales que bien se están sin resolver ó que deben resolverse en otra parte; eso, en fin, lo que la pátria escena necesita para regenerarse.»

No. No es eso, y mal quiere á la pátria escena quien tal dice, y mal la querrian los Sres. Santivañez y Echevarría si tales consejos siguiesen. Que los Sres. Santivañez y Echevarría tienen talento, excelentes condiciones de autores dramáticos, y que son poetas distinguidos, no sólo no lo ponemos en duda, sino que sin reparo lo afirmamos; que *El ejemplo* sea un buen drama, ya es otra cosa. Está muy léjos de serlo. No hay en él ni una sola figura grande ni un solo carácter sostenido. El corregidor, más que el cumplimiento de una ley tan severamente ejecutada con el desdichado hijo de Barrientos, busca el medio de eludirla cuando de su propio hijo se trata, y en realidad la grandeza de su sacrificio empalidece cuando vemos que no es él como juez, sino más bien el pueblo amotinado, quien hace que la justicia se cumpla en D. Diego. Nadie que, como Barrientos, siente la venganza enroscada á su corazón, y encuentra casi al mismo tiempo de nacer el insaciable y voraz deseo ocasion de realizarle, se convierte con la facilidad que el anciano escudero, de irreconciliable enemigo en servidor obediente. Nadie, en fin, que, como D. Diego, olvida por el amor los mandatos de su padre y el servicio del rey, matando á un hombre en desafio, se ofrece víctima de su delito, sin que las esperanzas de un porvenir risueño ni el amor le hagan vacilar un momento en sus propósitos.

Pero prescindiendo de que los caracteres están mal sostenidos y de la falta de verdaderos efectos dramáticos, que en vano intenta ocultar una versificación correcta y sonora, hay en contra del drama una consideración, que los Sres. Echevarría y Santivañez aspiran á escribir una obra de mérito perdurable.

El drama, ó no significa nada, ó es reflejo fidelísimo que

retrata vicios, aspiraciones, conflictos, carácter, modo de ser, fiebres y deseos de la época en que se escribe. Esta misión no puede realizarla nunca el drama histórico, y de aquí que despierte un interés muy secundario, y ejerza una influencia ménos eficaz y moralizadora de la que el público docente reclama.

En este punto convenimos con el Sr. Alcalá Galiano, y recordamos sus consejos á los Sres. Echevarría y Santivañez, que talento tienen para aprovecharlos: «Es preciso que la poesía dramática redentora no vuelva atrás el rostro como la mujer de Loth. Mire delante de sí, vea los variados dramas que se desenvuelven entre las gigantescas luchas de este siglo, tome el pulso, cuente las palpitaciones del corazón, observe, en una palabra, las fiebres y delirios de esta generación, tan soñadora en sus propósitos como positiva en sus procedimientos.»

*
* *

LA MARIPOSA, comedia en tres actos de *D. Leopoldo Cano*.

Si el éxito fuera el supremo, el único objetivo del autor dramático; si después de esas salidas á la escena que se repiten entre aplausos entusiastas y atronadores, la crítica, deponiendo su cetro, se viera obligada á sellar el lábio, ya que no á hacer coro con sus lisonjas á las aclamaciones inmerecidas; si superior al fallo del público no estuviese el fallo de la opinión docente ofreciendo aquella imparcialidad y aquella reflexión de juicio que coloca las sentencias de los tribunales más altas que la opinión de las multitudes; si después de su triunfo ruidosísimo no fueren posible ni la protesta ni la apelación, tendríamos que confesar resignados, si no gozosos, que la última producción dramática del Sr. D. Leopoldo Cano es notabilísima y prueba elocuente de lo que el drama para gozar estimación del público y causar regocijo al arte, debe ser en la época presente. No sucede esto, por fortuna. El público es impresionable, y su fallo, parcial muchas veces. Acostumbrado á no ver en el drama más problema que el del adulterio, ni en las comedias otra solución que la que moldes estrechos y hoy ya mezquinos marcaron; atraído por la novedad; dejándose seducir por los efectos de relumbrón, que no siempre sabe diferenciar de los verdaderos efectos dramáticos; afanoso de explicarse lo que no comprende más que de confesar que no lo ha comprendido, no es difícil que confunda lo oscuro con lo profundo, lo aparatoso con lo grande, y un falso brillo de realidad con la realidad misma. Esto ha sucedido con *La Mariposa*. Y no porque juzguemos tal drama extraño al mérito. Aun cuando no fuera más que por los debates, siempre luminosos, que con motivo de la representación de ellas se originan, obras como la del Sr. Cano serían importantes. Pero no es esto sólo. Otros títulos de mayor valía

tiene á nuestra consideracion y en algunas ocasiones á nuestro aplauso.

El Sr. D. Leopoldo Cano tiene mucho talento, es un poeta sobresaliente, y en nuestro sentir, reúne de autor dramático notable muchas condiciones. Fáltanle dos, sin embargo. Fijeza y estudio de los buenos modelos y aquel talento crítico que consiste en separar lo gracioso de lo chabacano, lo delicado y bello de lo feo, para no presentarnos esos varios elementos revueltos, mezclados, confundidos en un mismo cuadro.

Pero no basta tener talento y versificar sonora y admirablemente para lograr éxito merecido. En *La Mariposa* se siente el rumor de lo grande claro y distinto, algo superior que no se explica ni se define, cierta atraccion poderosísima que inclina al respeto. Seducidos por este anuncio de la inspiracion, queremos encontrar aquella grandeza, y buscándola en todos los detalles y en todas las situaciones del drama, nos encontramos de una cosa, de que si éste está colocado en un nivel á donde las medianías no llegan, se aparta mucho de aquel elevadísimo y divino á donde la perfeccion dramática toca.

¿Qué se ha propuesto hacer el Sr. Cano? Fuerte parecerá decirlo, pero creemos que no se ha propuesto nada. Comedia titula su obra, y su obra ha resultado un drama. ¿Es que para el Sr. Cano tienen esas dos palabras valor igual, lo que ya seria un defecto en un escritor de su reputacion y de sus merecimientos? No. Es que el Sr. Cano, al escribir *La Mariposa*, ideó una comedia, y que quiso en un principio que comedia fuese. El acto primero tiene todo el corte de tal género de composiciones teatrales. La composicion recuerda á Serra, ha dicho alguien, y es verdad. Para que la semejanza sea mayor, no falta aquel asistente dicharachero y alegre que era en las producciones del insigne autor de *D. Tomás* elemento indispensable.

El público en el acto primero de *La Mariposa* asiste á un espectáculo que no comprende. No sabe si reir ó llorar, porque oye las impiedades del escepticismo mezcladas con la gracia cómica. En esta situacion le sorprende la escena, por cierto chistosísima y de verdadero efecto cómico, en que Luis recibe todas juntas las noticias de haber obtenido la cruz laureada, un éxito inmenso en el teatro y el premio mayor de la lotería; y el público, creyendo haber descifrado el enigma, deja que la risa se desate, y satisfecho exclama: ¡es una comedia! Pero se equivoca. El telon no cae ni lento ni rápido; la representacion continúa, los personajes lloran, el Sr. Vico dice en vista de esta afliccion por magia que va á pegarse un tiro, el acto concluye, y el público, queriendo vencer la irresistible duda, se dice procurando convencerse: «¡pues esto es un drama!» El Sr. Cano, al llegar á este punto, cuando escribia su obra, pensó tambien que debia ser un drama, y hé aquí por dónde las lágrimas de un padre positivista, en el sentido vulgar de la palabra, de una niña coqueta y de un asistente tonto, torcieron la suerte de *La Mariposa*.

No vamos á contar el argumento de *La Mariposa*. Todos los periódicos le han referido, todo el mundo le conoce, y además, somos enemigos declarados del sistema de crítica que necesita contar los argumentos. Razon sobrada hay para ello. Por tal procedimiento Werter no sería más que un hombre enamorado que se suicida; Segismundo su hijo, á quien su padre abandona y encierra en una cueva; Otelo un hombre celoso que mata á su mujer. *La Mariposa* es la felicidad. La vemos junto á nosotros con profunda antipatía cuando no es más que un gusano, y cuando se convierte en geniecillo alado lleno de hermosura y primor, en vano la llamamos, pues no atiende á nuestros afanes; inútilmente la perseguimos, porque huye con alas de mariposa y poco á poco se aleja de nosotros hasta tocar el cielo.

Este pensamiento anida en todas las inteligencias, el convencimiento de su verdad atormenta todos los corazones; por eso precisamente es mérito grandísimo haberle presentado en la escena para que la sociedad vea en ella con los colores de la realidad, abillantados por el arte, la triste verdad de la vida. Pero hasta este pensamiento principalísimo, que es el mejor título que á la consideración y al elogio tiene el drama del Sr. Cano, empalidece, porque á su lado vemos otro problema: el de la bondad luchando con la hermosura. O esto es verdad ó el Sr. Cano no necesitaba retratar á la felicidad en aquella Martina, pobre, fea y coja, que á Marianela recuerda tanto. A Luis para perder sus ilusiones, su creencia en la felicidad, habríanle bastado aquellas ideas de lo que la gloria escénica y las victorias militares cree que representan, junto en la infidelidad de Nieves. El Sr. Cano quiso demostrar algo más, y eso quita en nuestro sentir mucha unidad á su concepción.

Las situaciones se justifican pocas veces. Aquel llanto que de improviso, y sin duda de comun acuerdo, acomete á Nieves, á su padre y al asistente es pueril; el recurso de la escena á oscuras muy gastado, aunque con mejor acierto en *El puño de la espada*; el medio para que Luis sepa que Nieves le engaña inocente; aquellas coincidencias repetidas en todos los actos que dan pretexto á las salidas de Martina y del niño, tan inverosímiles, que todos los espectadores, presenciándolas, piensan con gran riesgo para la tésis que se propone demostrar el Sr. Cano, que la felicidad consistiría en que á todos nos respondieran tan á tiempo como á Luis le responden.

No digamos nada, porque el espacio no lo permite y ya los críticos insistieron sobre ello, de la escena de la corona, en que el Sr. Cano hace alarde de un realismo exagerado, ni de la escena de la cruz laureada, donde Luis habla y piensa como de fijo no pensaría ni hablaría San Fernando, y veamos cómo están caracterizados los personajes principales.

Nieves, perfectamente. Es la mujer que piensa, no la mujer que quiere; tipo muy generalizado en la moderna época. No entiende de ganar cruces ni de ganar aplausos; no entiende más que de ganar dinero. No ama ni á Luis ni á Póstumo;

ama á un millon, y por consiguiente, está dispuesta á dar su mano á quien le tenga. Póstumo pudiera haber suprimido el contar por qué perdía la cuantiosa herencia de su tío. Hay asuntos de familia sobre los que debe guardarse profundo secreto, y el que Póstumo cuenta con tanta alegría es uno de ellos. En cuanto á Luis, aún más podemos decir. ¿Es verosímil que un autor dramático, hombre de sentimientos delicados y de inteligencia superior, trate con tal dureza á la pobre Martina? ¿No? Pues aún tan difícil como eso es que oiga á su novia decirle que huele á tabaco, y que si no tiene un millon no se casa, y no desconfie del cariño de ella. En este personaje ha puesto el Sr. Cano todos sus pensamientos, y resulta la contradiccion; el pensamiento que informa hasta ahora las obras dramáticas de este autor de indisputable talento.

Una creacion quedará siempre de esta obra, con la que no seríamos tan exigentes si no supiéramos que del talento del Sr. Cano puede exigirse y esperarse todo: Martina.

Un recuerdo imborrable: el triunfo de la señorita Mendoza Tenorio.

¡Pobre Martina!

Ella débil, enferma, fea de cuerpo, pero de alma grande, hermosa, apasionada, vivió para amar, y el amor fué su muerte.

Sin el esplendor que la hermosura presta, nadie tuvo para ella una mirada de cariño. Despues fué mariposa; pero eran tan débiles sus alas, que el fuego del amor las abrasó bien pronto.

La Mariposa de la felicidad está sin alas en el cielo.

MIGUEL MOYA.

* * *

TEATRO REAL.—Representacion de *Gli Ugonotti*.

La ópera predilecta del público madrileño, la admirable creacion del más grande de los compositores dramáticos, del inmortal Giacomo Meyerbeer, fué escogida para la apertura del clásico coliseo.

Nadie que haya oido cantar *Gli Ugonotti* habrá dejado de admirar tanta belleza como encierra, tanta inspiracion como atesora, tanto recuerdo como despierta. Queda absorto el ánimo al recrearse con tanta magestad, y el corazon más duro se conmueve ante la pasion que vibra en los dolidos acentos de *Marcelo* ó en las apasionadas frases de *Valentina* y *Raul*.

Gli Ugonotti es indudablemente la más alta manifestacion del género dramático musical.

Cuanto más se oye esta ópera, mayores bellezas se descubren en ella, y á diferencia de lo que acontece con algunas producciones de la pura escuela italiana, que llegan á parecer cansa-

das en cuanto se escuchan algunas noches, cada vez que *Los Hugonotes* se representan encuéntrase nuevos encantos.

La escuela italiana, tan en boga en otro tiempo, es una escuela que, como vulgarmente se dice, ha pasado ya. Analizad cualquiera de sus óperas y ¿qué se encuentra en ella? Preciosas melodías, cantos de amor, de un amor puro y sencillo, pero... nada más. El corte musical de la obra es igual en todas las italianas; un coro de introducción, la cavatina del tenor ó de la tiple, un duetto, otra cavatina, algún cuarteto y un final. Y lo mismo en todos los actos. En cada pieza se sigue el mismo método é igual orden; la orquesta preludia el motivo del andante, la voz lo repite dos veces acompañada de un ligero arpeggio, se prepara el allegro, casi siempre con acompañamiento de metal, todo ello sin transiciones inesperadas y sirviendo la orquesta no más que de mero acompañamiento.

Estas composiciones requieren asuntos sencillos, un público ceremonioso, costumbres de tiempos que pasaron.

Cuando se representa una comedia de nuestro teatro clásico admiramos la belleza del lenguaje, lo delicado del verso, pero salimos del teatro convencidos de que no son reales en la sociedad actual aquellos cuadros, aquellos caracteres ni aquellas pasiones.

¿Es esto quitar mérito á Calderon, á Lope ó á Tirso? No, y cien veces no; lo que sí acontece es que escribieron retratando su tiempo, pero no el nuestro.

Lo mismo sucede con la escuela italiana; el compositor del presente siglo necesita romper los antiguos moldes, inspirarse en otros ideales, considerar la orquesta como elemento esencial para desenvolver el pensamiento musical, y esto nadie como Meyerbeer lo ha comprendido y llevado á la escena.

Su grandiosa obra *Gli Ugonotti* expresa toda una época histórica. El carácter caballeresco de los nobles franceses delineado magistralmente en el acto primero, cuajado de elegantes frases.

La corte de Margarita de Navarra, respirando seducción y encanto, expresada en el segundo, donde la flauta y los oboes ejecutan verdaderas filigranas.

La escena de la conspiración y bendición de los puñales representa el siglo misterioso en que Catalina de Médicis disponía de los destinos de Francia. La obediencia ciega á los mandatos del soberano y el fanatismo de aquellos nobles que no vacilaban en cometer uno de los mayores crímenes que registra la historia, el noble carácter de Nevers, que ante tal conjuro rompe su espada, consiguiendo por este medio una amorosa frase de su gentil esposa, que, temblando por la vida del que adora, escucha horrorizada el proyecto de su padre, todo ello requería una inspiración tal y un conocimiento tan acabado de los resortes musicales, que sólo Meyerbeer podía desenvolver el cuadro.

La entrada de los frailes, cuya severa frase acompaña y sos-

tiene siempre la orquesta, y repite en medio del conjunto de las demás voces, que parece callan atemorizadas de interrumpirla, es la encarnacion más completa de la ciega fé de aquel siglo, del profundo respeto y sumision que se tenia á las órdenes de aquéllos, sin cuidarse de examinar su bondad ó malicia.

¡Qué contraste tan sorprendente entre el *pezzo concertatto* y el *dueito* final del cuarto acto! Despues de aquel inmenso coral y de aquellos *crescendos*, en los que coros y orquesta rivalizan, la pasion de Valentina, que no puede consentir salga Raul al combate; el amor de éste, que la hace olvidar lo que ántes oyó, hasta que lúgubre tañido de fúnebre campana le recuerda la triste realidad de las cosas; aquellos difíciles momentos en que quiere cumplir su deber y vacila en abandonar al objeto de su amor, todo está expresado de manera que sólo una inspiracion divina puede expresarlo.

Frase tan hermosa como aquella en que Valentina confiesa á Raul su amor, raptó de alegría semejante al de éste cuando lo escucha, y momento de felicidad tan suprema como el de ámbos amantes, cuyas voces con un acompañamiento de sordina se confunden con los nutridos sentidos de la *viola*, no se encuentran en ninguna otra obra.

Mucho tiempo hacia que no se habia presentado esta ópera formando un conjunto tan acabado como en la presente temporada.

Menos el quinto acto, que no se canta, segun tenemos entendido, por complacer á un artista, se ha ejecutado la ópera completa; excepcion de unos bailables del segundo acto, alguna parte de los del tercero y el ária de la tiple del cuarto.

Gracias á la inteligente direccion del maestro Faccio, no se dan á la obra los innumerables cortes de los años anteriores, á los cuales se habia acostumbrado ya el público de tal manera, que la otra noche, en ocasion que se cantaban unos cuantos compases de los resucitados, oimos decir á algunos que daban allí un corte.

La escena del acto primero, en que avisan á Nevers la visita de Valentina, y que canta admirablemente el Sr. Verger; el coro *L'avventura é singolare*, se canta completo; la Schalcchi encuentra ocasion para lucir sus grandes facultades en la romanza del segundo acto; los bailables y letanías del tercero se cantan casi completos, y el magnífico coro de la disputa, brillante composicion fugada y de difícil ejecucion, en la que salieron airoso los coros, son las piezas más importantes que se suprimian otros años y que este se han ejecutado.

Gran parte se debe al Sr. Faccio del éxito obtenido.

El Sr. Faccio es una verdadera adquisicion para la empresa, y hace mucho tiempo no habiamos tenido un director tan inteligente.

La orgía *Piacer della mensa* ha sido cantada con más brío que nunca, y el coro *Facciamo plauso é onor*, más *allegretto* y bastante movido.

Donde estuvo á una altura admirable fué en el prelude que precede al duo de *Magarita y Raul*, pues con los crescendos y disminuendos que tan perfectamente marcó, hizo resaltar ese trozo de música que expresa el encanto y la sorpresa de Raul al encontrarse en el jardin, y el respeto que le inspira aquella beldad.

La precision con que se ejecuta el difícil coro de la disputa del acto tercero y el concertante del cuarto, hacen honor al Sr. Faccio, que ha conseguido justísimos aplausos.

¿Qué hemos decir del Sr. Gayarre en la interpretacion del *Raul*? Gayarre canta como únicamente él lo hace, dotado por la naturaleza de la voz más hermosa que en registro de tenor puede encontrarse, tiene una verdadera escuela *del bel canto*, y consigue hacer prodigios que el público admira y aplaude entusiasmado.

Pocas veces hemos oido decir, como las dice Gayarre, las siguientes frases:

Stinge il periglio
L'amore oblio
Lasciami ó Dios
Di qua partir.

Todo el duetto final lo cantó lleno de pasion y de entusiasmo, modulando y afinando como él sólo sabe hacerlo, y sin dar una sola nota en falsete. A Gayarre le ha juzgado ya el público y nada tenemos que añadir al juicio que de él se ha formado.

La Rezske debutaba en una obra en la que habian dejado imperecederos recuerdos la Sax y la Pozzoni. Con ellos tenia que luchar, y ésta ha sido una de las principales causas por las que no ha alcanzado el éxito que seguramente obtendrá en otras óperas.

Es difícil juzgar á una artista por la representacion de una sola ópera. Sin embargo, á fuer de imparciales, debemos emitir nuestro juicio.

La voz de la Rezske es de una mezzo soprano; en el registro bajo y el medio, pastosa y sonora; en el alto deja algo que desear, pues en cuanto pasa del *sol natural*, y ya en *la bemol*, es un tanto estridente y difícil de emitir, sin que por consiguiente la pueda manejar con la seguridad y prevision que en el registro medio.

Tiene bastante talento para vencer estos accidentes, y muchas veces lo consiguió. Carece, sin embargo, de pasion; una Valentina sin pasion no se comprende, y esto es lo que ha faltado á la Rezske.

Hay frases en su *particella* que no se cantan, sino que se ejecutan, pues son frases eminentemente dramáticas. El *Salva Raul* no se puede ni debe cantar, hay que sentirlo y decirlo tal como se siente, sin tener la voz más que un momento en el *sol sostenido*, pues de lo contrario, no resulta efecto dramático, que es el buscado por el autor.

El andante del duo con Marcello es uno de los trozos mejor cantados por la señorita Reszke; el maestro *Faccio* contribuyó grandemente al aplauso, pues al entrar *Marcello* arrastró con su batuta á cantantes y orquesta, formando un admirable conjunto.

Esperamos, sin embargo, que la señorita Reszke cuidará en lo sucesivo de interpretar su papel con más alma y con más entusiasmo; facultades y talento tiene para ello, y no dude, que abandonando la frialdad, propia de su país, conseguirá verdaderos triunfos entre nosotros.

Los honores de la representación puede decirse fueron para la señora Schalchi, artista que desde el momento de cantar su primera romanza, se ha conquistado las simpatías del público madrileño.

Con gran desenfado (propio del papel de paje) cantó y ejecutó su parte; su voz, de bastante extensión, es de un timbre agradabilísimo, sin que apenas se note la transición del registro medio al alto, atacando con valentía y seguridad las notas altas y ejecutando con suma facilidad las escalas y fermatas.

Su escuela de canto corre parejas con sus facultades naturales, de manera que no puede desearse conjunto más acabado.

Nunca se había oído el lindísimo papel del paje interpretado con tanta maestría; la romanza del primer acto y particularmente la del segundo, que no habíamos escuchado desde que la cantó la señorita Mantilla, la proporcionaron justo y legítimo triunfo.

No conocimos á la Alboni; pero se nos asegura por muchos dilettanti que la Schalchi se encuentra casi á su altura.

El difícil papel de reina Margarita estaba encomendado á la señorita Torresella, artista la cual supo no descomponer el cuadro.

El Sr. Maini es un artista apreciable, al cual conocíamos por haber cantado en el teatro del Príncipe Alfonso, no hace mucho tiempo.

La difícil parte de *Marcello* la desempeñó con verdadera maestría. La canción del *pif, paf, pif*, fué mejor ejecutada que cantada, y la parte mímica en toda la ópera la desempeñó perfectamente. No es el Sr. Maini un bajo profundo de gran voz y poderosas facultades; por desgracia, éstas le faltan, pues su voz no tiene ya el volúmen que fuera de desear, para el mayor lucimiento del artista. A pesar de ello cantó discretamente, y en el duetto con Valentina alcanzó justos y merecidos aplausos.

El público madrileño pudo apreciar en la anterior temporada al eminente barítono Sr. Verger.

Este dijo su parte con suma perfección, pues es un verdadero artista que nos recuerda á Boccolini, y á semejanza de aquél, realzó extraordinariamente la importante particella de Nevers, que necesita, para ser fielmente desempeñada, un barítono de grandes condiciones, más artistas que vocales.

El Sr. Kaffman, que cantó el Saint-Bris por indisposición

del Sr. Milessi, demostró tener facultades, siendo con justicia aplaudido en la escena de la conjuración.

Los partiquinos y coros se portaron bien, y la orquesta ya hemos dicho estuvo á una gran altura.

La representación de *Los Hugonotes* ha sido un brillante comienzo de temporada; pues pocas veces se habia presentado formando un todo tan completo.

*
* *

Después de *Gli Ugonotti* se han puesto en escena *La Sonnambula* y *Un ballo in maschera*; primero un éxito, después dos grandes fracasos, tan merecidos los unos como el otro.

*
* *

La falta de espacio nos impide ocuparnos de la representación de *La Favorita*.

G. A.



ÍNDICE DEL TOMO XXIII.

15 DE SETIEMBRE.

	Páginas.
Una deuda de gratitud, novela, por <i>A. de Viguerie</i> . Primera parte..	5
Los Albigenses, por <i>P. Nanot-Renart</i>	28
La caridad legal y la asistencia pública en Europa, por <i>A. F. de Fontpertuis</i>	45
Instituto de derecho internacional.—Reunion de Bruselas.....	67
Análisis y ensayos.— <i>Historia de la influencia italiana en la arquitectura de los Paises Bajos</i> , de Schoy.— <i>L'Avenir des peuples Catholiques</i> , de Laveleye.—Un trabajo sobre el estado actual y el porvenir de Rumanía.....	83
Crónica de la quincena interior y exterior.....	94
La reforma de la enseñanza en Francia.—Discurso pronunciado por Mr. Bardoux en Montpellier.....	111
Sir Rowland Hill.....	121
Movimiento bibliográfico.—Revistas.....	125

30 DE SETIEMBRE.

Una deuda de gratitud, novela, por <i>A. de Viguerie</i> . Segunda y última parte.....	129
Lo legerdario en el arte, por <i>V. Gonzalez Serrano</i>	147
La caridad legal y la asistencia pública en Europa, por <i>A. F. de Fontpertuis</i>	163
Los Albigenses, por <i>P. Nanot-Renart</i>	174
Análisis y ensayos.— <i>La aldea bajo el antiguo régimen</i> , de A. Babeau.— <i>Conservacion, revolucion, positivismo</i> , de E. Littré.— <i>La república de San Marino</i> , de Bent.....	202
Crónica de la quincena, interior y exterior.....	213
La Exposicion de bellas artes de Munich.....	229
Congreso científico de Sheffield.—Discurso del profesor <i>Allman</i> ...	240
Movimiento bibliográfico.—Libros.—Revistas.....	244

15 DE OCTUBRE.

Los dos prófugos, novela, por <i>A. de Viguerie</i> . Primera parte.....	257
Políticos contemporáneos.—Cánovas del Castillo, por <i>Miguel Moya</i> ..	284
La mision de Alemania.—Carta á un amigo de Berlin, por <i>E. Renan</i> ..	301
La lucha por la libertad de comercio en Francia, por <i>F. Gutierrez Brito</i>	311
El Sol, por <i>Ramon Escandon</i>	325
Crónica política de la quincena.....	340
Crónica literaria de la quincena.....	356
Movimiento bibliográfico.....	371

30 DE OCTUBRE.

Los dos prófugos, novela, por <i>A. de Viguerie</i> . (Conclusion).....	385
La realidad del espíritu, por <i>V. Gonzalez Serrano</i>	413
Viollet-le-Duc, por <i>Ricardo Becerro de Bengoa</i>	437
Un episodio del reinado de Luis XV, por <i>Francisco de Asís Pacheco</i> ..	445
Hamlet y Don Quijote, por <i>Ivan Tourgueneff</i>	452
Crónica política.....	480
Crónica literaria.—“Ensayo sobre el derecho de gentes,” de doña Concepcion Arenal; “El Ejemplo,” de Echevarría y Santivañez, y “La Mariposa,” de Cano, por <i>Miguel Moya</i> .—Representacion de “Gil Ugonotti,” por <i>G. A.</i>	498